



RaiSAL

IGNACIO GÓMEZ-PALACIO

Leer para lograr en grande

RaiSAL

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Ana Lilia Herrera Anzaldo
Secretaria de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Ana Lilia Herrera Anzaldo,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego, Luis Alejandro
Echegaray Suárez

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Raízal

© Primera edición: HARLA, S. A. de C. V., 1990

© Segunda edición, 1990

© Tercera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2016

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Ignacio Gómez-Palacio, por texto

© Jocelyn del Río, por ilustraciones

ISBN: 978-607-495-503-3

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 205/01/46/16

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

A quién más, sino a mi lujo: a ti, Jocelyn

Carta abierta a todos ustedes

Hay historias que vale la pena contar y hay historias que no.

Hay historias que se dejan contar y hay historias que no. Hay historias que se nos vienen a la garganta limpias y despacitas y hay otras que se nos atragantan.

De todo hay en este bendito oficio de contar historias.

Y es que las historias, los cuentos, más propiamente dicho, son algo así como los amores con que uno se va topando a lo largo de la vida: unas veces se nos dan tiernos y redondos y facilitos y, otras veces, por más lucha que les esforcemos, nomás no se nos dan; en ocasiones nos abren de par en par las puertas del cielo y en ocasiones nos apremian y martirizan peor que a un condenado del infierno; son entrega cabal a veces y a veces son imposibles;

nacen de golpe con la primera mirada o en un de repente, luego de muchos años de acostumbamiento y de trato.

Nunca se sabe.

Ni con los amores ni con los cuentos sabe uno nunca a qué atenerse.

Por eso resulta tan dificultoso y tan sufrimentero esto de ser contador de historias, porque anda uno como tanteando en el vacío, como hurgando evanescencias, como sonsacándole a la vida alguno que otro cachito de sus misterios. Y por eso, también, resulta una de esas pasiones colmadas de juegos y de ansias y sueños y placer, una de esas pasiones incanjeables que se nos arrebuja en la sangre y se nos arraciman en los huesos y por más combate que le haga ya no se las arranca uno ni con remedios caseros ni con medicamentos ni con plegarias ni con espátula ni con cincel ni con nada de nada.

Ahí está ya en los adentros de uno esa terca manía de contar historias y preferible hacerse a la idea, preferible ahondarle sus secretos y descifrarle sus enigmas al oficio, preferible procurar, como el oficio requiere y exige, conocerle sus muchas otras caras a la realidad y a las palabras para inventarlas, para que sean las mismas de siempre pero distintas y nuevas cada vez, para que le crean a uno que aquella imaginación que está contando es verdadera y le convenza el corazón y el razonamiento a quien lo oye a uno y a quien lo lee.

Yo digo que así es más o menos de esforzado y cautivoso este santo trabajo de andar con el cuento a flor de labio.

Yo digo que es así como lo siento y lo creo.

Ahora que si ustedes no le dan crédito a estas mis opiniones que les digo, pregúntenle entonces a Ignacio Gómez-Palacio

para que él les confidencie su verdad sobre el asunto, para que les comunique cómo fue que lio en un solo atadito todo ese matorral de historias que andaban sueltas y desbozadas nomás saltando de boca en boca, y cómo fue que le hizo para desbrozar a las que merecían ser contadas de las que no, y cómo estuvo de pleiteada la cosa con las que se dejaron y con las que se le fueron vivas, y cuáles se le dieron enteras como brillo de luna nueva y cuáles, por más cuidado que les dedicó, se le echaron a perder.

Y aluego, ya entrados en confianza, ya en plan de amigos que conocen a qué sabe la leche bronca que se mama de los amores y los cuentos, que les confiesan las angustias y los desvelamientos y las obcecaciones que de seguro padeció pensando en esas sus historias, y de las palabras que a fuerza de amor y de redañones domesticó y las que se le huyeron arteras de las manos, y de las fatigas de cerebro y los desguanzamientos de ánimo y los éxtasis que altibajeó para que sus personajes además de contados estuviesen vivos, ora de presencia completa en una de las historias, ora pasando nomás de nombre y refilón en alguna otra.

Y los invito a que le pregunten a él, a Gómez-Palacio, porque en este libro de cuentos van a ver clarito lo que es la manía de un contador de historias de los buenos, de los concienzudos, de los que se sacan de la faltriguera del alma lo más íntegro que tienen, lo mejor que Dios les dio, y lo ponen en sus cuentos con abultada generosidad.

Y si por cualquier esquinazo del destino no encuentran ocasión de preguntarle, entonces nada más léanse este libro y verán si es auténtico lo que les afirmo o si les endilgo mentiras. Sí, saben qué, mejor no busquen la oportunidad ni le pregunten nada.

Pensándolo con más paciencia, yo les recomendaría que mejor se compren su *Raizal* y se apliquen a leerlo con toda la puntualidad y las ganas del mundo, y que una vez que acabalen la lectura, una vez que hayan intimado con los cuentos y los hayan gozado con la misma inocencia y la misma pasión con que se gozan los amores de a de veras, entonces nos brindemos un tiempito libre ustedes y yo para juntarnos y platicar sobre el libro, sin prisas, con todas las horas de la vida por delante, como si estuviésemos encalmados allá en la bienaventuranza del pueblo, de Valle Viejo, para ser precisos, tomándonos un cafecito bien caliente, y entre estas palabras y las otras, mirando cómo se va yendo hacia su cobijo la luminosidad de la tarde.

Sí, vamos haciéndole de este modo que les digo: léanse el *Raizal* de Gómez-Palacio y un día de éstos lo conversamos, ya sea que ustedes me inviten o si prefieren, los invito yo; da igual.

De todas maneras, gracias humildemente por atender a mis palabras. Y a Ignacio Gómez-Palacio, mi sincero agradecimiento por su amistad y por su libro.

AGUSTÍN MONSREAL

Rai~~S~~AL

Todos los prólogos

Advertir esta obra me pareció necesario y por ende decidí solicitárselo a quienes más la conocen. Dirigí una carta a mis personajes residentes en Valle de Bravo y sus alrededores (localizado en el Estado de México, a inmediaciones del estado de Michoacán) y éstas son, a la letra, las respuestas de quienes contestaron:

Lo veintiúnico que decirle tengo es que es usted un entrometido y un chismoso. Suficiente mal es andar en la boca de la gente, pa también tener que apareser escrita y como yegua “maciza de anca”. Había que tener más consideración y no nomás por quererse ganar dineros, perjudicar a uno.

Ójala y nadie le compre su libro, viejo cabrón, y si tiene huevos, publique esta carta, si no capas voy y me surto una reseta, allá por los portales y lo acuso con Rutilio, pa que se lo chingue.

LONGINA MONDRAGÓN VIUDA DE GARZA

Querido y dilecto amigo:

En espera de que la presente lo encuentre en buen estado de salud, deseo confesarle por este conducto epistolario, la gran sorpresa y halago que recibí con motivo de su atenta misiva, en la que me honra al solicitarme le prepare el prólogo de sus narraciones. Varios días con sus noches he pasado en meditación, nervioso de cumplirle como usted y sus lectores se merecen. He leído algunos ejemplos para ilustrarme y no sé bien si lo habré de lograr a su satisfacción, pero nunca he dejado de intentar, pues esto es vivir. Por otro lado, desempolvar mi pluma Sheaffer me ha causado un enorme placer, por lo que ante usted, por este solo hecho, endeudado quedo. Procedo pues, acicalado, quiero decirle, en una bata blanca de seda japonesa que adquiriré ha poco de unos embarques del oriente y un gzné inglés que habré de enseñarle cuando se decida a visitarme; tengo varios separados, únicamente para los amigos.

La gran aventura de la narración y la fuerza, la precisión y la soltura de la palabra, entretejen sus finos hilos en esta obra, para

entregar a su comprador el grato beneficio de una decisión que se sabe sabia. Conforme la lectura avanza, al caer las páginas y páginas, una sobre otra, el lector se autohalaga, satisfecho de un gasto que lo enriquece y no a la viceversa.

El bardo español Gustavo Adolfo Becker, atinado florilegio de immaculada pluma, bien precisa “mientras haya un misterio para el hombre ¡habrá poesía!... mientras haya esperanzas y recuerdos ¡habrá poesía!... mientras exista una mujer hermosa ¡habrá poesía!”. Parodiando al genio, habría que decir que mientras existan temas y mujeres como las que aquí se incluyen... ¡habrá poesía!

Todos los cuentos son altamente elogiables, pero en particular los intitulados “Los seis días de trabajo del Señor”, “Tal cual” y “El verbo suelto” resultan de especial recomendación, en especial este último, por conjugarse la aventura con la palabra y el metal con el encaje.

En espera de haberlo complacido, y ante la vigilancia de la *Inmaculada Concepción*, de Murillo, se despide de usted su atto. y s.s., no sin antes mandarle, de parte de la señora Hernández viuda de Prieto, una calurosa, me insiste, mentada de madre.

DON FRANCISCO MIRÓN SENTIES

La penumbra es cobijo del que no se puede escapar. Lo que usted me pide no se lo haría onque pudiera. Lo que sí puedo es pasarle a jalar las patas si me sigue pidiendo tonterías.



Mi kerido Nacho:

Ora ya beo porke te la pasabas tan kayadito, nomás echando oreja, mientras me dejabas kontarte asta el final. Klarito keda pues, ke por kanijo i abentajoso i por eso me kaes bien. En esta bida, el que no pisa lo pisan i el ke mama más fuerte traga más leche.

Tus istorias me kuadraron i la mía más, i por eso te boy a rrekomendar pa ke te lean, porke al menos por mi lado si konsta la berdá.

Lo ke no me abía dado kuenta es lo bonito ke ablo. ¿A poko así mero ablo? Se me ase ke tú le madejeas y le engarsas listones i chakiritas pa el rrelumbrón.

Lo ke algo me preokupa es lo del padre Rodrigo, pero total, si alguien se entera ya estaría del sielo; i además ya ni bibe akí.

¿Krerás tú ke ya tiene un mes ke doña Felisitas bolbió a las sobadas konmigo? Abía dejado de benir esde ke el don Pako, el

bendedor, regresó kon eya; pero ya bes, ya bes la ke es buena gayina, no deja de poner uebos i kuernos, kuernos i uebos.

Te manda saludos la Mandarina i yo lo mejor kon lo de tu libro, i por sierto, bete al karajo kon lo de tu prólogo.

KLARÍTA

Don Ignacio:

Ruego y ruego a los sielos que se encuentre bien bien, pos no tengo cómo pagarle el que halla hecho sulla nuestra aflicción.

Yo que más quisiera que complaserlo, pero esas cosas de los prólogos, como el de mi misal, son para arsobispos y señores de enquentro grande y yo con mis estampas soy felis.

Aprobecho para desirle que el Señor y los angelitos ya saben de su libro, pos se los conté. Todos estamos esperansados y gososos de especial estima, sobrados de resos y silencios silencios para ver que pasa.

Por aquí paréseme puedan canjearnos de cura; pos alguien corrió el decir de la venta de las canteras labradas que sobraron del recorte del Santuario y se a echo lío. Ya le contaré luego.

Que siga resibiendo las bendisiones de nuestro Santo Señor, que yo mismamente nunca me olbido de usted en mis resos.

CARMENSITA

Sr. Gómez-Palacio:

Juvenal me hace el favor de escribirle esta respuesta a su carta; él pone lo que le digo.

Primero le informo me leyó su libro de cabo a rabo para ver si entendía lo del prólogo que me pide. Como ni así, le pregunté a mi compadre Chema, y me dijo que a su entender es un anticipo a juicio y entonces así le va.

Hay muchos cuentos en sus cuentos que no me constan y de eso no digo nada, pero otros cuentos sí son cuentos y eso sépalo bien, al menos yo no me los trago, pos por ahí anduve.

El tubo de cañón no lo trajeron pa ninguna asequia. Ese tubo lo heredé de mi papá que asegún, se lo dio don Cristobal Barón, quien lo mando traer de Toluca para quién sabe qué artes. Además mi sombrero no es vallesano, pos estos sombreros disque vallesanos son de Tlapehuala.

Eso de que mis labios son gruesos por “el barro chupado de las polvaredas”, usted me ha de disculpar, pero no es así; yo nací trompudo, pos porque así era mi mamá y mi abuelo, y antes de nacer no chupé barro;

Otra cosa que me puede, y ya se lo dije a Juvenal, es su aprovech de copiar el dicho de él y de otros y lueigo usted se diga el autor. Mire, lo que es parejo no es chipotudo; pa no aparecer ventajoso, haga usted su cuento y lístese con los demás.

Buenas tardes.

TIRSO PATIÑO

P.D. Deseándole cabal salud, lo manda saludar desde esta bella villa;

JUVENAL FRUTIS

Don Ignacio:

Fué una verdadera suerte recibir su carta. Gracias a que Jacinto se la trajo a Herminia y la rescataron del correo, que si no hubiera caído en manos de Perfecto y con sus celos le hubiera ido a usted mal. No lo vuelva a hacer, de favor.

Le contesto en secreto, mas para pedirle que no me vuelva usted a escribir, pues dese cuenta del problema en que me mete, que para lo de su famoso prólogo.

¿Cómo se le ocurre a usted que yo vaya a escribir el prólogo de su libro? ¡Ya parece! No señor, esto lo hará Perfecto si tiene tiempo y quiere. ¿Porque no se lo pide? Además el cuento es más de él que mío. A usted, yo poco le importo. Si no es por mi papel de madre de Perfectos, ni hubiera aparecido. Claro, ni falte que me hace.

No le niego que al casarme, al principio andaba como boba, pero eso se cura con el espanto de no encargar y el tamaño de la casona, las dos hechuras de Perfectos que por eso son eso.

Convencida de su corto ver, hasta nunca.

VERÓNICA

Estoy seguro de que con el tiempo habré de recibir más respuestas, pero esto no lo entiende mi editor, urgido como todo empresario por sus jugosas ganancias, que ya desea verlas reunidas en su gran arcón.

IGNACIO GÓMEZ-PALACIO
Rancho El Sereno, Acatitlán, Estado de México
*Verano, 1989**



* Esta obra fue publicada en dos ediciones anteriores, ambas en 1990, por HARLA, S.A. de C.V. En ellas aparece "Valle Viejo" como el poblado donde sucedieron los hechos que aquí se relatan. A partir de esta edición, he solicitado al Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal se cambie el nombre del poblado a "Valle de Bravo". Son dos las razones: reflejar la verdad, ya que es este poblado el que me sirvió de inspiración (y al que llegué hace 60 años), y beneficiar al lector versado con los lugares de dicho municipio aquí mencionados; ejemplo de ello son calles, parroquias, jardines, barrios, templos, etcétera, e inclusive personajes y apellidos vallesanos. Lo anterior explica la razón por la que el prólogo de Agustín Monsreal, inserto desde la primera edición, haga mención a "Valle Viejo", lo que aquí se conserva tal y como lo escribí. Agustín, viejo amigo, me honra con sus palabras y amistad [Nota del autor].

A uno le dicen inorante porque no estudió, pero digo yo, ¿qué no todos pensamos? ¿O qué nosotros nos la pasamos igual a ese macho negro, nomás espantando moscas? Uno piensa todo el día y a veces toda la noche.

—Usted, ingeniero, lo lee, pero no lo hace. Yo sé cada cuándo pongo una mata de maíz, cómo tiro el surco y beneficio mi tierra —le dije entonces.

—¿Cuánto estudiastes? —me preguntó, su camisa limpiecita, sus manos nuevitas.

—Nada, apenas si leo espacito —le contesté y bajé la cara, fija en las grietas, las de los cueros secos de mis huaraches y las de mis dedos, todas mías.

—Entonces cállate la boca que no sabes nada.

No sabiendo, no sabiendo coseché más que donde él dirigió. Nunca lo volví a ver.

El agravio

*A Agustín Monsreal, amigo y maestro
(excusando sinalefa y gerundio)*

“Maldita cruz del demonio. ¿Qué quieres? ¿Por qué me haces esto? Te arreglo tu casa y a ti misma y ni así entiendes. Ya te traje a mis hijos a limpiarte. Ya te barrí bien tu lugar. ¿Qué más quieres que te haga?”.

Matías, mi Matías de Jesús, se puso retemuino. Con la puerta abierta, así le protestó a nuestra cruz rostro que lo tenía fijo, ríe y ríe dentro de su madera cedro; la muy caraja era de maleficio grande y por nada entendía.

Cuando a mi marido le empezaron los retortijones, traje las hierbas de costumbre, pero las infusiones las vomitó. Se puso amarillo como zempuazúchitl y se le apagaron las centellas. Esos capulines sazones se le jueron cierra y cierra y su mirada se aborregó; caminaba como madroño torcido y el pellejo se le puso cenizo.

De rodillas frente a la cruz, sudado igual que caballo corrido y con una temblorina de zacatón espinudo, puja y puja: “Cómo va a comer mi familia. No ves a los niños; todavía no sirven pa ayudar. Perdóname, crucecita; te pido perdón. Necesito trabajar; suéltame de favor”, se torcía. Largo rato se quedaba llora y llora, repite y repite, con la voz rasgosa: “Cruz de la chingada. Diablo maldito, ya déjame, ya déjame... ya déjame”.

Al principio no sabíamos. Luego caímos en la cuenta. Jue por el sueño que otro de los dueños recibió de la cruz. Se soñó escombra y escombra la tierra del altar. La cruz se había enojado por falta de atención. A través de él, les avisó a las cinco familias dueñas del oratorio la necesidad de limpiarla. Al irnos a participar, estábamos por terminar de quemar los comales y Matías no quiso ir. Dijo que ya se había acostumbrado al descuido y nomás la íbamos a mal imponer. Ya se acercaba la fiesta de la Santa Cruz, y su costumbre era la de irnos en esos días a Otumba con el tata Enrique; tenía prisa de terminar el guacal de comales, pa luego él seguirse de guacalero.

A lo mejor el otro dueño, por no ir a ayudar, le pidió de coraje a la cruz se chingara a mi marido. No lo sé. Quizá le mandaron el hechizo por las tejas que puso a nuestra casa. Se le ha de haber pasado la mano; debía saber que eso provoca envidia.

—Vámonos pa Amanalco por un buen brujo hechicero. Ándale, Matías.

—No tenemos dinero, mujer. Ya nos lo acabamos. ¿Qué no ves? Esos brujos son muy caros.

—Sí, pero son buenos. De seguro te atiende, y ya más delante le pagas. El rezandero me dijo de uno bueno que lo curó. Acuérdate

de lo malo que se puso al picarle el animal por matar el maguey grande de su casa.

—Me estoy muriendo. ¿No ves que me estoy muriendo? No puedo caminar. No llego ni en burro.

—Pos yo voy —asenté bien decidida.

—Anda pues, Crescencia Eduardo. Dile que yo le aseguro el pago.

Pronta me alisté pa irme. Le dejé unos guajes y quelites, por si se animaba a comer, y a los chilpayates mayores pa sacarlo de algún atolladero, por si al caso; me eché en un rebozo al amamantado y me jui con el brujo hechicero.

En camino, bajito canté alabanzas, de ésas del quinto misterio de gozo, mientras pensaba en él, en su juerza y su caminar parejo, con el bastón de otate, y el guacal bien cargado, a veces todo el día y toda la noche sin parar. Le embarraba las piernas con ortiga pa que el hormigueo se las durmiera y se le pasara el cansancio. A la mañana le tupía sin acordarse siquiera, y ora se me sumía el alma de verlo lacio lacio, como quelite tostado.

Con el corazón crecido, rebote y rebote a cada paso, arañándose con mis pensares, desgasta y desgástame la vida, repasaba lo buen guacalero que era. Al volver a nuestra casa en San Simón de la Laguna, me decía de sus viajes al mar, a Colima y a otras partes. También pensé de nuestra mala suerte con esta cruz rostro. Si bien igual a todas las de oratorio, era del demonio y no de Dios, como las de los templos; nos salió dispareja en sus modos. ¿Qué luces se le prendieron pa querer de repente estar tan limpia si tanto tiempo navegó llena de tierra?; vueltas y vueltas le di a esto sin llegar a nada.

En dos días estuve de regreso y le anuncié:

—Dice conocer la curación, pero la paga no la fía. Le ofrecí regresar con la pistola a cambio. Así que dámela pa irme luego.

Él estaba peor. Apenas se había zampado un pedazo de guaje. Los huesos de los cachetes se le afilaron. Las orejas le asomaban crecidas; olía a miados de becerro.

Levantó los ojos y me miró un rato. Quería entender bien lo que le decía. Se lo repetí al sentarme en el petate con su cabeza en mis piernas; pasado un rato resolvió al alzar la palabra:

—La pistola no. Ésa no —y seguido en voz baja por el esfuerzo—: primero me muero; prefiero morirme, pero la pistola no se la doy. Brujo cabrón.

Esa noche sufrí lo más de mi vida. Creía ver morir a Matías, quien se acurrucó sobre su pistola, tras pararse y sacarla del agujero del piso. La vista se le perdía y se me afiguraba ver en ella a Satanás. No traté de convencerlo; conozco a mi hombre.

Acabandito de silbar los pájaros el parir de la mañana, escuché su orden:

—Llévame al oratorio; llévame, te digo —repitió con gobierno mientras se alzaba.

Con hartas dificultades caminamos el trecho hasta recargarlo contra la puerta, mientras buscaba la llave del candado en su morral; quise ayudarlo y me aventó fuerte al suelo, grita y grita como borracho que lo dejara solo.

Ahí estuvo un rato pa abrir; pateó la puerta y al darle frente a la cruz con la pistola que sacó del morral:

—Si me has de llevar, diablo canijo, si me has de llevar, maldita cruz del demonio, pos nos vamos juntos —la sentenció, y al

arrimarle la pistola a la cara le disparó todas las balas, una por una, entre maldiciones y más insultos.

Matías cayó privado, agarrado juerte del cuete. Yo me acerqué poco a poco entre gemidos; al levantarle la cabeza babeaba espuma que se enlodó con la tierra.

Llorosa, con mi hombre desmayado, me hallaron los vecinos. Entre varios lo cargaron a nuestra casa. Con trabajos le pudieron quitar la pistola de entre los dedos engarruñados; jadea y jadea sobre un petate lo dejé en manos de otros dueños.

Con la comadre y el padrino del oratorio, rápido alzamos la cruz pa ir a ver al carpintero del pueblo y pedirle otra igual. Se tardó un rato largo, mas el mismo día la entregó. Ahora es blanca, sin rostro; no había tiempo que perder.

Los pedazos de la cruz baleada los quemé hasta dejar ceniza finita que arrojé al viento.

La nueva la llevamos con el cura a bendecir, para que agarre perjuicio.

Ya todo pasó, ya todo pasó.

La luz de la mañana rompe la sombra que es cobijo. La quietud se troncha y deshila el alma. En ese momento, difícil para cualquier cruz de oratorio mazahua, me condenó Matías, Matías de Jesús, el escogido para ganarme el respeto de mis dueños. Encandilada y el poder a medias, caí abatida y en mis estertores besé barro. Ora mi pensar se refugia en los rincones; mi cuerpo disperso, en la ventisca.

Al ser llevada al oratorio hubo atenciones conmigo y siempre las agradecí. Mi hechura fue de cuidado, y me pintaron un rostro, el cual siempre me cuadró.

Antes de trasladarme a casa, estuve en la de cada dueño. En la instalación todos me acarrearón en cortejo solemne, junto con los encargados, padrinos, los rezanderos y músicos tocadores. Los cues fueron hartos. El sende y el pulque se tomó en suficiencia. Sentí su cariño y quise regresárselo, empero no me fue dado.

El gusto primero lo recibí en la bendición. El cura no perdió de talle y se siguieron las formas. Ahí agarré el maleficio más fuerte que la que más. Sentí el demonio culebro penetrarme hasta la última astilla y endurecí como palo encino.

La memoria endulza, al recordar mi limpia casa, el daño bien metido que es calor de dentro. Lo mejor de la vida se me dio entonces, aunque el designio quiso lo contrario.

Pacífica y segura, esperé llegara algún dueño a pedirme mal para alguien. En tal caso conocerían mi fibra. En cambio obtuve abandono. La tierra y las arañas, que es desidia, fueron mi compañía.

Pasaron semanas rejunTadas en meses, sin atención y sin recibir una velación al menos. Sola, oyendo el viento chirriar bajo las tejas, la lluvia repetida y la gente pasar, la puerta cerrada como si no existiera. Mis dueños imaginaron agarraría costumbre, si me imponían desde el principio a no cuidarme. Eso caló.

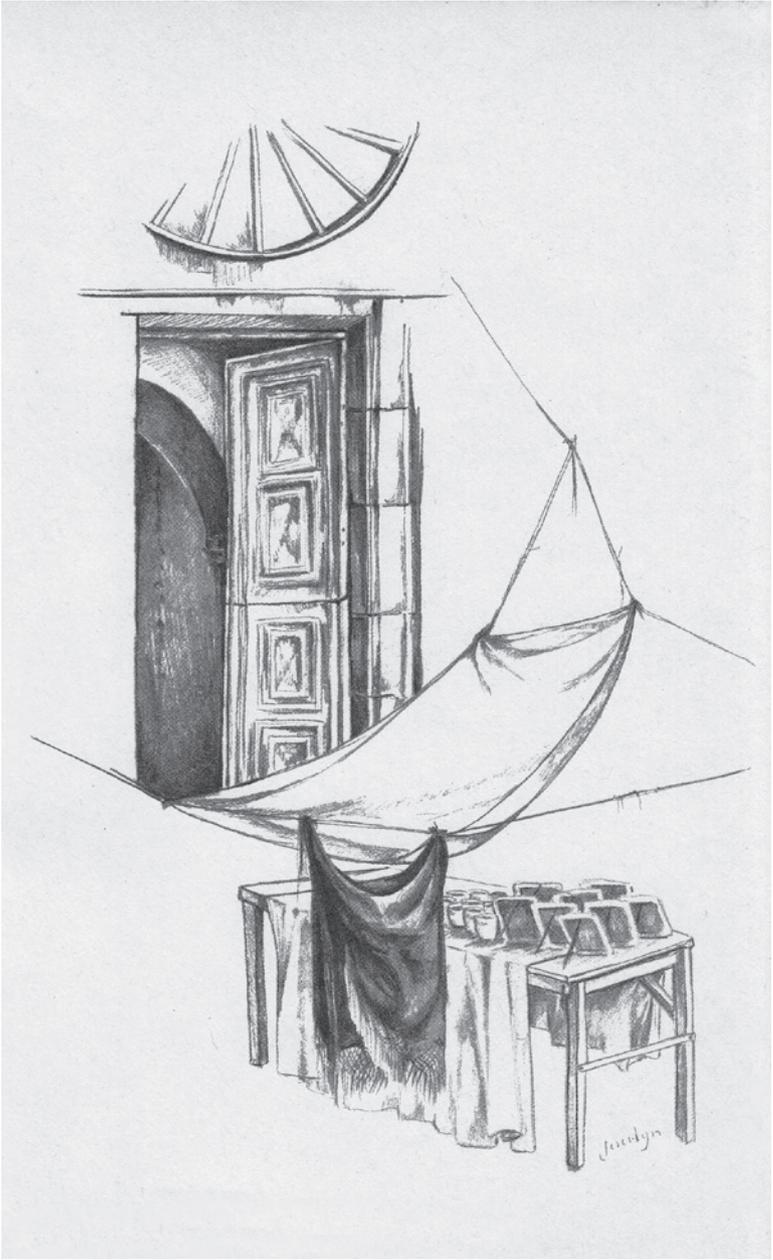
Envié el sueño y, sin embargo, Matías no vino y ahí estuvo el agravio. El fue de los más chuleadores de mí en la carpintería. En su casa estuve en lugar principal y hubo buena comida. En la instalación, él tomó de cantidad.

El mal al principio es puro, mas el tiempo lo hace perverso y corroe si no se le deja salir. Se voltea para dentro y al crecer chamusca. Por eso necesité recargarme y usar toda mi fuerza contra

él, quien además se lo merecía. Hipócrita en sus primeras atenciones y rabudo en su desprecio, merecía sufrir harTo y de a poquiTo.

Matías pudo haberme usado y en cambio me sufrió. Yo estaba inexperTa y me ganó el mal. Ora tan sólo rasgo sin sosiego la penumbra que es cobijo.

Ya todo pasó, ya todo pasó.



La tierra se parece al cuerpo: hay que dejarla descansar y no cargarla de más. Yo tengo chilpayates, y cuando crezcan, debo dejarlos; por eso no fertilizo con la química de los costales.

A los de enfrente, del otro lado del arroyo los estoy viendo. Al llegar lo del fertilizante, le pusieron una tonelada por hectárea, y la buena cosecha los entusiasmó; después al mermar, pa no fracasar, le aumentaron; ora necesitan cuatro toneladas por hectárea pa levantar lo mismo que uno.

Le digo que es como el cuerpo ¿A poco con vitaminas de frasco va uno a trabajar más? No, señor, es lo que es. Las tierras y el cuerpo necesitan lo natural; además el sabor del maíz es diferente: es como probar una naranja y un jugo de esos de lata.

Historias nomás

Esta versación se ha contado hartas veces. Cada que se dice, el de la voz le quita o le pone a lo que él entiende. Sin querer hago lo mismo; ustedes me han de disculpar. El capricho del tiempo es canijo, aunque a mí sí me tocó vivirlo; por eso soy quien mejor se la sabe.

El asunto arrancó una tarde, de esas chulas de octubre, en la cual, noviando, le dábamos vueltas al jardín, con los fresnos de mirones y los papás apoltronados en las bancas. De repente, Rutilio Quincoces le sentenció a Longina Mondragón:

—Si no andas conmigo, no andas con naiden; ¡de eso yo me encargo! —y al soltarle el brazo nos descargó, uno por uno, despacito, esa mirada torcida que nos daba espanto. En silencio, con trancadas grandes, agarró pa su casa.

Longina no cumplía los quince años. No le habían dado su fiesta; sin embargo, ya era la bonita del pueblo. Sabedora, caminaba engreida al empujar los hombros patrás, con el pelo relumbrón como ala de mulato y las puntas rebotándole en la cintura. De buena alzada y maciza de anca, desparramaba hembra, difícil de encontrar un macho de iguales tamaños.

Varias semanas atrás, Rutilio de novio de Longina nos traía con la boca abierta. De pareja tenían buen embone. Ella lucía su porte. Él, sus botas mineras pa presumir piernas largas y flacas y su altura rematada con el sombrero.

Moreno claro y de ojos zarcos, parecía medio tuerto; se le caía un párpado y a veces se le iba este ojo; si bien devisaba sin dificultad, con muina, la mirada se le encabritaba como bubarrona acorralada y hasta daba la idea de estar enroscado.

Nosotros casi le pegábamos a los veinte años. Al crecer y asistir juntos a la escuela, varios nos hicimos amigos, entre otros Rutilio; buen gallo, le ajustaba ser cabecilla, no tanto por su juerza, sino por sus maneras entronas. Era hijo de Genoveva Quincoces, notable por sus bordados de filigrana. Al papá de Rutilio nadie lo conoció; quesque fue un gringo de paso en busca de mineral.

Doña Genoveva desde joven destacó con la aguja. No había santito que se escapara de llevar sus ropas; ya cuarentona cayó en el pecado llamado Rutilio. El padre Rodrigo le retiró la encomienda al prohibirle tocar las imágenes. Mientras su hijo crecía, hecha pedazos por la boca de la gente, se la pasaba enredada entre ojos de desprecio, al mercar carpetas de mesa y chambritas pa sostenerse. Pasó tiempo, y un buen día el obispo de Toluca le mandó hacer un cendal con festones de hilo de oro. Entonces ya estaba el padre Enrique y

él la perdonó, creo al sentirse, a manera del evangelio, recogedor de borregos perdidos, y le dio permiso de volver a vestir santitos. Éstos llegaban a dormir en su casa y así alcanzó su juerza; se los traían de cantidad de partes, pues el mismo padre la apoyó. Ella tomó ventaja pa hablarles a solas a su modo y fregar a quienes la condenaron; y pa ayudar a Rutilio. Cambiaba ropones finos por favores. Así se hizo ganadora de respeto.

Esa tarde, nadie supo lo que entre ellos se dijeron, pero la amenaza de Rutilio quedó colgada de los fresnos, escrita con candela en nuestras mentes.

Antes de las posadas se celebraron en casa de la familia Mondragón los quince años de Longina. El señor Mondragón, ya viejo, tenía la botica junta a los portales. Llegó de Morelia casado con la mamá de Longina, una viuda joven con quien luego tuvo unos cuatitos, medios hermanos de Longina; de lejos se veía cómo lo embobaban; su orgullo se levantaba por haberlos tenido ya grande. De él Longina tomó su apellido; vayan a conocerse los vericuetos; parece le tenía bastante cariño. Después de mucho batallar, Eulalio Soria, hijo del sastre, fue su chambelán. Nadie quería el encargo, no sólo por vérselas con Rutilio, sino que por su mamá. Eulalio, mayor en edad a nosotros, empujado por su papá y atraído por los veres de la muchacha, bailó con ella toda la noche.

Pasandito los Santos Inocentes, la familia Soria se mudó del pueblo. Al decírselo a Rutilio se rió de gana grande, la boca torcida, al hacernos ver nuestro error de creer no iba a cumplir su juramento, y de nuevo, en la cerrazón de su misterio, se alejó. El hijo del sastre no fue a caballo; iba sentado en jamuga, de esas sillas de patas torcidas que usaban las señoras pa caminar en burro jornadas largas. No

se despidió. Se dijo se había ido porque se le secaron los cojones; otros dijeron que Rutilio se los mochó. Lo cierto es que la familia Soria no dejó ni rastro.

Rutilio se apartaba del resto por su ojo caído. Doña Genoveva lo parió sola, a raíz, y nació bien. De escuincle babeando no tenía defecto; dicen se lo llevó al monte y le pellizó el nervio con una aguja en ofrecimiento a la virgen, pa sacarla del atolladero. Allí agarró el coraje. Creo Rutilio tendría entonces unos seis años. Lueguito vino lo del encargo del obispo de Toluca.

Él nunca quiso contar lo sucedido; me acuerdo se aventaba a golpes contra el que lo choteara del ojo, hasta con los muchachos grandes; no le tenía miedo a nada. Una vez al arrimarse un perro rabioso, corrimos. Rutilio, quieto, le echó la vista y el animal se fue. Pa molestar, nos ojeaba de fijo; a nadie le gustaba y en vez de enfrentarlo preferíamos darle la vuelta. Por otro lado, de buenas, era parejo y le atoraba a nuestras cosas; de ahí que fuimos amigos. Su logro grande fue seguirse llamando Rutilio, pues de todos los apodos ninguno se le quedó.

A doña Genoveva y a su hijo seguido se les veía juntos; al pasar imponían, más al crecer Rutilio. Eran juerzas que se ayudaban.

La noticia de los cojones marchitos corrió con el aire por los pueblos y rancherías. A Rutilio se le subió lo girito y a pesar de salir poco, caminaba trueno y trueno las botas que ya casi nunca se quitaba, fuma y fuma, escupiendo gargajos cargados. A su alrededor parecía tapete de granizo aguado, azotado contra el pavimento. A doña Genoveva se le veía de frecuencia con una sonrisita mielosa de monja contenta, más cuando el padre Enrique despachó a las señoras que lo fueron a ver con el chisme: “Habladurías de la gente

ignorante”, dicen les dijo. Longina, por su parte, no se amainó. Serrana la potranca no era de fácil doma. Comenzó a no fallarle la flor en la crín, el rebozo terciado y el mirar altanero, segura de su carga. De nuevo, Rutilio y su mamá alimentaron la comidilla del pueblo, ahora junto con Longina, a quien no dejaban en su repase.

Al principio Rutilio siguió con nosotros; mas al ver a las muchachas asustadas por él, varios empezaron a apartarse. Él por su lado, de por sí medio solitario, creo entendió. De ahí pal real nos frecuentamos menos; lo veía en la cantina y hasta lo visité en su casa: él nunca fue a la mía; su mamá, unas veces me preparó enfrijoladas con queso añejo y hasta me dio la mano en un asunto. Creo su intención era juéramos amigos de de veras, pero él no lo permitía por su encierre y plática de tapia atrancada.

Rapidito nos hicimos de novias fijas y caímos en el matrimonio pa seguir con chamacos; en tanto, con la venia de Dios, la curiosidad agarró cuerpo. Longina mayor en edad, se hizo de más ver. Con la guapura bien aferrada, veía por arriba, como quien se fija en todos y en nadie; igual, también se quedó sola, a las vueltas y vueltas en el jardín al repisar lo andado; ahí recogía avizoradas de refilón de quienes de lejos la admiraban, a modo de caballito del diablo que al primer atisbo vuela de lado. La llegué a ver en la iglesia, poniéndole veladoras a los mismos que doña Genoveva vestía. Se me afiguraba quería compensar el asunto con las imágenes o a lo mejor, vaya a saberse, engraciarse con la propia doña Genoveva.

Rutilio se metió al trato de grano, caballada y otras cosas. A deshoras se la pasaba en el chupe y con las putas por las afueras. Éstas nunca le tuvieron miedo. Eso sí, los sábados y domingos no fallaba

alerta junto al kiosco, recargado fuma y fuma y escupe y escupe, hasta que Longina la emprendía.

En tanto los cerros se hacían más viejos, varios agentes viajeros y hasta un seminarista, que parece hablaron con Longina, se jueron de prisa, a veces de noche, dicen en jamuga o en sillas de cargazón, queso con los tanates carcomidos sin jamás volver a pisar barro de aquí.

La fama de Longina corrió lejos. Le decían la Bella del Valle. Los del pueblo no paraban de verla. Los recién llegados, de fisgonas, iban al jardín a contemplarla de lejos, volteando pa ver a Rutilio, avizor con sus botas mineras y su ojo gacho.

Rutilio tuvo la pérdida de su mamá. El velorio y el panteón hormiguearon de tantísimas personas a quienes nos ayudó; unos la sufrieron y otros la gozaron; ya ven que de todo hay. Después del entierro, empapados por un diluvio seguido de una granizada, me fui a echar unas copas con él; le tuve lástima; no le faltaba pa pasarla, mas ahora se había quedado bien solito. El calor de los tragos me animó.

—¿Qué hay de Longina? —me atreví—, ya son cantidad de años y nada.

Al recargarse en la silla, alzó la vista al techo y enmudeció un buen rato, viendo sin mirar. Se dejó ver la calada, y no se hizo de lado.

—Ya no sé ni qué. Dijo no querer conmigo, por mi sangre de gringo mal habida. Quesque no le gustaban mis botas de minero. Por qué he de negar mi parroquia. Viejas hijas de la... —amenazó al dejar por primera vez su parquedad a un lado—. Ay, de tí donde la toques.

—A mí no me interesa pa eso. Tú conoces que soy casado y las piedras hablan. Lo decía por ti. Por lo que te pasas de vigilante —me volví a arriesgar.

—El asuntito ya se está haciendo fastidioso —me confesó— y por otro lado no puedo echarme patrás así de sencillo; ves cómo soy, y con lo que me conocen.

—Pero ora ya no tienes a tu mamá pa apoyarte —volví a empujarlo más duro que antes.

—Mejor párale —me sentenció al enchilarse. Corajudo me echó el ojo y al cimbrarme me acordé de niño; luegoito cambié el tema.

Quince o dieciséis años habían pasado desde la amenaza en el jardín, al empezarse a asfaltar la carretera a Toluca; entonces llegaron los del camino con sus herramientas. Había desde ingenieros, maistros, camioneros y otros; hubo mucho trabajo pa nosotros.

Un domingo, un güero grandote, maquinista, se le plantó enfrente a Longina con una flor. Eso todos lo vimos; se estuvo con ella a las vueltas más de una hora. Uno que estaba cerca del kiosco me contó la mirada llena de Rutilio al güero, mientras Longina pasaba con un pavonearse como de ganso fino. Éste ni caso hizo, tanto que a la otra semana de nuevo se puso a circular con ella. Rutilio dejó de ir. Así llegó a completar la tercera semana ante la sorpresa del pueblo.

Dicen que al güero le sobaban güevos y se fue a buscar a Rutilio. Se pusieron a tomar. Al cabo de unas copas, a la vista de la gente y alzando la palabra pa que se oyera, le reventó:

—Mire, a mí me gusta la Longina y me voy a casar con ella.

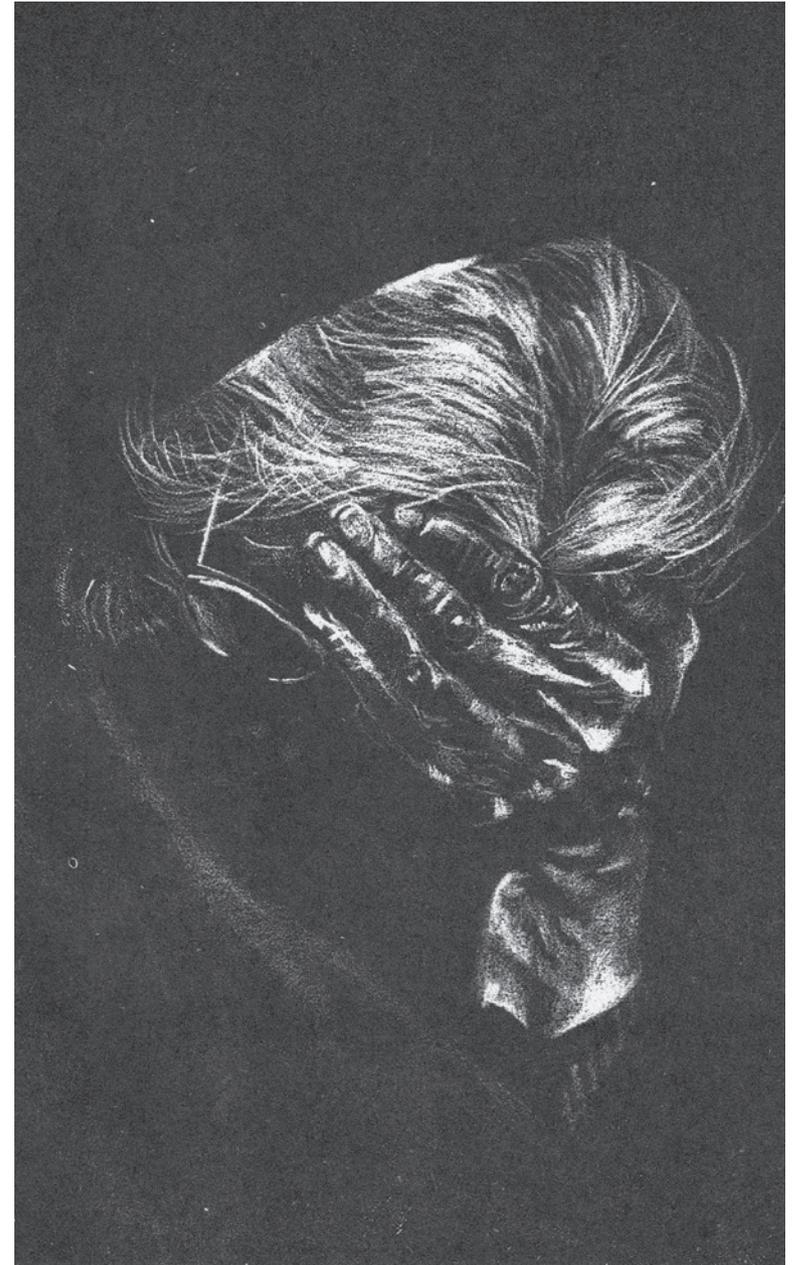
—Ésa es cosa suya —dicen le dijo.

Al sacar la pistola y ponerla sobre la mesa, el güero lo amenazó:

—Se lo advierto: si me pasa algo, vengo y lo mato. Ya oí de sus historias.

—Historias nomás —dicen le contestó. Y al pararse se encaminó solo, como era su costumbre.

A Longina y a su güero no los volvimos a ver. Rutilio, ya fregado, sin sostén, se casó con una viuda entrada en años, que tenía unos cuatitos, y se hizo boticario... allá junto a los portales.



El que no sufre no cuida. Necesita sentirse la quemada de la reata por la yunta pa aprender a cuidarla; rascar con las manos, con un palo, pa saber lo que es el arado; sembrar en polvos, en sol de secas pa cuidar la milpita; perder la cosecha, toda la cosecha que uno sembró, pa darse cuenta de lo que es cosechar. Al mamantial hay que entretenerlo o deja de aguar.

Con el niño atravesado

Andando yo por el mundo
me encontré un Santo Tomás
y en su dolor profundo
me dijo: ¡ah, qué jodido estás!

Él con su diplomacia
yo con mi diplomía
¡Viva México! señores
y el Cristo de Santa María.

EL POLI ARELLANO
La hormiga arriera

*Quiero mi capilla, ¡que me cambien para allá!
Anda, diles que me cambien, ¡que nada les cuesta!*

Así es como doña Carmencita me ha contado que le dice. Ella es la vendedora de “reliquias de todas clases” y estampas del Señor de Santa María Aguacatlán, a la puerta del santuario. A ella le empalma

su aflicción. Se lo ha dicho al padre y de ninguna manera le hace caso. Eso está mal. Doña Carmencita es quien después de nosotros más conoce al Señor; se pasa largos ratos con Él, solitos los dos, cuando no hay nadie en el santuario. Yo de aquí, hace mucho no lo veo.

Sucedió lo mismo con doña Encarnación, la que antes tenía el puesto. Tampoco la tomaron en cuenta. Entonces nada le pasó a la santa imagen; bueno, más bien nada nos pasó.

Ya va a ser un cuarto de siglo que el santuario se vino abajo, el mero día de Santiago. Un temblor bien recio nos sacudió una semana antes, pero no pasó de ahí. Al dicho tiempo, apenas entrada la noche, comenzó lo mero feo. En la capilla, por estar junto al santuario, se escucha reteclarito. Despertamos en medio de un aguacero, con el canto de la teja, extrañados al oír tepalcates estrellarse contra el suelo. Primero uno; al rato dos o tres seguidos. Nomás era pelar los ojos sin saber, con la congoja de nuestro Señor allá dentro. Siguieron los ruidos parecidos a piñatas al caer y adelantaron nuestro apuro, mientras afuera un diluvio bañaba al pueblo. Nada podíamos hacer. Sentí hormigas en las rodillas y el barullo se me coló entre los faldones y me hizo sudar. De repente el tronidote del techo al desprenderse, como si se abriera de cuajo un cerro, y de inmediato el estallido sobre la losa, el retumbe de las paredes y el mecerse de la capilla que tan sólo se sonrió. Las culebrinas de los rayos chisporroteaban en el cielo cargado de espanto, ensañado en rematar al santuario con su candela. Una dispensa del cielo salvó al Señor, a nuestro Señor.

En el momento ni por asomo me cruzó por la cabecita. La techadumbre del santuario se había construido de lodo apisonado con estiércol, sujeto con ollas grandes y chicas de barro crudo de

primera cocida para que pesara menos. Con todo y el descolgón, muchas por su calidad ni se cuartearon. Todavía hay unas por ahí.

El asunto estuvo mal desde el mero principio. La construcción la empezó el padrecito Francisco Chaparro, quien tenía fama de buena persona; sin embargo, no le sabía y se le cuartearon los muros. Los hizo altísimos. Veintitantos años navegó hasta que, a finales del siglo pasado, el padrecito Toñito Osorio compuso los cimientos en buena parte y reforzó los muros, pero el mal sigue. Quién sabe dónde está. El santuario se estrenó en las fiestas de mayo de 1932, luego de hartos años de batallar, con una misa pontifical celebrada por don Pascual Díaz, entonces arzobispo de México.

Pasado el derrumbe, al volver a techarlo, dejaron los mismos muros aunque más bajitos. Si bien, los recortaron de largo, al reducir el templo por razón de firmeza, a mí se me afigura que no le han dado al mal. Por eso el Señor no quiere el santuario. Hace más de cuatro años lo volvieron a meter ahí al terminar de reconstruirlo.

Quiero salirme. Diles que de favor me saquen del santuario. Que quiero mi serenidad y para eso necesito mi capilla y mi camerín. Así, añosos como Yo.

Doña Carmencita, quien es a la que le repite de constancia, ya le dijo hasta a don Rómulo, el sacristán, y no entiende.

El Señor de Santa María Aguacatlán es un cristo negro muy antiguo, crucificado en una cruz del mismo color, con una mirada dolorosa hacia abajo, la cabeza inclinada a la derecha y la boca entreabierta. En él todo es negro, hasta su cabello lacio escurriéndole grueso y despeinado. Sólo unas heridas en su cuerpo dejan

ver su rojo. Nadie se acuerda ni sabe de dónde vino o cómo llegó. Tiene siglos aquí y es venerado desde entonces, principalmente en la fiesta de la Santa Cruz, el tres de mayo. La víspera bajan de los cerros miles de inditos mazahuas y otomíes y se ponen a bailar en el atrio durante días y noches enteras. Vienen desde Amanalco, San Bartolo, La Asunción, Santa María Pipioltepec y más.

Seguido del derrumbe, nos relataba su congoja ya de regreso en la capilla.

La pasaba con el niño atravesado. A cada rato se oían chasquidos. En aguas, el techo crujía triturando las ollas. Por eso salía por parte de noche cuando arrecian las lluvias. Sentía abrigo abajo de los aleros de las casas. Veces me animé a platicarles a algunos pidiéndoles fueran con el cura. No es de seguridad que hayan cumplido el encargo; ponían caras entre miedo y asombro y rápido se iban. Uno no puede meterse en razones con cualquiera, por eso me doy mis mañas, como en las procesiones. A buen entendedor, pocas palabras.

Doña Carmencita también me platica:

—Claro se nota que el Señor de Santa María no quiere el santuario; cada que lo sacan a las procesiones sale de volada; en cambio, es muy difícil pa remeterlo; no le asienta. Su apuro crece con las lluvias, pos las construcciones se aguadan. La otra vez entré al santuario de noche. Había dejado el puesto abierto por ir de madrina de un niño. Encontré a nuestro Santo Señor revisa y revisa el colado de los arcos; los golpeaba con una cuchara grande de albañil. Tenía un diviso pardo como místico y de tan ido ni me vio; vaya a saberse ónde consiguió la cuchara; no quise de importuna

molestarlo y luego me salí. Volví a decirle al padre, pero insiste en darle su templo mayor. Como él hizo tanto pa la compostura, está empecinado. No se fija que los antiguos, por el rosario que cargan, prefieren sus casas viejas y la capilla es onde finca su querencia.

No he podido conciliar bien el sueño desde que ella me confesó:

—Poco a poco la dificultad se le ha agolpado y casi no hay noche que no salga; se la pasa enhebra y enhebra el riesgo y como no tiene tregua, busca el portón. Hace tiempo Roque Fruti, el policía hijo de Juvenal el escribiente, se lo andaba pepenando por dormir en una banca del jardín. Lo encontré después de la media noche cubierto con un sarape que vaya a saberse ónde sacó. Ya se lo llevaba a empujones: “Ámonos pal tambo, briago tal por cual”, le iba arresta y arresta, cuando tomó cuenta de su corona; se le había figurado sombrero roto por lo oscuro, y de tarugo va y le abre la manta. “Le juro doña Carmencita, le juro por lo más grande, por mi amá, que mi apá no güelva a escribir si lo hice con mala intención. Ónde iba a imaginarlo. Nomás dos alcoholes me había remetido y eso espues de la cena. Borracho no estaba. Luego lo solté y me caí de rodillas, al gritarle me perdonara. Ai me quedé hasta que terminé un rosario”. Esde entonces a Roque no le falla el santuario. Se pasa horas en la conversa y conversa con el Santo Señor, que asegura Roque de dogma, nomás le clava el ver y no le dice nada. Ójala lo perdone. Seguro lo perdona. Ya le insistí a Roque, pero sigue engarzado en su desbarajuste.

En la penumbra cabilo su intranquilidad, el achaque de su cruz al pasar fríos, lo expuesto de andar en las calles con perros que lo pueden desconocer y meterle una corretiza, las malas compañías... en fin, los tantos de dificultades de quien sale noche tras noche.

Con todo, no deja de hacer el bien. Como con Roque, que sirvió para acercarlo al templo. Lo mismo sucedía cuando lo metieron al santuario tras del incendio de la capilla. De regreso con nosotros, después del derrumbe, se acaloraba al contarnos los sucedidos en la creencia de no tener que volver a pasarlos, y pobrecito, ya le volvió a tocar. Una vez consiguió un doctor para un niño enfermo. En otras, convencía borrachitos de pararle a la tomada y hasta evitó adulterios encubiertos por la media luz de las estrellas. Caso hubo en el que a un agente viajero con la costumbre de visitar una viuda después de corte de luz le dejó de tarea, de penitencia, junto con la señora, de quedarse dormidos hasta la mañana siguiente; la penitencia estuvo en el susto y la tempestad de verse descubiertos en pleno día. La tarea, en huir de esos pasos.

La capilla y su techo de teja han aguantado los temporales. Sólo hemos fracasado con la caída de nuestro altar y lo del incendio al atarantarse mis paisanitos. Por lo otro, es fresca y tiene el sabor de lo añejo. Nadie sabe en qué época se construyó. Fue antes de las memorias. El camerín del Señor es más bonito, majestuoso y tradicional, comparado con el del santuario. Nomás hay que cotejar, echarse una compulsu.

Eso del incendio se dio hace cuarenta y tantos años. El padrecito Manuel Velázquez, hermano del padre Pedro, ofreció aquí mismo su misa solemne con veintiséis padrecitos. No cabía ni una aguja del gentío. Apadrinaron el padre Luis Gómez, entonces rector del seminario, el cura de Valle, Jesús Albarrán, el padrecito Ferrusca y otros. Vino desde la ciudad de México el arzobispo Luis María Martínez, quien habló de lo sublime del estado sacerdotal.

Fue un gran jolgorio en tiempo que el arzobispo bajó en procesión por la calle Pagaza para llegar a la capilla. Al término, de

cansados y con las cabecitas llenas, dejaron mal puestas unas veladoras.

Antecito de la media noche me despertó el tufo del humo que venía de la sacristía, junto al Señor. Ya luego se oyeron los gritos de algunos cristianos. Al repique de las campanas, la gente se apiñonó con cubetas de agua y en ésas estaban, cuando al no poder detener el fuego, alguien tuvo la ocurrencia de sacar la imagen. Un grupo se la llevó a casa del padrecito Manuel Archundia, mientras nosotros ya creíamos chamuscarnos; ¡imaginarse! Tantas alabanzas para quemarme igual que en los infiernos.

En seguida llegó más ayuda, más agua y hasta el mismísimo padrecito Manuel; con el apuro, se cayó de una escalera. Ahí se quedó privado un rato mientras se combatía la lumbre. Eran las cuatro de la mañana al aminorarse el fuego. ¡Ah, pa sustote!

Al otro día se formó la procesión y se trajo al Señor de Santa María. Cargado entre cantos y misereres lo metieron al santuario. Ya no lo vimos hasta después del derrumbe. Ai lo pusieron sobre unas mesas en tanto se hacían los rezos.

Casi al finalizar, el padre Albarrán dispuso se llevara la imagen alrededor del templo en nueva procesión. Eso causó mucho gozo a los feligreses. Al regresarla se dieron cuenta de que el cendal del Señor estaba húmedo como si hubiera sudado; es que ¡no fue para menos!

Quiero mi capilla. Ya vienen otra vez las lluvias. Esta vez no aguanta el santuario. Ya no le busquen. Que ya no le busquen y me pasen a la capilla. ¡Mi capilla! ¡Mi casa!

De diario me repite la súplica que a ella le hace nuestro Señor y no hayamos salida. Hemos pensado muchas maneras de convencer al padrecito, como cuando en su sermón discurrió que la voz del pueblo es la voz de Dios. Doña Carmencita le volteó el chirrión por el palito y sólo sacó una regañada. Lo mismo le sucedió a doña Encarnación con doña Genoveva Quincoces quien, por ducha con el bordado, tenía el encargo de mantenerle un buen cendal al Señor; se hacía cruces de la rapidez con la que se ensuciaba y de los tirones en la tela. Doña Encarnación no tardó en convencerla y las dos se fueron a recibir tamaño sermón del padre Miguel por andar de “provocadoras de entuertos”. Doña Genoveva por haber tenido antes problemas con la Iglesia y no querer repetir su historia, se enojó muchísimo con doña Encarnación y la reprimió, por lo que a la pobrecita le tocó por partida doble. Jamás, pasado el tiempo, se le pudo tratar otra vez el asunto a doña Genoveva, quien sólo se limitaba a cambiar el cendal, sin importarle su pobre estado. Doña Encarnación se apagó con las reprimendas, sobre todo la de doña Genoveva, a quien más que respeto le tenía miedo.

A mí y a mis tres hermanitos de altar que vivimos en la capilla nos tienen poca consideración. Con mis faldones cortos, he pasado de siempre con las rodillas entumidas. Estas ropas no son para estos climas. Ya se me cayeron mis alitas y ni quién para ponérmelas. Recién que estuvo aquí el Señor, caminaba para verlo. Se me hacía algo pesado volver a subir al altar, mas el gozo de mirarlo bien valía la pena. A pesar de reconocernos como ángeles de talla antigua, dicen que dizque estamos “retocados con muy mal gusto”. Será, pero queremos dejar de sufrir, tenerlo cerca; ya lo queremos aquí, junto a nosotros, a nuestro bien amado, a nuestro compañero de edad: ¡el Señor de Santa María!



Con Adán, mi hijo, no nos dimos cuenta hasta pasado el año. No lloraba, y en cambio los lagrimones le mojaban la cara. Lo llevé a México, a la ciudad, a sus seis años. El doitor me dijo no había remedio. Que se lo dejara en el hospital de interno a ver si algo se les ocurría. Fijándome lo desgarrados y flacos de los enfermos ahí, pos mejor me lo traje, al fin que unos frijolitos con sus tortillas aquí no le habían de faltar. Ora ya ve lo trabajador que salió.

Toda esa ropa y el sombrero negro que se carga se los compró él. Si lo deajo, de seguro me lo matan en espera de sus ocurrencias.

Tirso Patiño I

*A Valle de Bravo y a su gente y, en especial,
a Enrique Enríquez, querido amigo*

Ora de escribiente no gana uno mal y alcanza para írsela pasando; sin embargo, son otros tiempos. Buenos por pacíficos, pero les falta esa navajita, ese filito que tanto nos acicateaba, y nos hacía inventores y más. Y es que la necesidad tiene cara de hereje. Si no basta, me funcionarían las dos orejas por parejo. Los clientes se podrían sentar de cualquier lado; daría lo mismo. Me quedé sordo, y no le aunque, pues esta sordera no la cambiaría por nada. Aparte, es de la izquierda y ésa no se usa igual.

Al mentado Tirso Patiño, a ése le acicateó la canija necesidad y el par de güevotes que llevaba bien puestos.

Un mediodía, al enderezar unos clavos de herradura para luego aprovecharlos, sentí el vozarrón:

—A ver, Juvenal, ¡trate el tubo grande!

Entonces no lo sabía y ni por dónde me pasaba. Don Tirso acababa de fraguar la idea que días atrás le había nacido en los riñones, aforado en el estómago, para al fin arrinconársele en el cerebro.

Yo frisaba unos doce años apenas. Hice el esfuerzo de levantarlo sin poder, alcé la mirada y vi a mi patrón con ojos de borrego, pujando al querer llamarle la atención:

—Presta pacá —señaló Tirso, mientras se dirigía a ayudarme, consciente de su orden imposible. Agarró el tubo sin jorobarse. Siempre andaba derechito. Hasta para alzar las cosas del suelo. En su pobreza le sobraba dignidad y confianza en él mismo:

Su herrería la puso en el callejón del Chorro, donde está el colegio de las madres. Fue maestro de herreros que mucha fama le dieron a Valle de Bravo. Poco a poco éstos se han muerto;

El herrero del pueblo, rugoso por la edad, lucía una gruesa barba blanca acariciándole las clavículas, ojos chiquitos de esos fijones, gruesos labios crecidos por el barro chupado de las polvaredas, una nariz propia para mandar y una tez apiñonada. Como siempre, vestía huaraches y calzones blancos a juego con su camisa, señal de pobreza. Su jorongo y sombrero vallesano colgados cerca.

Desde varios años atrás, le encorajinaban los revoltosos sin ningún control del gobierno que, sin que nada ni nadie pudiera detenerlos, hacían de las suyas al entrar al pueblo;

En un principio eran gavillas de nueve o diez hombres; caían en las casas solas a las afueras del pueblo, en los ranchos. Los quemaban y se huían con las mujeres al matar a muchos. Luego se echaron a andar las rondas para detenerlos y funcionaron bien durante un tiempo. La gente en asambleas les dio poder, pero ya no se los pudo quitar.

Se hicieron revolucionarios trajinando varios grupos a la vez. Así empezaron Carmen Esquivel, Elías Gómez y Patricio Castillo. A falta de gobierno se movían a sus anchas;

Veces había que el empedrado del pueblo se escurría de tanta sangre y las paredes de las casas se teñían de rojo, de quienes al pasar se recargaban en busca de cobijo a su dolor. Los gemidos de madres, esposas, niños y hasta de hombres se oían de lado a lado; esos quejidos sordos, de llano, de quien sólo espera más dolor en su derrota todavía me retumban en las orejas. Por eso no quiero acordarme. No me gusta hablar de ello. Hubo quienes se murieron derretidos de tanta ansia y tanto desvivir. Deshojados de tanta congoja. El alma rota de tanta pena, al perder de cuajo a sus seres queridos, arrebatados por la bola. Era una desgracia. Sufríamos mucho. Ustedes no se lo imaginan. Navegábamos en pura tristeza. Parecíamos animales en espera del cuchillo;

Al entrar Alberto Sámano y el general Pacheco, la pestilencia de los colgados se ahogaba en la quemazón de casas. Hasta al palacio municipal le tocó. A un tal Cupertino Cedillo le daba por cerrar las bocacalles con la tropa para lazar gente atrapada, arrastrarla y rebotarles las cabezas contra las piedras mientras se reían. De acordarme se me enchina el cuero. Al verlos venir nomás clavábamos la mirada al suelo. Si uno alzaba los ojos tantito, se paraban a matarlo.

—Qué diferencia cuando la Conducta pasaba sin fallar —repetía Tirso—, cuando las cosas eran derechas y cada quien estaba en su sitio y entendía su cómo.

Tirso Patiño, viejo sabio, jamás se les opuso abiertamente. Tan sólo hubiera logrado arriesgar sus cansados huesos a un mal trato si no es que hasta lo matan. No respetaban ni la edad.

La revolución no acababa de acabar y hasta la gente y los poblados que nada tenían que ver se la vivían con el alma en un hilo. Muchos se fueron a la bola para poder tragar. De otra manera andaban con las paredes del estómago repegadas a los huesos. Comían hierbas fibrudas y éstas los hacían babear y perder el sentido de las cosas. Lo bueno de la bola es que era en bola y una bola de hambrientos no puede haber, más si no hay gobierno para detenerlos.

—¡Ora verán, cabrones! —repetía Tirso en sus adentros, al mover con sus callosas manos el grueso tubo que le raspaba la piel y le enmielaba el corazón. Los dos lo rodamos hasta colocarlo en medio del taller, donde le dio una vuelta con la mirada. Tomando las acotaciones me despidió y se encerró a meditar. Había que pensarlo muy bien. Quería correr el menor riesgo en una aventura de por sí espinosa y necesitada a más de coraje, de mucha técnica, de esa de pueblo, ya que no tenía otra;

En un instante se le agolparon en la cabeza todas las habilidades manuales de su medio, los conocimientos adquiridos en una vida de herrero-apendiz y herrero-herrero, frente al mayor reto de su vida. Empero la decisión estaba tomada;

Con la cabeza llena de chispas puso el candado en la puerta del taller y decidido se dirigió a ver a su compadre Chema, dos puertas más allá. Se arrimó al portón abierto sin tocar, en espera de que alguien lo viera, lo saludara y platicara de todo, menos de dónde podría encontrar a su compadre, porque lo obvio no se platicaba. Llegado Chema y tras de andar un buen ratito por las ramas, a pesar de su fuego;

—Dicen que ya se quieren arrimar otra vez los bandoleros;

—Pos que sea lo de siempre... lo que Dios quiera;

—Oiga, compadre... ¿y si les vamos pegando tamaño susto?

—Ay, compadre, ya estuvo echándole pensadas y mejor no le buiga, ya ve que lueigo no resulta;

—Esta vez sí sale, compadre. Ya me fastidié y total yastamos viejos. Además, a veces sí salen bien las cosas. Pregúntele a los del mesón;

Los dos viejos se repasaban sentados en la mesa de la cocina, en tanto las brasas del almuerzo resistían a ser revividas a la hora de la merienda. Cerca de treinta años habían pasado desde que los compadres se conocieron, al llegar Chema a Valle de Bravo, de Casas Viejas. Chema estimaba de verdad a su compadre, aunque le tenía cierto recelo por sus ideas raras;

—Pos mire, compadre —dijo Tirso, al dejar caer las palabras poco a poco y levantando las cejas en señal de ai le voy—, ¿se acuerda del tubo grande que nos trajeron pa lacequia y nunca se usó?... Pos lo voy a hacer cañón, y pa la próxima los recibimos a cañonazos. Así sabrán que nostá tan fácil entrar al Valle;

—¡Ay, compadre! Ya le falla. Fíjese cuántos llegan y de lo armado que andan. Cómo cuelgan y afusilan a quien se les hincha. Si lo agarran, de menos lo matan si no lo hacen sufrir antes pa entretenerse. Y si llega a matar a más de la cuenta, nos van a joder a todos. Mejor estese quieto, compadre;

—Pos si no quiere ayudarme, allá usted; nomás quédese silencio y ya verá —concluyó Tirso, resuelto a evitar dejarse cambiar de opinión por Chema, al que consideraba tímido, aunque no cobarde;

El viejo ya anticipaba la respuesta de Chema, pero quería contárselo, como siempre. Tan sólo a él le decía lo de él. Los compadres se querían y respetaban; sin embargo, fuera de las pláticas, poco los

unía por sus distintas maneras. Sus diferencias los acercaban con una extraña atadura imposible de explicar.

No había pasado mucho rato, cuando Tirso ya se encontraba al pie de los fresnos de la plaza de los Tres Árboles. Era un miradero del Plan a la orilla del pueblo. Ah, qué chulo valle era ése. Se dejaban ver las arboladas de ailes a la orilla de los ríos, para luego juntarse en un chorro grande hacia Tierra Caliente, rumbo a Colorines. El cultivo estaba descuidado; la gente tenía miedo a salir de sus casas. La maleza crecida, suelta, desparramaba sus colores: jarillas, zarzas, escobos chinos y yerbas de flor en cantidad. Confirmó su memoria, el árbol escogido; al dar algunas zancadas largas, llamando la atención de esos ojos de pueblo que no estando miran, un nubarrón empujó al sol con ganas de refrescar el comienzo de la tarde;

Tirso vio, pensó y calculó, y al recoger de entre sus adentros los instintos de táctica y estrategia que todos en alguna medida campeamos, se encaminó firme con cara de me tragué un gorrión. Forzaba la memoria, acordándose de los detalles del único cañón que había visto en su vida. El usado por Berriozábal, el general liberal, al tomar el pueblo cuarenta años atrás. Pensaba en su sorpresa ante la fuerza del plomazo. Pegó en la torre de la iglesia, rajando por mitad a Santa Bárbara, la campana mayor.

Esa misma tarde mandó llegarme por parte de madrugada con Cosme y Vicente. No acababa de clarear cuando entrecortado en su emoción, mientras enjutos por respeto lo mirábamos, se nos fue enderezando el lomo, al tiempo de sentenciar:

—Un cañón pa defender al pueblo y ustedes me van a ayudar a que no reviente. A ver si dejan de fregarnos. Ya estuvo bueno de tanta jodidez... así es que a darle y que Dios nos ampare;

No hubo quien chistara. Luego nos dimos cuenta de la importancia. Yo era su ayudante principal y me puse orgulloso de mi patrón. Nadie dijo nada de la paga. Sabíamos lo escaso de los centavos. Además, sentí por fin habernos tocado, ser martillo rompemadres en vez de clavo aguantador, y eso calaba calentito aquí adentro.

La friega fue en grande principalmente al alambrar la base; entonces, ¿cuál soldadura? Al tercer día, todo el pueblo estaba enterado. Tirso, convertido en solemne técnico de la guerra, semejaba un sabio coronel artillero, y nosotros, sus creyentes soldados. La curiosidad es que casi nadie ayudó por miedo a enredarse.

Al terminar la herrada, amarramos el cañón en el suelo al pie de un fresno en la plaza de los Tres Árboles. Tirso se negó a probarlo. Dizque nos delataríamos. El tronido, aseguró, iba a retumbar los merititos infiernos.

Un día temprano, tempranito el siglo, Cosme, con un ansia que no se le quitó porque vivió asustado desde entonces, pasó a avisarme. Cobijado por la bendición de mi mamá, le tupimos porque ya venían los bandidos;

Juro por lo más sagrado, nunca haber tenido más miedo ni más valor. Cómo los dos se juntan, no sé. Creo que por chamaco, al no saber bien, lo hice. Las tripas de remolino en la panza me garraspiaban la garganta con chicos tronidotes, y me dieron ganas de vomitar. La saliva me sabía a Josefita y llegué a marearme.

En la plaza había hartas personas. De mironas se juntaron como si fueran a ver escupir al merititito Lucifer. Nadie se afiguraba qué de cierto iba a pasar. Mi patrón, firme junto a nuestro tubo reforzado, nos esperaba con un estandarte de la virgen

de Guadalupe, casi de su altura. Nosotros nos calamos conforme a lo dicho, en el frente del sombrero, estampas de la misma virgen;

De los cerros se veían a los zapatistas descolgarse rumbo al puente del río del Molino, cansados y hambrientos, y por ello ganosos de echar bulla a nuestra costa. La gente en el Plan corría espantada hacia el pueblo a ganarles el puente, dejando sus herramientas y bultos de la poca cosecha de alpiste. Las caras de angustia, desencajadas, invitaban a correr tras ellos. Una señora traía un niño con la cabeza bañada en sangre. En el apuro se le cayó entre las piedras;

Los alaridos y el sudor de quienes subían donde nosotros, acobardaron a muchos y fuimos quedándonos solos. Devisaban nuestra promesa y se huían a sus casas; los que al principio tuvieron fe comenzaron a perderla. Contagiados, fruncido el pellejo, y ya rugoso a punto de irnos, nos encaró el gesto mandón de nuestro jefe al empujarnos a ayudarlo en la apuntada. Al desamarrar un poco las reatas, lo calzamos con unas piedras, la boca de fierro queriendo comerse al mero centro del puente. El estandarte, clavado en la tierra, lo afianzamos con piedras;

—Cada uno a su asunto —bramó en tanto le ponía la pólvora al sacarla de unas bolsas grandes de cuero—. La bola y los fierros —gritó, paso que debía cumplir el herrero, Vicente, por fuerte y de siempre un poco pendejo, pero más seguro que el hielo en diciembre—. ¡Estopa!, ¡lama!, ¡retacador! —y Cosme le retacaba; yo, el mechero; casi me zurraba en los calzones;

Cuando estuvo listo, y al ver los de enfrente a caballo acercarse camino al puente, en espera del momento propicio, volví a tomar cuenta de que éramos los únicos en la plaza. En un suspiro el alma se me marchitó y desmantelado supe haberla errado;

—¡Mecha!, ¡mecha!, ¡mecha! —se desgañitaba nuestro coronel, y yo apenas si lo oía agüitado en mi desplome, al salir de un pozo hondísimo por el empujón de Tirso; sin poder contener el temblorín, no le atinaba al agujero; apreté los dientes y como pude se la puse. Cosme y Vicente también se habían quedado engarrotados como tlacuaches al descubierto;

Los brazos en alto —háganse patrás— ordenó. Con unos cerillos de fósforo blanco, de aquéllos que prendían a la primera. Tirso encendió la mecha;

Nos quedamos fijos en tanto corrían los segundos. Los cascos de los caballos retumbaron en el puente. Se oyó el murmullo de las voces. Ya daba el minuto y nada. Agarrando valor de mi sofoco al sentir mi obligación de mechero, volé a ponerme la otra mecha y encenderla de nuevo; no nos podía fallar el cañonazo, qué caray, a lo mejor la pólvora, al ya ser entradito junio, estaba un poco húmeda, pensé;

Nadie dijo cosa alguna. Nadie me detuvo, nadie me aventó; solito corrí y mientras la sacaba del morral, sonó el estruendo más fuerte de la revolución. El rumbido rebotó de cerro en cerro y a mí me reventó la oreja;

Los fierros fueron a dar pasadito el puente, hirieron a varios de a caballo y algunas bestias; otras se desbocaron sin jinete y las más se remolinaron entre la gritería. No se la esperaban;

Las parvadas de tordos y mulatos se alzaron por el Plan acostumbrados al ruiderazo;

Antes de despejarse la humareda, veloces recargamos al fregado tubo; se oyeron las mentadas y algunos agarraron hacia nosotros. El susto estuvo caramba, porque unos cuantos nos hubieran quebrado. La pieza de artillería era casi nuestra única arma;

Repetimos la maniobra temerosos y esta vez le bajamos la boca al calzarlo por detrás. Cosme le echó pólvora a la mecha para disparar de rapidez y funcionó;

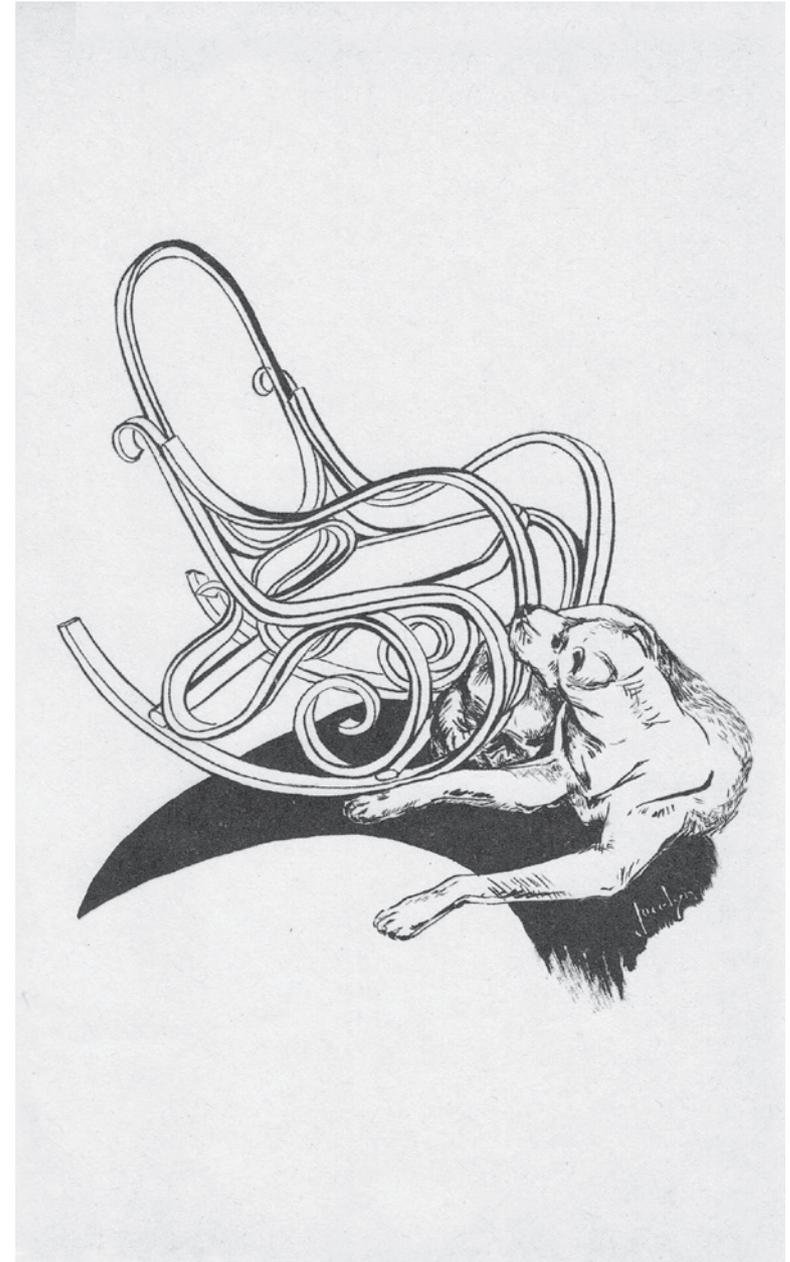
Los de a caballo se habían detenido a gritarse con los de atrás, cuando nuestro fierro repitió su rugido, al pegar de este lado del puente y volver a fregar al prójimo, brincamos de gusto echando madres, en tanto unos se arrimaban a ayudarnos.

—¡Arriba Tirso Patiño!, grandísimos tales por cuales, agárrense de su chingada madre, porque ai les van más fierrazos —mientras sacudíamos a la virgen de nuestra bandera que parecía ayudarnos en los alaridos;

El pueblo salía de sus casas cargado de picos, palas y algunas escopetas y pistolas y entre el pavor, mentadas y otros cuantos rumbidotes; los lobos se convirtieron en perros al recoger de prisa a sus heridos y huir con la cola entre las patas.

Tirso hizo historia y a lo mejor yo también. La alambrada aguantó como si el fierro fuera todo uno. El pueblo se salvó y con él muchas vidas. Se dice así de fácil, pero ya ven, estuvo canijo. Fue igual que aventarle candelilla al meritito Satanás y verlo salir despavorido.

Ora díganme si valió la pena quedarme medio sordo. A mucho honor. Así que si quieren chotearme por oír mal, nomás piensen que a lo mejor si tuvieron o siguen teniendo madre, es porque se las cuidé, si no, capaz se hubieran quedado sin... ¡más bien huérfanos!



Quiero ver a los que no son inorantes, como nosotros, seguir un venado más de cuatro kilómetros con el puro rastro. De esos dos bueyes que están ai, el Meco es considerado; el otro, el Chiclán, es retozón, y seguido salgo a buscarlo. Lo hallo onque pase otro ganado, pos su pezuña de enfrente se cuelga de lado en el barro. De esos licenciados, ni uno he visto anticipar las lluvias por la altura de los nidos de los pájaros, ni saber escoger yerbas. Lo que digo es que uno sabe lo suyo y ellos lo de ellos.

Los seis días de trabajo del Señor

A Javier Pérez Rocha, entrañable ser

Ahora tengo mi mecedora;

ésa que siempre quise.

Ahora sé que valió la pena;

que la batalla hay que darla,

para lograr la buena sucesión;

y en ese dar se conoce el valer;

el valer la pena de las cosas.

Aunque me perdí el final,

ahí mero y en la plaza,

oliendo tierra de ruedo,

desde aquí, desde aquí,

se comprenden más las cosas,

por la redondez de los tiempos, que canicas

de barro aquí se atrapan en

la mano, en una sola mano y
 a las tres se les mira
 por igual. Re-
 cuerdo, re-
 cuerdo
 y
 la madejita
 se
 va
 deshilvanando...

—¡Los perros están persiguiendo al potrillo! ¡Lo tienen preso en el potrero del río! ¡El Fantasma se le trepó!

Perfecto chico, en la cabecera mayor, cenaba con doña Licha, su mamacita, y Verónica, su esposa, una a cada costado, quitado de la pena, el solecito perdido atrás del cerro desparramado con una lucecita parda y arriba una primera chispa de lucero. En tres zancadas subió a su cuarto por la pistola y desde ahí, desde ahí por la ventana disparó tres balazos. Desbocado por los corredores como alma arrebatada al llegar a los corrales, algunos sirvientes de la casona tiraban piedras entre el ladrar de los perros despavoridos al lanzarse a cruzar el río.

Desde lejos, desde lejos les vació la carga, y si alcanzó a alguno, nunca se supo. La pobrecita yegua que al principio corrió malbaratada, desperdigándose con el apuro y la diligencia de proteger a su hijo, al huir los perros, paradita la hociqueaba. Hasta ahí llegó Perfectito. Yo, al salir de mi atole en la cocina y caminar hasta allá, lo alcancé a ver. Lo alcancé a ver arrodillado en el zacate del potrero

con la cabeza del animalito entre sus piernas, los tasajos colgándole del cuello, la sangre liviana escurridiza y los ojos de asombro con la congoja enjaretada, así tempranito y sin haber vivido.

Con las ropas, las manos y la cara ensangrentadas, Perfecto chico a gritos preguntó por Apolonio, el caballerango de planta, encargado de la vigilancia de los animales y quien para esa hora debía haberlos metido a sus caballerizas.

—Bulmaro pasó por él. Se lo llevó en la camioneta.

—¿A quién dejó encargado? —a gritos, y al nadie contestar—: ¿a quién dejó encargado?, ¡con un carajo! —torciendo las cejas al ver el rostro arrempujado de los sirvientes—: ¿a quién?, ¡carajo!

—A mí —con la voz apagada, acertó un mocito casi niño con la cara blanca como misal de novia—. La yegua es reterrejega... no se deja llevar... si la dejo encaminarse sola, el potrillo se podía alambrear en el camino... perdone, patroncito —y al bajar la cabeza se soltó llore y llore.

—Escuincle pendejo —y le zumbó con una cachetada revolcándolo al pobrecito—, como a ti no te cuesta —y se agachó para levantarlo en vilo de la camisa—, ten por pendejo, pa que aprendas, pa que todos aprendan —y le largó otras cachetadas, rojo, desordenado, descosido del coraje— pa que sientas lo que sintió el potrillo, ¡pendejo! —y al pescarlo de los pelos con los pies en el aire, lo vio como coralilla encanijada y lo tiró a la tierra, ante todos que atarantados en su turbación habían caminado por temor unos pasos hacia atrás, el medio círculo abierto y desgobernado ante la tiranía.

—A ver, ustedes tres —dirigiéndose a unos sirvientes engarrotados— tráiganse los rifles y bastantes tiros, que esta noche salimos a matar perros. Doscientos pesos al que mate al Fantasma.

Antes de los Perfectos nadie se acuerda, y yo, que ahora podría ras-carle la curiosa, desde aquí, desde aquí, en que se comprenden más las cosas, no me importa, porque fueron mi vida y siguen y siguen siendo mi afán, mi bordado y mi memoria. De brazos recibí a Perfecto chico. De brazos recibí a don Perfecto, su papacito. Doña Lorenza, mamá de don Perfecto, se la pasaba delicadita y por eso me tocó criar más a don Perfecto que a Perfecto chico. A Perfecto chico a veces me lo quitaba doña Licha y lo echó un poco a perder.

A mí me contrató don Perfecto grande, papacito de don Perfecto, señor de una sola palabra, de esos que nada más veían las cosas de un solo modo. Casado con doña Lorenza, se fijó en mí por saber leer y escribir, a recomendación de la nana Ignacia. La nana Ignacia lo recibió a él y a su papacito, papá Perfecto el mayor, y sus hermanos, también desde pollitos. Hastora los conocí. Sentada en mi mecedora los veo pasar serios, de traje negro con sus patillas largas, como en medio de ceremonia, de ceremonia de esas solemnes.

Las letras me las enseñó mi papacito, creo por ser la primera y por no tener hermanitos. Desde chica leía el misal y las contestaciones de la misa en latín. Nunca supe lo que querían decir; me las sabía como monaguillo.

Yo llegué a la casa que entonces tenían don Perfecto grande y doña Lorenza juntito al jardín. Me recibió la nanita Nacha, ya grande, y mucho me enseñó. Me enseñó vida y cómo vivirla: *Becerro que no mama déjalo morir; Al que es buen gallo el espolón le sobra; La buena nacencia está en la nana que no en la sangre; Novillo que se le alanza toro alcanza.*

A don Perfecto y a Perfecto chico los aleccioné a ir al baño, caminar, aguantarse y no llorar, rezar, y hasta leer y escribir. Les cambié

sus pañales, los bañé, los cuidé de enfermitos, les enseñé el cate-cismo y les zumbé por mal portados si se lo merecían. Durmieron junto a mí, jugaron junto a mí, lloraron junto a mí y hasta de mis senos chuparon. Mis faldas fueron su cobijo; mis brazos, su madri-guera; mis caricias, su consuelo; mi virginidad, su compañía.

Al crecer los pasé para su guarda y ellos se fueron en su busca y así es como es y como debe, para que todos podamos seguir en el lugar donde cada uno está, pues en el mercado se discute, pero los designios de arriba nunca, o se desarreglan, se desarreglan los seis días de trabajo del Señor.

A Bulmaro, a Bulmaro Meneses lo contrató don Perfecto, a los tres o cuatro años de casado con doña Licha. Avispado y metido en sí, empezó jovencito de llevador de libros; era sobrino, sobrino creo segundo de Abundio el apoderado de don Perfecto grande; pronto se ganó a don Perfecto, hasta convertirse con el tiempo en su apoderado; enterado y bien facilote, agarró un valimiento que le venía natural, como de parteplazas.

Al venirse lo de la reforma agraria y la repartición de tierras, don Perfecto escribió varios ranchos y haciendas de las mejores a nombre de Bulmaro. Ceñido de estampa, su cara era de esas que con sólo mirarlas una vez, una sola vez, ahí se quedan en uno de por vida.

La casona, la casa grande donde vivíamos, asentaba sus reales casi en las afueras de Valle de Bravo. Don Perfecto se la compró a los padres del Espíritu Santo, que la tenían de seminario. Varios años se pasó en arreglo. Ahí mero nació Perfecto chico, porque los patrones se tardaron en encargar; era la costumbre entre los Perfectos. Ahí mero llegó Bulmaro por primera vez, recién mudados.

Fue de las pocas casas que respetaron los revolucionarios. Don Perfecto se las ingenió de alguna forma con los revoltosos, muchos de ellos conocidos de él desde chamacos. Sé que cantidad de gente sufrió en demasía y en lo que se pudo ayudamos. Nosotros también tuvimos sustos, pero ahí paró la cosa, porque no hubo en la casona desgracia a lamentar, salvo lo que después se supo de la peonada y gañanes, que los agarró o se fueron con la bola.

De corredores amplios y cuartos espaciosos, la casona pronto se desparramó entre el casco rejuvenecido y las caballerizas de nueva hechura, afición del patrón y afición de la patrona, entre los grandes fresnos que la rodeaban y el jardín que de tanto cuidado se desmelenó en motivos y colores, entre la herrería de fierro forjado de los portones y la ventanería y el empedrado de sus caminos, ligazón con la servidumbre, la huerta, los gallineros, el establo, los macheros y los caballos.

Los muebles, todos finos de maderas duras, los trajo don Perfecto de otra parte; su orgullo era el comedor, donde instaló una mesa en la que sentaban a veintiocho personas. El ancho de las cabeceras permitía acomodar dos en cada una. En realidad tenía el tamaño de treinta personas, pero obligaba a poner trece comensales de cada lado y esto nunca se permitió. La cubierta era de tablonés de una sola pieza, de madera de sabino y se fabricó ahí mero en el comedor, pues no se puede acarrear. Arriba del marco de la puerta de entrada, don Perfecto mandó labrar en la gualdra de soporte una P, una P así de grande, encerrada en un escudo con garigoleos. El cuarto, rodeado de la ventanería a los corredores, tenía una sola pared a todo lo largo, en la que mandó hacer cargado hacia la cabecera principal, un lavabo entre mosaicos, abajo

de una concha: “Para lavarse las manos cuando uno se encochina comiendo”, decía hinchando el pecho por su descubrimiento: “Las manos hay que lavarlas no sólo antes sino durante la comida. Pa saborear una pata de pollo o una costilla, hay que agarrarlas con todo y sin miedo y después lavarse para seguir al postre”.

La cabecera mayor era el lugar sagrado de la casa, donde se sentaba el principal. Don Perfecto al comer en familia. Él y doña Licha si los invitados llenaban la mesa. Perfecto chico si don Perfecto estaba ausente. Perfecto chico y doña Licha si don Perfecto estaba ausente y los invitados volvían a llenar la mesa, y así hasta tocarle a Verónica si doña Licha andaba fuera. Los invitados colocados cerca de la cabecera mayor en orden de importancia. La segunda cabecera no tenía autoridad y podía ser ocupada por cualquier persona, hasta por un niño.

Zaino, ancho como sarape de Toluca, más bien bajo de altura, gurbio en su andar y con la testa granizada, don Perfecto heredó a Perfecto chico sus veres y doña Licha, más bien clarita, nada o casi nada, a no ser por los ojos medio rasgados. Perfecto chico, al crecer zaino parejo, pupilas de capulín, encastado, embestia franco y codicioso, despegado de tablas, como seguro de su nacencia.

Desde que Perfecto chico era novillo brincacercas, Bulmaro lo trató dándole su espacio, sabedor de sus distancias. Ya joven, alegre y juguetón lo protegió en sus andares y travesuras y le corrió la mano con la capa a todo lo largo, para verlo, para sentirlo, para entenderlo y corregirlo, con uno que otro castigo que en todo lo alto le remetió, como el más fiel de sus sirvientes. Perfecto chico, dolido, berreaba y pataleaba para regresar y unirse aún más a Bulmaro. Entre tanto, don Perfecto, en la venta de semilla, pasaba

largas temporadas en la capital, donde llegó a establecer un comercio para el trato y hasta compró una casa fina a la que a veces llevaba a doña Licha y a Perfecto chico.

Se completaba apenas la docena de años en que Bulmaro trabajaba en la casona, cuando se matrimonió. Don Perfecto y doña Licha fueron testigos de honor y padrinos. La boda se hizo aquí, aquí en la capilla y en el patio fue el jolgorio. Don Perfecto mandó matar una res. Bulmaro, orondo con su primer traje, y la novia de blanco, como apenada, pasearon su circunstancia por los corredores hasta perderse en una noche de bodas de la que mucho se habló y nada se supo. Lo cierto es que al otro día Bulmaro enviudó. Se dijo que la novia fue víctima de un ataque de epilepsia que se le enjambró en el vientre.

Cabeza entre los suyos, Bulmaro aguantó las lenguas y señero la veló la segunda noche, enterrándola entre curas, aquí, aquí en la capilla, con una misa solemne y sus nueve días de rosarios a los que acudió todo el pueblo.

Bulmaro encaneció y en vez de amilanarse alzó la vista, como quien colocado en el centro de la plaza ve sin más los tendidos de sol, repletos de encubiertos por la bola; tiene y ha tenido muchas rejuntadas y varios hijos, pero nunca se ha vuelto a casar, a pesar del tiempo que dizque todo lo borra, y es que todas las cosas le temen al tiempo, mas el tiempo le teme a los Perfectos y como él es su apoderado, pues aquí el tiempo no hace lo que le hace a las demás cosas.

Cumplidor como el que más, Bulmaro siguió en el trabajo sin chistar, trabado en un principio, para caer al fin en su seriedad de costumbre; no fue sino hasta pasados muchos años que se le vio

sonreír, al acompañarse del Fantasma, del Fantasma, el perro callejero más grande que se haya visto, con el que hizo una pareja más pareja que si los dos fueran aguja y cedazo, montura y jinete. No había lugar donde no anduvieran juntos. En la cantina, en el santuario, con permiso del padre, en la camioneta, en la calle, en el campo; en todos lados el Fantasma caminaba junto a su amo o estaba echado a sus pies menos en la casona.

Encrestado y con el diablo de mancuerna, Perfecto chico salió sin acabar de cenar. Casi oscuro de plano, la camioneta abierta pasó frente a los corredores con Perfecto chico y los tres sirvientes, cada uno con un rifle y el chofer. En la reja de entrada se detuvieron para llevarse al portero, armado de costumbre. Impávidos, en espera, pronto escuchamos los tronidos de los balazos entre el ladrar de los perros. Varias horas pasaron hasta su regreso. Yo me fui a mi cuarto junto con Herminia que, de susto, de puro susto no se me quiso separar; estaba aprendiendo a ser nana para cuando se ofreciera, porque mis huesos ya no me daban, sobre todo por mis reumas. Doña Licha y Verónica, con un té de hinojo para el estómago revuelto, revuelto por la nerviolera, platicaban en la sala, de la de malas, de la de malas que el particular hubiere ocurrido precisamente con Apolonio fuera y a la hora en que ya no estaban los peones, quienes de seguro, con lo que los quieren, hubieran evitado el asunto. La ayuda del servicio de la casa llegó tarde por la lejanía y por no estar para ello, pues se cuelgan en reaccionar. También comentaron del gusto roto de Perfecto chico, que tan entusiasmado estaba con el potrillo. La yegua se había mandado hasta Querétaro para cruzarse con un garañón finísimo que unos gringos le habían regalado al

gobernador, amigo de don Perfecto. La yegua se quedó tres meses en Querétaro para asegurar la maquila. La regresaron parándola en tres noches, en distintos ranchos, para evitarle esfuerzo y agarró todos los cuidados especiales que se le dieron, hasta haber traído desde la capital un veterinario a atender el parto. Llegó una semana antes y se fue otra después. No tenía ni dos semanas de haberse ido el doctor de lo extraño de un ataque de tantos perros —dicen que eran siete con el Fantasma y a lo mejor éste, por grande, los convenció. Además lo extraño de que anduviera separado de Bulmaro. Vaya a saberse. Vaya a saberse.

—Pos ya estuvo. A ver si ahora aprenden a amarrar a sus perros. No matamos más porque no hay luna y nos faltaron lámparas. Al Fantasma nadie lo vio. Perro maldito, perro del demonio. Pasé a casa de Bulmaro y no estaba. Vaya rara cosa con éste. Pos qué se ha creído. Ya se me está subiendo y sí voy a hablar con él. Esto no puede seguir de esta manera —mientras Verónica asentía convencida con la cabeza y doña Licha no movía un pelo.

Entró un sirviente:

—Aitá Apolonio en el corredor.

—Dile que se vaya adonde ya sabe, que ya perdió un mes de sueldo y que le diga a Bulmaro que aquí lo espero mañana temprano.

Al otro día Bulmaro se presentó y se encerraron en el despacho un ratote. Bulmaro salió serio como tumba y amarrado con una correa, con una correa gruesa con un carrizo en la punta, sacó al Fantasma de la camioneta girito y festinoso y se lo entregó en el corredor de entrada a Jacinto, el mocito del descuido la noche anterior, que se conoce andaba con él desde temprano.

—Vete por Apolonio. Llévanselo al monte y que lo mate.

—Pero, don Bulmaro, ¿Cómo que lo mate?

—Que lo mate, te digo —y en eso apareció Perfecto chico en el corredor.

—Bulmaro, acaba de una vez, que hay mucho que hacer.

—¡Haz lo que te digo! —y los dos se volvieron a encerrar en la oficina.

Al cabo de otro ratote caminaron juntos hasta las caballerizas, donde Apolonio les salió:

—Ni he matado, ni voy a matar al Fantasma, así es que ai te dejo el trabajo, Bulmaro, y no le pidas a otros que lo hagan, porque también se van.

Bulmaro se le quedó fijo: sin ver a Perfecto chico se encaminó hasta donde amarrado descansaba el Fantasma. Éste le brincó fiestero. Bulmaro lo bajó y lo acarició; el animalito con sus cuatro patas en la tierra. Sacó la pistola y se la puso entre los párpados, arribita de las pestañas. Y disparó. El perro cayó pesado. Bulmaro lo remató.

—Jacinto, llévatelo a mi casa que tengo que hacer. Hazte un hoyo grande afuera de mi cuarto y ahí espérame.

—¡Claro que sí, don Bulmaro! —y Bulmaro se encaminó hasta la camioneta, se trepó y se fue.

La boda de Perfecto chico, ésa sí fue boda. Recuerdo, recuerdo y la madejita se va deshilvanando, recuerdo vino desde México el arzobispo don Pascual Díaz. El mismo que celebró unos años antes una misa pontifical al inaugurar el santuario del Señor de Santa María Aguacatlán, gracias en parte a la ayuda prestada por don Perfecto,

quien desde entonces le sacó la promesa de venir a la capilla de la casona cuando Perfecto chico se casara.

Mucha gente llegó de la ciudad de México, Toluca, Morelia y hasta de más lejos. Recién se había terminado la carretera a Toluca y esto facilitó las cosas. En la casona se hizo todo. Nada más los invitados escogidos pudieron asistir a la misa en la capilla, pues apenas cupieron cerca de ciento cincuenta personas. Aunque yo sentí casarme con Diosito, al matrimoniarse don Perfecto esta vez sí lo hice, al repetir quedo, quedo, quedito, sólo para mí, el “sí quiero” que el arzobispo le preguntó a Verónica; esto parecerá raro, pero así somos las nanas.

La fiesta ocupó la casona entera, salvándose sólo las ramas para los invitados especiales, muy pero muy especiales. El hotel del pueblo y varias casas de amistades se ocuparon con el resto por completo. Dos días y una noche duró el jolgorio. Don Perfecto se opuso a que siguiera más tiempo: “Sólo en los ranchos se hace de tres noches y ya está bueno que nos vayamos distinguiendo. ¿Qué va a decir toda esta gente de la capital? Que somos una bola de pueblerinos borrachos. Hasta aquí y basta”.

Como veinte reses, cuarenta borregos y otros tantos puercos fueron a dar a la olla. Veintitantas mujeres se ocuparon nada más para echar tortillas. Seis bandas de músicos vinieron de fuera y con la del pueblo, no pararon de tocar día y noche. A don Perfecto siempre le gustó el siete y creo que por eso lo hizo. Hasta un corrido le compusieron a los novios. El pueblo entero se retacó a más no poder. Una semana nos la pasamos sin aliento, por el asco atorado de la cantidad, la cantidad que embutimos.

Bulmaro se encargó de organizar el festejo y aunque andaba tieso y severo, me confesó en un momento:

—Parece que vamos camino a tener patrón, nana.

—Pos yo ya terminé, Bulmaro. Te lo dejo encarriladito. Ora nada más me toca morir.

—No diga eso, nana, que con el permiso de Dios, habremos de seguirnos educando con su guía. De todas formas, falta lo mero güeno, pos está en la olla, con la lumbre caliente pero todavía no se cocina; ójala y no se pase de tueste, pos trai mucha candelilla por dentro.

—Sé por qué lo dices y pienso igual, pero yo ya cumplí y a mí ni caso me hace.

—Ya veremos pa ónde arranca y a quién se lleva. Por lo pronto, me paró la trompa al felicitarlo enfrente de todos esos copetudos, y creo es porque le hablé de tú. ¿Creerá que me pidió hablarle de usted enfrente de la gente? Por eso le digo, que a ver si no se le pasa el tueste. A ver qué se hace.

—Mira, Bulmaro, *para que la cuña apriete, tiene que ser del mismo palo*. Además, acuérdate que *el fuego, con fuego se apaga*.

—Ya ve, nana, y usted que se quiere morir. Si lo hace, la pre-vengo: nunca se lo voy a perdonar —y sus labios dibujaron una rayita chueca que acabé de enchuecar:

—Si no estuviera tan viejita, no fuera nana y no hubiera tanta Perfección... ay, Bulmaro, ay, Bulmaro.

—Ya me voy, nana, o me va usted a quebrar —con la rayita más chueca y los dientes asomándose por primera vez en muchos, pero muchos años. Entonces supe, supe que Bulmaro comenzaba apenas a salir de su viudez y me vino a la memoria aquel viaje a Europa

en vapor de lujo, en los maravillosos noventa de fin de siglo, yo de treinta y tres años, nana de don Perfecto, niño de diez abril, al servicio de don Perfecto grande y doña Lorenza y aquel marinero italiano y aquella música y un a punto estuve de cambiar mi vida. Tres viajes a Europa hice con don Perfecto grande y doña Lorenza. Ninguno con don Perfecto. Los tiempos cambiaron... en fin.

Pasados unos meses don Perfecto empezó a viajar seguido a la capital; estableció allá el comercio y trajo unos garañones y yegüitas para cría, todos de sangre. Fue en esa época en la que Perfecto chico tomó el encargo de los negocios y apareció Bulmaro con el Fantasma y su sonrisa. El Fantasma tenía ese color amarillo peludo de perritos corrientes, la cola enroscada, las orejas chiquitas y paradas y una risita pícara entre los bigotes que le rebotaba a los ojitos. Por ahí lo encontré recién y bien que me reconoció; se acercó y se echó a los pies de mi mecedora, esta mecedora que siempre quise. Llamaba la atención su tamaño, ya que en sus cuatro patas, levantaba una cuarta arriba de la rodilla de Bulmaro. Tenía un defecto, un defecto que pronto lo enseñó; nadie sabía a qué suertes odiaba los caballos finos; debió haber sido una experiencia de cachorro; nadie sabe, porque Bulmaro lo encontró en el campo espinado y maltrecho, cazador de su alimento y de ahí se lo trajo y lo tuvo en su casa unas semanas hasta que recuperado, se volvió el más leal de sus amigos. Era bravo con otros perros si lo buscaban; con la gente era más manso que un pollito. Ahora se ve triste. Se me afigura extraña a su amo; así como yo los extraño a todos.

La primera vez que entró Bulmaro con el Fantasma a las ballerizas iba con Perfecto chico. El perro se le abalanzó a un potro crecido y si no es porque Bulmaro interviene, capaz lo mata. Ahí fue cuando Perfecto chico le prohibió a Bulmaro traer al Fantasma

a la casona; si alguna vez pasaba Bulmaro de camino con su animal, lo encerraba en la camioneta; si venía a quedarse un tiempo largo, no lo traía.

Al tomar el encargo de los negocios, Bulmaro se convirtió en brazo derecho de Perfecto chico y todas, todas, toditas las mañanas se juntaban en la oficina de la casona a platicar sus asuntos, con un tecito y un cafecito calentitos, los gallos todavía desembuchando el buche:

—Pos porque la mandé a vender a Lerma y resultó.

—¿Y yo no te dije que había que venderla en Morelia con don Juanito?

—Sí, pero ya ves que por allá se sacó más dinero.

—A mí no me importa; tú haces lo que yo te digo.

—Es que, la verdad, me pasaron el dato de última hora y pos me decidí; el gane iba seguro.

—Qué no me importa, te digo. Aquí se hace lo que yo digo. No me vuelvas a contradecir.

—Sí, Perfectito —y la huerta de chirimoyos figona por la ventana ni una hoja, ni una hoja meneaba. Los zarzales quietos de lejos.

—¿Ya corriste al encargado del Tulillo?

—Todavía no. Creo, como te dije, que no es el momento y él le sabe bien a lo del pulque. Además no vaya a ser se junte con los agraristas. Vamos a esperar y verás que nos ahorramos un lío.

—¿Pos qué estoy yo aquí pintado? Aquí se hace lo que yo mando; así que a cumplir, Bulmaro.

—Sí, Perfectito —y los mamuyos de la Hacienda del Tulillo comenzaban a menearse, así, porque ahí los vientos levantan temprano.

Un toquido en la puerta y:

—Adelante, pásale, ¿qué se te ofrece? —y Verónica asomaba la cabeza:

—¿No molesto? —y Bulmaro se paraba atento con el sombrero en la mano— Don Bulmaro, nada más para recordarle de mi encargo de los dulces de Morelia.

—Sí, señora, en cuanto haya una oportunidad.

—Ya te dije que no le digas don Bulmaro. Aquí en la casona es Bulmaro para todos. Así, Bulmaro a secas —y Verónica enrojecía—. Además, decidió enviar el carro a Lerma en vez de a Morelia y ahí no hay dulces. Mira, Bulmaro, hoy mismo envías por esos dulces a Morelia. ¿Queda claro?

—Sí, Perfecto —y ora sí las puntas de los fresnos empezaban su meceo, porque ya se alzaba el soplo de los vientos del sur, y Verónica, con los cachetes prendidos, se salía excusándose de su marido, y éste se le quedaba fijo, y después veía a Bulmaro, con esa su cara, paradote con esos sus ojos, con esos sus ojos zarcos que ya quisiera Perfectito un solo día, cualquiera, para dominguear.

Al venir don Perfecto, recibía quejas de Perfecto chico, en tanto Bulmaro lo recibía como a él le gustaba: “Sin novedad, patrón”, y la casona umbrosa guiñaba un ventanal, y una trampa prendía un ratoncito, y alguna fruta madura caía rebotándose entre las ramas desde lo alto, desde lo alto para posarse ruidosa a campo, entre las hojitas secas de vivir.

Desde antes que amaneciera, Perfecto chico esperaba ansioso a Bulmaro en el despacho. Al parecer el Fantasma no sólo le preocupó vivo sino también ahora que estaba muertito. Dos que tres

café se había tomado al llegar Bulmaro y como era costumbre del llegado, se le sirvió un tecito de hojas de naranjo.

El despacho era un cuarto mediano con una sola puerta que daba a unos de los corredores, junto a la entrada principal; invitaba a salirse de él al terminar el trabajo; el piso de ladrillo propio para zapatos enlodados y las paredes encalichadas, una de ellas cubierta de fotos antiguas de ese colorcito sepia en su mayor parte; el escritorio de encino roble del patrón, con la pátina de muchos Perfectos, dos sillones y un sofá pequeño. En una esquina, la caja fuerte con la misma P del comedor.

Ya pasaba la hora del almuerzo cuando salieron; Bulmaro blanco y serio, como novillero empitonado. En la puerta de atrás que llevaba a las caballerizas se detuvieron, se detuvieron, pues, junto a unos sillones; yo les enseñaba a las señoras unos bordados de la mentada Genoveva Quincoces, pobrecita, muerta hacía seis o siete años. Querían encontrar alguien que los copiara para vestir unos santitos de la capilla. Bulmaro se detuvo a saludar. Al despedirse, Perfecto chico le recordó:

—No se te olvide lo que platicamos. Piénsalo bien —y como pretendiendo un olvido, sacó de la bolsa unos billetes—; se me olvidaba... aquí tienes tus doscientos pesos. Yo soy de palabra. Tú me conoces y éstos los ofrecía a quien matara al Fantasma.

Bulmaro que se volvió, pues ya se alejaba, se quedó hecho un palo guayabo, seco por una helada de esas prietas, mientras Perfecto chico extendía la mano con los billetes, en espera de que Bulmaro caminara hasta él a recogerlos. Dos que tres segundos de silencio pulsaron sus ojos unidos, sus ojos unidos, y yo me levanté de la silla, impulsada por el cartucho que imaginé cortado.

Al bajar la mirada, Bulmaro caminó al frente, tomó el dinero y volviéndose a mí me lo entregó y quedo:

—Tenga, nana, pa el padre Jesús, pa los bordados de la capilla que yo también uso, y lo que sobre pa sus niños pobres que tanto lo necesitan. Con el permiso de sus mercedes y espino, salió al dejar hendidas un par de banderillas, los listones coleros con el viento.

No se completaba la semana al llegar don Perfecto, alterado por algunas dificultades en el camino con su automóvil nuevo y problemitas en el negocio: “La guerra está cambiando todo. Los precios ya no son fijos. Unos suben más de lo que jamás se pensó y otros se arrastran y dejan a la gente en la calle”. Yo nunca entendí cómo una guerra en Europa, tan lejos de nosotros, nos podía hacer mella; pero en fin, le hacía a don Perfecto: “El Nash nuevecito, de estreno y se para en la carretera con el carburador sucio. Por la guerra los fabrican rápido y mal. Además, por la guerra, la gasolina viene sucia. Hay que filtrarla varias veces”. Total, que le sobran quejas y todo por eso, “por la guerra”.

—Papá, quiero hablar contigo —don Perfecto recién acomodado en su sillón, una copita de tequila apenas almacenada entre el costillar.

—¿No podrá esperar un rato, mijo?

—Como tú quieras, papá.

—Después de la cena, mijo.

—Sí, papá.

Con buena hambre le entró a un recalentado de lomo adobado con arroz y un atole de anís, las palomitas de San Juan malgastando el polvito de sus alitas al rebotar contra los focos de las lámparas del comedor, el patio bañado de luciérnagas entre el maceterío de geranios, rosas, aretillos y las orquídeas, y las orquídeas colgadas

en cantidad de las paredes. Sin más palabras, al terminar se levantó y se encerró con Perfecto chico en el despacho:

—Papá, no quiero darte disgustos, pero estoy convencido de que debemos, debes despedir a Bulmaro.

—A ver, a ver, mijo; con calma, con mucha calma, sin excitarte, explícame por qué te vino esa idea a la cabeza.

—Ya son muchas, papá, y se han ido juntando. Lo he pensado y creo no le gustó el que yo me haya casado. Tal cual. Ya te platiqué la manera majadera en que me felicitó, frente a nuestros amigos, el día de la boda. Ahora le ha dado por no hacer caso a lo que yo le ordeno.

—¿Se ha perdido algo por ello?

—No, papá, pero me cambia las órdenes. No hace lo que yo le digo. Además, su perro, el dichoso Fantasma, mató a mi potrillo, el hijo de la yegua fina.

—Ah vaya. Ya vamos viendo luz.

—No, papá, no entiendes; es que yo estoy seguro que Bulmaro mandó a matar al potrillo. No sabes cómo se entendían.

—¿Entendían? ¿Pos que pasó?

Perfecto chico le narró lo sucedido, con algunas breves interrupciones de don Perfecto. “¿Y dónde andaba Apolonio?”, “¿como cuántos perros mataron?”, “¿a qué hora regresaste?” mientras Perfecto chico se atropellaba deshebrando lo sucedido:

—Así es que lo mató, ¿eh?

—Sí, papá, pero lo grave fue que me dejó a mí, ahí frente a la peonada solo, sin siquiera despedirse —y siguió y siguió para decirle la regañiza que tuvo que darle al día siguiente, en la que Bulmaro no hizo más que verlo y decirle sí a todo, con lo que

aparentó respeto, pero a su juicio falta de arrepentimiento completo, por lo que se vio obligado a castigarlo pagándole por la muerte del perro y lo que Bulmaro hizo con los pesos— volviendo a faltarme, ahora frente a las señoras de la casa, papá:

—¿Así es que se los dio a la nana?

—Sí, papá.

—¿Y tú has platicado esto con la nana?

—No, papá. ¿Cómo crees? Ella de esto no me entiende.

—¿Qué más, Perfecto?

—Ahora, para molestarme, anda todo el tiempo con Jacinto, el mocito que Apolonio puso al irse y que descuidó a la yegua y al potrillo; lo tuve que castigar y yo creo que lo trai nada más para recordarme lo del potrillo, que la verdad, sí me pudo. Son cositas, papá, pero fíjate bien y se suman.

—¿Qué más, Perfecto?

—Eso es todo, papá.

Don Perfecto se levantó colorado del sillón. Se terminó de un trago la copita de licor de zarza, que en esta época le gustaba antes de dormir y se encaminó, se encaminó a la puerta:

—¿Quién entre tú y Bulmaro tiene más fuerza y por ello más responsabilidad en esta casa, Perfecto?

—Pues yo, papá.

—Entonces no vuelvas a venirme con pendejadas, Perfecto. Ya está bueno que crezcas más aprisa —y al cruzar la puerta la cerró. Perfecto chico quedó solo en el interior del despacho, así, como después estuvo muchas, muchas veces, y las tejas cantaban el comienzo de una lluvia fuerte y las pascuas escurrían sus hojas saltarinas, y las golondrinas anidadas en las vigas de los aleros

retacaban sus plumas, y las gallinas ciegas y los mestizos, abajo de la tierra, chupaban el jugo de las plantas.

Al otro día, al encontrarse don Perfecto y Bulmaro en los corredores y saludarse, se oyó el “sin novedad, patrón; salvo lo del potrillo que ya le habrán contado”.

La casona siguió y siguió sosiega, en espera de encontrar su nuevo patrón para lograr la buena sucesión; en tanto, Jacinto pasó a ocupar el lugar del Fantasma, pues no se le despegaba a Bulmaro, los dos flacos, Jacinto todavía más corrioso, los dos juntos en los asuntos de los Perfectos, salvo cuando Bulmaro se reunía con Perfecto chico, ya que entonces se encerraban nomás ellos en el despacho.

Las horas se escurrían fatigosas, por lo abultado de la pesadumbre, de la pesadumbre de lo que iría a pasar, mientras yo les sacaba provecho con Herminia, borda y teje, teje y borda dibujitos en sabanitas, fajeros, zapatitos y otras cositas para el nuevo Perfecto, el Perfectito que, tardado, sabía que habría de llegar y así fue, así fue:

—¿Y si algún día me despiden y me dicen que ya no me necesitan? —sentada derechita con sus guaraches blancos y el delantal almidonado, bien almidonado, a juego con el mío.

—Mira, Herminia, ese día se acaban los Perfectos, porque la buena nacencia está en la nana que no en la sangre, y si no hay nana, no hay Perfectos. Los Perfectos son tus críos, son tu cuidado, son tu hechura y quieran que no quieran, lo saben, lo saben bien y sólo está en ti apegarte y no olvidarte lo que te he dicho. De lo demás, los Perfectos se encargan.

—No tenga cuidado, nana. A usted no le fallo. Ya verá —y retomaba el tejido, sobrada, como si terminarlo fuera de gran presura.

—Así me gusta, Herminia. Nunca te desanimes y como te dije, apóyate en Bulmaro o el que le siga, porque como te dije, uno los recibe, pero ya crecidos, los pasa para su guarda.

—Sí, nana, pero lo que me urge, lo que me urge es ya recibir al niño. Pa empezar a trabajar fuerte, fuerte —al apretar los labios, dejar de tejer y ver compungida las vigas del techo.

—No comas ansias, que todavía me falta repasar, repasar bien el misal contigo y otros libros que no te he enseñado. *Al paciente le nace el diente, le nace el diente.*

Los problemas de Perfecto chico se fueron junte y junte. Doña Licha, preocupada por su hijo, tuvo una larga plática con él. Perfecto chico, dudoso, amilanado, se sinceró:

—Es que papá no entiende que yo no soy él; no voy a serlo. Él es más duro, más no sé cómo, y yo en cambio soy de otra manera y no puedo ser tanto como él. Parece encino y los asuntos no lo empinan. Defendió la casona hasta de la revolución sin doblarse. En cambio yo, de sauce, el viento me puede y hasta lloroso me siento.

Ella lo plantó frente al espejo, el cuadro de su papá reflejado:

—Ay, mijo, nada más abre los ojos y fíjate que los dos son iguales... ¡igual de cejudos!, ¡igual de feos! —al desesperarse por la cara de duda de Perfecto chico, y recuperada—: lo bonito se da por dentro y en eso ustedes se parecen aún más; la sangre, la alzada, el brío y hasta la crín se da de garañón a potro. Te lo digo yo que lo sentí, que lo acarrié en mis adentros. Dale tiempo al tiempo —y Perfecto chico, ya desentendido, pensaba aquello que de joven aprendió en el internado Benavente de Puebla, donde estuvo unos cuantos meses en castigo por pasársele la mano en unos andares: *Si el hombre es hombre, mujer no falta, que para feo, con el pecado basta,*

dicho que igual que todos tiene su verdad y que a él le resolvió algo, y de ahí pensó en Bulmaro que lo fue a recoger, y cómo lo encubrió en la maldad o lo hubieran dejado dos años por lo menos y lo felices que venían los dos camino a la casona y al mesón, aquel mesón en el que se pararon a comer y la cerveza que Bulmaro le dejó tomar y el tramo de carretera que por primera vez, por primera vez manejó dirigido por Bulmaro y el sol reflejado en el cofre de la camioneta, fuerte, pesado, ardiendo, derritiendo y el paliacate que Bulmaro sacó de la bolsa y le regaló, le regaló para el sudor, para limpiar el vidrio, para taparse el cuello: “pa todo sirve” —le aseguró—, “para cubrirse del sol, pa amarrarte una herida, pal frío, pa darte ánimo; un paliacate un buen paliacate siempre es bueno cargar”. De repente regresó para darle un beso a su mamá y salir al corredor, ganoso de unas copas.

Encajado por la plástica con don Perfecto, quien vino tan sólo unas semanas y se regresó a resolver “los líos de la guerra”, a Perfecto chico le empezó a dar por también irse de viaje, aunque él lo emprendía a Zitácuaro, Morelia, Toluca y otras partes: “para resolver unos negocios pendientes”, repetía, las cejas hebrudas. Algunas veces, pocas, llegó tomado y mandón. Las más entraba y salía pasito, pasito a paso, despacito, dejando a Bulmaro encargado por completo.

Las golondrinas se fueron, las pascuas florearón para luego quemarse con los fríos, el polvo finito de los caminos ensució la casona, al endurecerse la tierra arrullada en la noche por los cucurrines, hasta volverse a regustar, a regustar con las nuevas aguas que rellenaron los manantiales. Agripino, Agripino Maduro, despedido de la Hacienda del Tulillo, empezó a liderar a los agraristas, quienes unidos en asamblea, entablaron conciencias

con ejidatarios de El Capulín y representantes del gobierno, que para conocer sus derechos, y Verónica, encorvada por la pena y regocijada por la noticia, con cara de aleluya me encaró:

—Nana, oiga, nana, creo que ora sí ya pegó. Llevo dos meses y nada. Tengo el asco en la campanilla, como si se me atorara un conejito que fuera a vomitar, desclavándome las abrazaderas.

—Qué gusto me da oírlo, niña. Para eso traje a Herminia y para eso la he estado alistando. Aflójese la cintura. Cámbiese de ropa. Tenemos que hacerle vestidos de propiedad para su asunto. Ay, qué gusto me da. Estos Perfectos son lentos pero más seguros que el viacrucis en la cuaresma. Será la tercera generación que me toque recibir —y ella con sus ojitos llorosos me veía blandita, como quien busca acomodarse, y es que Perfecto chico seguía con sus ausencias y ella necesita sostén y cariño, mucho cariño.

—¿Usted me ayuda, nana?

—Yo y Herminia que para eso estamos.

—Ya verá, nana. Va ser niño y fuerte como su papá. Lo siento macizo y bien agarrado. Hay que preparar todo para recibirlo. Que no falte nada. Encárguese, por favor —y como no resistiendo el cambio, así de rápido, de borreguito, a casi patrona, se sacudió el pelo largo con las manos y se abalanzó pisa y pisa el corredor, que me pareció se levantaba, como la vereda que sube a La Peña, ahí donde hasta arriba está una cruz enorme, que de todos lados se ve.

La madrugada que nació Perfectito, después de un baile de noche entera, con dos doctores en la casona y Perfecto chico ausente, Herminia lució la madera de la que está hecha y el trabajo de carpintero que trae detrás. Por su parte, hay que reconocerle a

Verónica su aguante, pues cachetitos sumidos y todo, dejó años en ese lance. He ahí la pauta del guiaje de la nana que, con su gobierno y aderezo, encamina al niño mientras la madre se resarce y ya asido le da la nacencia verdadera. El nenito gritó fuerte y nació sin falla, peludito de todo el cuerpo y negro zaino de la testa, igual que todos los Perfectos; fue recordar a padre y abuelo:

—El trabajo está por delante —le recordé a Herminia, cascabel con el niño en brazos, la leche empezándole a bajar.

En Los Saucos, Perfecto chico recibió la noticia de Bulmaro, que en cinco horas llegó, reventando el caballo a los aserraderos, pegados al monte de pinos, oyameles y encinos:

—Ya nació y fue niño. Los dos están bien. Felicidades, Perfecto —y éste hizo un gesto.

—Ta bueno.

—¿No te llegó ayer el recado de que ya parecía se iba a aliviar? Mandé a Apolonio.

—Sí, sí llegó. Por ai anda... dime ¿ya vistes al escuincle?

—No, Perfecto. Nada más me enteré, y cerciorado de que estuviera bien, vine a avisarte —y Perfecto chico no cambiaba el gesto.

—Gracias. Ora te regresas para que yo lo conozca. Tú vas a ir a conocerlo en mi representación, para eso eres mi apoderado, ¿o no, Bulmaro?

—Como indiques, Perfecto. Con tu venia —y quiso que no quiso, sin siquiera un taco se llegó al caballo, con su caminar torero y al treparse le hincó la espuela apuntando Valle abajo, hacia la casona.

Con el gesto cambiando de fastidio a cocoso, para sumirse en su entripado, Perfecto chico masticó solo, solo, solito:

—Con lo que me jode y todavía se va a quedar con las haciendas y ranchos a su nombre, el muy ladino, el viejo ciego que no se da cuenta, que no me apoya, total, que se lo lleve todo la chingada, a mí no me importa —y al patear un brazo de pino, la corteza, la corteza se apartó para embarrarle en la bota un gajo de resina, y ahí, ahí se le pegó todo lo sucio en que estaba parado.

Yo no sé si fue ver nacer al tercer Perfecto o si ya me tocaba; el hecho es que poquito, poquito a poco, me fui aligerando, me fui aligerando al pasar de lluvias a secas y de secas a lluvias; yo que siempre sentí la presión hinchada de la carne dentro de mí, se me aflojó y escurridita de ropas y pellejos, caí en cama cierta de mi muerte, cierta de mi muerte y así fue, así fue.

Sabedora de que Perfecto chico estaba en la casona, le pedía a Herminia suplicarle de favor pasara a verme y así lo hizo:

—Nana, mire nada más que amoladita se ve. ¿Pos qué ha estado haciendo? ¿Ya la vio el doctor?

—Sí, Perfecto. No te apures. Ya me voy a morir. Pero no importa, ya cumplí. Ya nadie me necesita.

—No diga tonterías, nanita. Usté se va a poner buena. Ya verá. Yo sé lo que le digo.

—Mira, Perfecto, mi Perfectito. Yo nada más quería despedirme de ti.

—No hable así, nanita. Ya le dije que se va a poner buena.

—Siéntate, Perfecto. Hazme el favor. Arrímate la silla —entonces no tenía mi mecedora—. Perdóname que no te la arrime, pero ya no puedo levantarme —y un poco fastidiado e incómodo vio el techo y se sentó, el cuarto chico, mi cama, mi ropero, mi silla, mi misal y mis libros, mi cuadro de la Santísima Trinidad, mi palma

bendita y mi foco nos apretaban como a mí me gusta y como yo sé a ellos les disgusta.

—Te quiero decir —bajito, sin apuros— que a todos nos cuesta trabajo nacer, que a todos nos cuesta trabajo crecer, pero si lo hacemos bien, no cuesta ningún trabajo morir. Que todos o casi todos recibimos ayuda; recibimos ayuda de quien nos quiere y que esa ayuda nos sirve para agarrar piso y paredes, pero el techo, el cobijo nos lo damos solos y el que no se lo da solo, muere con trabajos. Tú, Perfecto, ya recibiste piso y pared; no te dejes techar. No importa el dinero o los sirvientes; el cobijo te lo das tú... y si tú te lo das, que eres patrón, muchos pero muchos lo reciben... porque si servir no es fácil, ser patrón es mucho pero mucho más difícil. —Y veía sus manos sin alzar la testa, sin embestir como rascando la tierra con la pezuña—. En lo que yo pude, patrón, preparé, pero sólo el piso me tocó, como debe ser. El resto son manos tuyas y manos de otros, manos que te quieren porque sin patrón no se puede vivir. Sin conducta todo es pelear y la conducta la da el patrón... Eso es todo, Perfecto, y si en vida en algo te ofendí, te ruego disculpes mi ignorancia, al cabo que yo sólo soy, sólo soy una nana, una nana.

Al empeorar, Bulmaro pasó a verme y también me despedí. Bulmaro no era un hombre chamaco, Bulmaro encaneció, Bulmaro mató, Bulmaro sirvió y seguía en ello, pos no había acabado.

—Es el último tercio, Bulmaro. El más canijo. Vete con tiento o te cuerna. Moja la capa para agarrar pesor, pues el viento no amaina. Cuídate, Bulmaro. Cuídate bien que allá nos hemos de ver. Allá no hay edad. Allá estoy libre. Allá no hay más que un patrón y ése no sabe, no sabe fallar.

A Herminia le regalé mi misal y mis libros de gramática, de historia y de francés que usé para enseñarle un poco. Los iba a necesitar para educar al nene y ella afianzarse. Con lo demás me quedé espera y espera.

El día en que me morí era de noche. Solita, solita, sola en mi cuarto; antes Herminia pasó a revisarme. Le pedí se fuera a cuidar a Perfectito, que ya había cumplido dos añitos; ella lo acompañaba por no saber la hora en que de repente se podía despertar y asustarse por lo oscuro.

Morirse, al saberse cumplida, al saberse bien cumplida, es una gran felicidad. Una gran felicidad, que es de lo poco, que aunque se quiera, no se puede compartir. Yo morí feliz y por ello no lo puedo compartir.

Pasado mi entierro y no sé por qué la coincidencia, los agraristas al mando de Agripino Maduro invadieron la Hacienda del Tulillo y unas tierras de Palo Mancornado. Bulmaro esperó a Perfecto chico que regresara de un negocio. Le mandó avisar y llegó a los tres días:

—Ni para qué me avisas, Bulmaro, si vamos a hacer lo que tú digas. Tú eres el que sabe bien de estas cosas. Ya podías haber empezado. Tú haz lo que creas conveniente y repórtame en el despacho por las mañanas. Yo aquí me quedo hasta que el asuntito se arregle.

—Mira, Perfecto, ni es asuntito ni está fácil arreglarlo. Te aprevine y no hiciste caso. Esto es un problema de patrón y yo no me meto. Esto te toca arreglarlo a ti nomás. Con tu permiso me voy —y salió del despacho, las paredes casi aplastando a Perfecto chico.

Por la noche, Perfectito habló a México en busca de don Perfecto y le informaron que había salido de viaje a ver unos terrenos en Acapulco y no se le podía localizar por falta de línea. Pobrecito, lo vi salir de la oficina del teléfono como pecador excomulgado a cubetazos de agua helada, el Cerro Gordo arriba de sus hombros.

Al otro día se presentó en la casona una dizque comitiva de los líderes agraristas, a preguntar por Perfecto chico o don Perfecto —si uno o el otro están—. Perfecto chico se encerró solo en el despacho; los agraristas afuera de la reja, espera y espera.

Cerró el despacho con llave y se quedó paradote, un buen rato, fijo, viendo el escritorio. Entumido con el hocico bajo, jadeando, rascaba el piso y empezó a pasear de un lado a otro. *Al que es buen gallo el espolón le sobra*, pensó en mí. “Ya está bueno que crezcas más aprisa”, pensó en su papá... *a todos nos cuesta trabajo crecer, pero si lo hacemos bien, no cuesta trabajo morir... el cobijo te lo das tú... si servir no es fácil, ser patrón es mucho pero mucho más difícil*, y cavilaba en mí, esa nana ignorante. *Novillo que se le alanza toro alcanza*, y pensó en Bulmaro y su potrillo que estaba seguro, estaba seguro Bulmaro mandó matar y que le habló al Fantasma y que le dijo que matara a su potrillo y por eso, por eso lo hizo; sí, pero Bulmaro mató al Fantasma, no, no lo mató, sí, lo sacrificó, sí, sabía que así sucedería, sí, sacrificó al Fantasma, sí, pero también sacrificó al potrillo el muy cabrón, para molestarme, para herirme, para clavarme una puya, para ver sangre, y no se despidió y despreció mi dinero y se fue dejándome entre señoras, para joderme, para herirme, para volver a clavarme otra puya. Y no me hace caso y manda otra cosa y sabe bien lo que hace y ahora que lo necesito, ahora que más lo necesito, ahora que no está papá, ahora que esta punta de

ingobernados están afuera, están calientes, se achicopala, se acobarda, me deja parado, me deja sudando, me deja solo, solo.

Se sentó en la silla. Puso las manos sobre el escritorio. Abrió un cajón. Pateó el papelero y se acordó, se acordó del paliacate, el paliacate que Bulmaro, ese Bulmaro le regaló, le regaló esa tarde como cualquier otra, con el sol caliente, ardiendo, derritiendo, reflejándose como hoy, como entonces, como aquí... *la conducta la da el patrón.*

Tranquilo se levantó; caminó hasta la puerta; la abrió, la llave en la derecha, la manija en la izquierda; pisó el corredor; se volvió una cabeza, dos cabezas; caminó fuerte:

—Vete a la reja y pasa a los agraristas al despacho. Ahora regreso.

Largo rato estuvieron encerrados Perfecto chico y los agraristas. No se oyeron gritos. Nadie alzó la voz. Bulmaro no vino ese día a la casona. Perfecto chico abrió la puerta. Un paliacate amarrado al cuello. Las cabezas se volvieron. En voz alta:

—Vete a la cocina y diles que los señores van a comer aquí. Que pongan la mesa y bien servida. Mis invitados son especiales.

Animados, caminaron los corredores hasta el comedor, en el que Perfecto chico ocupó la cabecera principal, con los agraristas a sus lados; en tanto los caballos retozaban en los potreros, y Herminia preparaba un tecito de yerbabuena para la mamila del nenito y los belenes florecían en el patio y el pápalo, el cuchote, la bemberecua y el simonillo crecían en el monte solitos, así nada más, solitos.

Al irse los agraristas, Perfecto chico se metió de nuevo al despacho. No salió en toda la noche ni para pedir un café. Veló. Veló. El servicio veló. Los pasos se escucharon constantes. Veló y meditó. Al

amanecer el sol acarició brillante las puntas de los fresnos. Rechinaron los goznes de la puerta y pisó el corredor. Mandó por Apolonio:

—Tráeme de favor al mocito que regañé cuando el Fantasma mató al potrillo.

Y al llegar Jacinto, un hombre:

—Te quiero regalar un potro. El que más te guste. Escógelo. Es lo menos que te puedo dar y tú sabes por qué.

Y se fue a buscar a doña Verónica y a Perfectito a su recámara y habló con ellos, y habló con la nana Herminia:

—Tú conociste a mi nana Micaila y te dijo de sus enseñanzas. Pues que no se te olviden. Aquí está, mijo. Confío en tu buen juicio.

Al salir al corredor lo esperaba Bulmaro, ceñido, la cabeza casi blanca, los ojos como si los hubiera metido en una palangana y les hubiera sacado brillo toda la noche, el sombrero en la mano.

No se dijeron nada, él vio el paliacate, se abrazaron, se abrazaron un largo rato y supe que valió la pena; que la batalla hay que darla. Y la yerba humeaba el vapor del rocío, espejeando la luz clara, clara, clarita de la mañana.

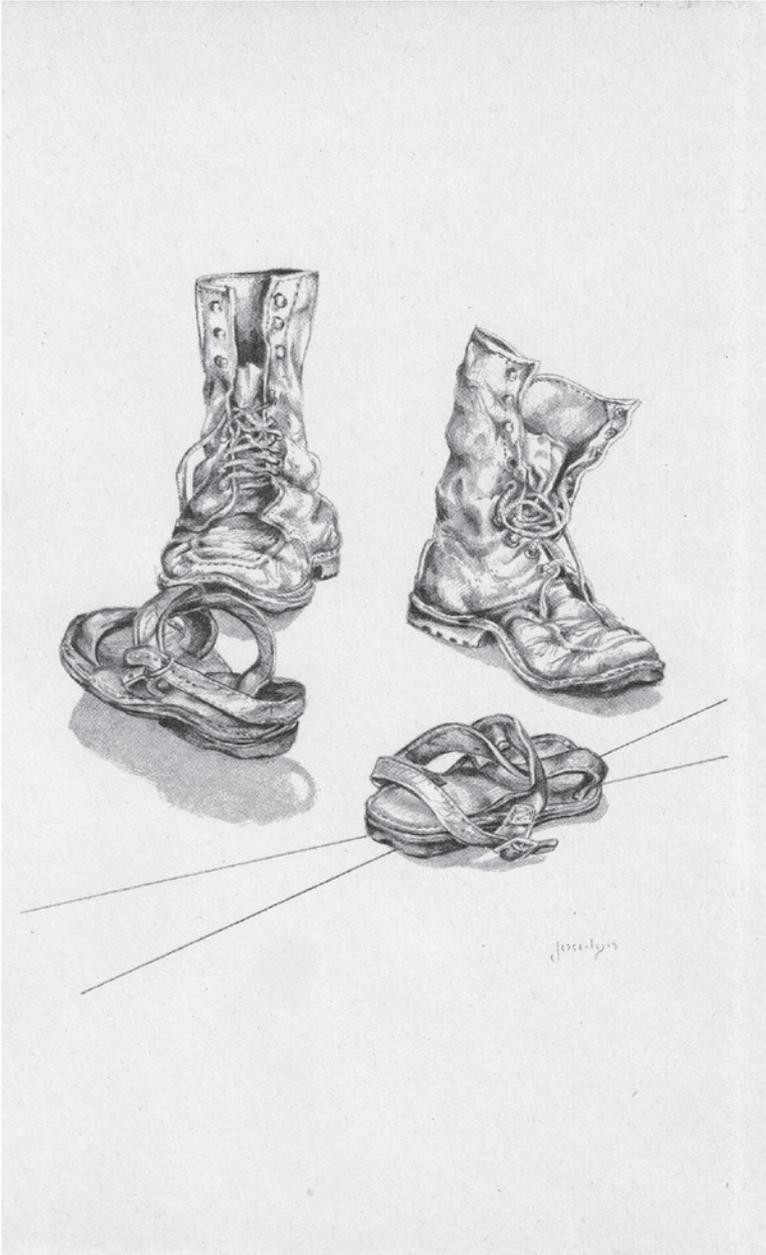
—Alcánzame en el despacho. Quiero hacerte unos encargos. Traite a Jacinto. De hora en adelante conviene que atienda nuestras pláticas. Pa que se siga haciendo.

—Sí, patrón. Sí, don Perfecto.

Y Bulmaro, con rumbo a las caballerizas, en busca de Jacinto, con esa su cara me voltió a ver, me voltió a ver y sus ojos me saludaron. Supe, supe que valió la pena.

Y me mecí,

me mecí.



El problema es al meterse en lo de uno, como con lo de que no se deben incendiar los bosques. Por andar con eso, hace poco se chamuscó un cerro, de esos protegidos que no se había ardido en ocho años. Las llamas crecidas se veían a lo lejos. No quedó nada; hasta el suelo se quemó; se puso rojo y desde hace años no crece ni una yerbita. En cambio, cuando a los cerros se les prende el fuego seguido, por rayos, el calor en la trementina o porque uno lo hace, como en el Rancho de las Uvas, la lumbre apenas si alcanza la rodilla, se pasa rápido y no se lleva a los árboles chicos; la tierra se abona y a las cuantas semanas está llena de brotes.

Dos tiradas

*A José Agustín Ortiz Pinchetti,
queridísimo amigo*

Guacalero era lo más. Sí, guacaleros éramos todos, mi apá mi agüelo yo Ausencio Mauro, todos guacaleros, todos di San Simón di la Laguna, onde el frío corva las piernas al nacer pa luego endurecerlas a fuerza dimpujarse entre las piedras, onde el cuerpo sihace nervudo y fibroso como encino que mella lhacha y que dibrasa dura, onde las piernas crecen pa recibir ortiga que las duerma dil cansancio di cargar el guacal repleto dicomales ollas y cosas pa mercar al que le puede y no las halla por la lejanía, como didales hilos cintos navajas y yerbas diesta tierra, pa la ponzoña el espanto y los torzones, tumba que tumba cerros y barrancas, con gozo diviaje, diotros ríos otros pájaros otras casas otras gentes otro castilla, sin saber si llegas,

quién encuentras quién tincuena, buscando más contento más sonrisas más plática güena más mejor.

A mí la paga la patrón. Yo mi llamo Justino Mauro. Mi sube a la sierra a sembrar lamapola. Justino Mauro ai te quedas y no bajas más que muerto; la siembras, la cuidas y la cosechas; ai te dejo pistola, parque, latas, sal y hasta cigarros, cerillos y mantas pa que nada te falte; si te pica un alacrán, te lo comes, y si una víbora, te arreglas con yerba de álcale o la sudas, pero aquí te quedas; ai de ti si te llevo a ver o saber que no estás, porque te busco y te mato; si me llegas a traicionar, oye bien, te deshollo como puerco; ai paso a revisarte en la avioneta y cuando la veas me mueves el brazo así, pero si ves que tiro un saco de cal, te huyes al monte y regresas hasta pasados tres días fijándote bien, desde lejos, si hay soldados o desconocidos; a ésos no te les acerques o te matan; si te agarran, no hablas castilla, nomás idioma; fijate bien. Sí patrón. Y a vivir en campo fresco plantando flores. Güena comida. Güena ropa. Güena paga. Mantas nuevas y pistola linda que la patrón regala. Botas dicuero y sombrero grande. Y si la patrón falsea, lo mato. Y si la patrón no paga, lo mato. Yo también cabrón y en cerro naiden me encuentra.

Ganoso, calzón y camisa blanca y mi ceñidor colorado pa bien fajarme; ya vine tata ¿ónde mi vas a chingar ora? ¿Mi la das posada? Su cara contenta, acurrúcate al final del corredor junto al cuarto de la herramienta, te adelantas al Guayabal, ya todo está sazón, engabilla bien; sí, apacito, pero nomás cuarenta

pasos y mi pelaba los ojos, y risueño por broma, qué cuarenta ni qué cuarenta, me completas tu tarea diaria, cincuenta por cincuenta pa que desquites la segadora; agáchate bajito pa aprovechar, no dejes tanto trigo a la pepena; el calor recio, diese canijo pasada la cuaresma, cuando las auras bajan por sombra y uno sólo siente un divisar amarillo; el apacito caía revisar, mi vieja con chilpayates en la besana echaba lumbre pa tortillas, guajes o quelites, en espera dirrejuntar espiga que yo no recogía, pa la pepena, dos o tres cuartillos digrano quella iba vender al pueblo por la tarde, y ya ti truje lo que querías y vente pacá al rincón a dormir en techito del tata, rejúntate y no tihagas remolona.

A usencio Mauro es mi apá. Era guacalero. Ventura Mauro era mi agüelo y también guacalero. Pero eso siacabó ditanto camino y troca y camioneta. Apá yastá viejo. Adimás paga ya no da. Lamapola sí deja. Ora somos amapoleros. Es cabrón porque si no mata gobierno mata patrón o mata bandidos. Hay que escurrirse con bolsas llenas de billetes porque paga es muncha muncha. ¿Qué pasó Justino Mauro? ¿Ya de regreso? Mira nomás qué bototas y ese cinto tan lucidor, ¿dónde andabas? Fui Chihuahua. ¿No tinteresa un poco de ferretería? A ver ¿qué trais? Pistola japonesa o metralleta. ¿Quieres? Compré troca doch doble cabina. Quero consejo de papeles. Sembré amapola. Traigo semilla. ¿Quieres?

Gabán al hombro seguíamos a la escarda del ajonjolí en Churumuco, con hermanos Barriga, a uno di los que mi

apá compró el nombre, el guacal cargado ayudándome con un palo diotate, ya me voy apacito, y mi daba premio y ai te espero al año entrante, sí, tata, si Dios quere y en chinga por setenta y cinco centavos diarios, sobrados digusto por camino hasta acabar cosechas, Zitácuaro Ciudad Altamirano La Huacana, onde quera los di San Simón di la Laguna, que paeso somos güenos. Y a ver Ausencio Mauro, platícame de Anganguero, ¡ay!, apacito, ¿qué no conoce?, en tres días li llego y enseñaba los dientes disorpresa, ai los cerros se llenan dipalomitas, tantas que si vencen las ramas dilos pinos, ¡ah, si serás hablador!, y al sacar sus cigarros dipaquete: ¿quieres uno?, sí, y ¿qué más?, la gente es blanca y más alta que aquí, con bigote chorreado y si reía y nos reíamos, ¿y en Infiernillo?, ai la calor redite los pensares, todas las casas tienen palos dimango altísimos, con fruta dicantidad que dan a bestias diaburrimento por tantísima, y otra vez se reían y así platicaba serenando la noche con mis apacitos y a veces mamacitas, que nomás ai sistaban, pos no sabían diotros lugares.

A la conocencia del desierto lo lleva a uno la goma. Ranchiando entre veredas. Es más cabrón que siembra. Aiti cuidan un poco. En cerro vas solo y calor y frío son más. Nuay palabra con naiden. Se camina dinoche sin luna. Alistado con loreja tiesa. Avispando soplidos y roce dirramas. Entre coyotes oliendo gente esde lejos pa cambiar rumbo. Las mulas sincargan diver. Ojos di San Antonio. Huarache. El Hueso. Hasta llegar con los dila química. Ti esperan a media noche. Aila arreglan pa dar al gringo. Llevas cambayas y ropa didisfraz como si los vendieras por los federales. Si los ves escondes mulas entre

árboles y sales a vender con risa por dentro. Dudar es lo pior. Ti matan por no saber. Sudas carcajadas. Pero il surco y caminar mazahua lo sientes como miel mientras no doblas. Mientras ves nuevo. Mientras ti ríes. Mientras todavía respiras.

Gañanes y tatas íbamos a la fiesta comer carne al terminar la chinga y ya luego vieja y chamacos si regresaban. Con el guacal yo seguía ranchiando entre montes hasta llegar a la costa y subir a Petatlán a Papanoa y diai hasta Colima, por onde dice la veredita, ¿qué trais ora?, el comal la yerba lápiz paliacate, y venta no fallaba y dineros en pañuelo y a veces nos caían en cerro y nos pegaban y hasta mataban, como a Lioncio Eduardo y Filimón Eduardo, en Acapulco, onque seguíamos pos esa es nuestra ley nuestro gusto nuestra querencia, el caminar mazahua questá en nuestros huesos, entre las tripas y queal parar dolidos buscamos hasta encontrar il surco, pa ver pa conocer pa contar di viejos, si no ¿qué?

A como si pueda cada año nos vamos a los asirraderos. A la sierra. Durango y Chihuahua. Ai trabajas un tiempo hasta que gomeros ti alquilan. Cada patrón licciona a su manera. Al salir dimi pueblo voy oratorio y despido dimi cruz rostro. Li pido proteja. Friégate la patrón si quiere fregarme. Cuídame la familia y cuídame a mí. Cuando regreso ya vine y ti traje regalos. La limpio y visito no vaya ser mi pierda querencia. A y mi mate dipuro canija. Al cair costales di cal en sembrados huyo a barrancas. Esdeái li hablo. Un vez cruz apareció como víbora yo en un hoyo escondido. Mi vio fija al dicirme corriera. Esde

lejos divisé federales baliar pa dentro. Mesmo en el hoyo que cruz dijo dejara. Esa vez quemaron matas ya grandes. La patrón mi recogió pasados un días. Otra vez pasó avioneta con sello grande y pachona con ventilador en cabeza dizque helicótero luego aprendí. Regó plantitas. Yo mi puse bajo ramas. El tufo mi quemó buche y varios días comida sabía lo mismo. Entonces las hojas sí les quemaron como si hubiera helado. La patrón mi llevó otra parte. Ai el mismo pájaro con el mismo sello también regaba pero las plantitas se ponían más güenas y nolía tantísimo. La patrón arregla pa que helicótero eche pestilencia güena.

—Ausencio Mauro. Ausencio Mauro, ya llegó Justino Mauro y Ángel Mauro.

—Güeno, que pasen.

—Traen un camioneta bien grande.

—Güeno, que pasen.

—Apá, ven ver lo que trajimos.

—Primero saluda y vete con Ángel Mauro al oratorio y después vemos.

—Ora sí ven verla, apacito.

—¿Ónde conseguiste, Justino Mauro?

—Merqué en Durango con dinero di lamapola.

—Qué güeno, mijo.

—Es doch doble cabina. ¿Ti gusta?

—Sí, mijo. Va servir de cantidad.

—¿Cómo gustó el viaje a tuijo? A ver, Ángel Mauro, ¿cómo estuvo?

—Bien, agüelo; mucho trabajo, mucho gusto, mucho dinero y mucho cabrón.

—Güeno, está güeno. ¿Y tu hermano? ¿Ónde está Valentín Mauro?

—Lo mataron en la goma. Lo entirramos en el monte. Dos balazos.

—Güeno. Ai quir al templo.

—Voy por flores. Ai mercamos veladoras. Que chamacos traigan más pulque.

—Vamos en camioneta. Tinseño pistolas. Tinseño metralletas.

—Sí, mijo, vamos.



A mí me gusta lo bueno y a mí me gusta que el comercio no suba; se había de poner a nivel por lo menos unos cinco o seis años.

Este gobierno no le entiendo. Además de subir el comercio dice que se le debe mucho a los Estados Unidos; ¿pos qué ya nos habremos acabado el mineral y el petróleo que les quitamos? Si no, pos ai está la paga. La tierra sigue siendo nuestra y con trabajarla hemos de salir, sabiendo sufrir.

Cómo voy a creer que necesitamos comprarles granos a los gringos y que por eso les debemos tanto. No, señor, lo que pasa es que los que tienen el dinero lo gastan en otros países y aquí no dejan.

Por eso ya no le confío a este gobierno.

Yo no estudié, sí, pero sufrí y por eso cuidó. Ójala y no pensáramos como algunos creen, porque entonces no sufriríamos.

BALTAZAR NIETO

El verbo suelto

—¡Buenas, muy buenas las tengan y mejor las pasen, parroquianos! —les decía al entrar en buen talante, para inyectarles ánimo, de ése tan necesario en los pueblos secos de hastío.

Desde varios años atrás, desde 1940, pasaba por Ocotepéc de las Peñas con mis trajes finos, con chaleco, por supuesto, entre los cuales el gris oxford era mi predilecto, calzado de charol y las muestras y catálogos de Al Puerto de Veracruz; verdaderas enciclopedias del saber el qué, el cómo y el cuándo del comer, vestir, ajuarear y modernizar a una señora, un caballero, un infante, una institutriz, una casa e incluso un templo deseoso de destacar, de separarse del montón. La mejor agua de colonia y crema de perlas, en estuches de madera con fieltro para protegerlas, telas de vichy, imágenes

de ojo de vidrio, alisantes de la piel, los últimos brocados para tapicería, juegos de té, refrigeradores y lavadoras eléctricas y todo cuanto el universo de la técnica al servicio del ama de casa podía ofrecer. Artículos alemanes, franceses, americanos y la perfección del producto inglés, con sólo estampar la firma en el pedido. El envío COD, pagadero al recibir la mercancía.

Entrar con el saludo franco, la mano en alto, el caminar seguro y la sonrisa de quien se sabe bienvenido, acompañado de una impecable cortesía y vestir, pocas, muy pocas veces falló en los pueblos; en las ciudades el proceder difiere.

En Ocotepc de las Peñas, por mis experiencias anteriores, el rechazo era prácticamente imposible, en especial entrada la tarde, al convertirse la práctica del dominó institucional en el reto necesario para vivir; un contendiente fresco, maduro, conocedor y jarocho, para más datos, incitaba al más cerrado pueblerino.

Ahí pasé ratos agradables y de beneficio al recibir invitaciones para mostrar mis géneros; entonces no había aventura comparable a la del agente viajero, a pesar de las dificultades y riesgos de los caminos.

Lo extraño en ese pueblo era que el dominó se jugaba en una sola mesa, en la nevería, entre cuatro personas; el resto, a veces cinco o seis, observaban esperando turno. Jamás éstos organizaron otra partida entre ellos. Una ley no escrita se los prohibía y nadie nunca osó violarla.

Me senté con los mirones, tras los saludos del caso, a aguardar pacientemente recibir la oportunidad de la concurrencia. Para mi fortuna, don Atilano, pseudo de fama en la trata de alpiste, fue mi compañero. De complexión caballar y cejas vegetales, siempre lo

vi con la barba crecida y su mirar desconfiado, buscador del truco escondido. Usaba guayaberas finas, de seguro de tamaño extra-grande. En esa ocasión procuré no perder, percatado del gusto de mi compañero al alcanzar los contrincantes los consabidos cien puntos en su contra y verse obligados a ceder el turno.

Conocía bien de don Atilano; sin embargo, la oportunidad no se había presentado. Mi práctica ninguna vez fue la de tocar las puertas; aparte, no era política de la casa; su prestigio estaba por arriba de esos menesteres. Por otro lado, el señor era de esos viejos a la otra usanza; de pocas necesidades y menos pulgas.

La parte reñida fue contra la pareja formada por el presidente municipal y el representante del partido oficial. Al sentarse, noté de inmediato a don Atilano tensarse y afilé mis sentidos. He de decir que el juego ahí era de lustre y clase; el peor jugador era alquimista. A pesar de ello, salimos triunfantes, mientras daban los nueve campanazos en el reloj de la iglesia.

—¿Por qué no pasa y me enseña su mercancía? —inquirió don Atilano al salir y pegarnos el fresco de la noche.

—Con mucho gusto —le ofrecí—. Usted indíqueme.

Alisándose los bigotes para ocultar la satisfacción del triunfo:

—Ai lo espero mañana —me invitó parco—. Buenas noches.

Pasadita la hora del almuerzo, con el propósito de no molestar y por aquello de “panza llena, corazón contento”, toqué en la casa de don Atilano. La sirvienta me pasó a la sala sin preguntar; esperaba la visita.

Me sorprendió no ser conducido a su despacho, en el cual anticipé sería el trato; la posibilidad de mayores ventas entusiasmó mi espíritu fenicio, ya que este inesperado recinto es propio para

damas, muchas de ellas, mis mejores clientes. El lugar fue sorpresa; anticipando piso de mosaico sin tapetes, muebles duros con tela corriente y flores de hule sin sacudir, encontré sofá y sillones mullidos de terciopelo rojo, alfombra de un crema encendido, hermoso contraste con el mobiliario y flores frescas. Cabe observar que de únicos cuadros colgaban los consabidos retratos retocados de los hijos y los padres, y de ellos de novios, con una seriedad pujante y labios carmesí; al calce, la orgullosa firmota del fotógrafo, primer culpable de estos ultrajes a la estética, por lo cual muy merecido deben tener, junto con sus colegas, un rincón entre asesinos en el infierno.

—Buenos días, don Atilano; señora, a sus pies —adelanté al levantarme en el momento en que ambos entraron del brazo al salón, donde en compañía de una limonada esperé por espacio de diez minutos sin mover un pelo por temor de ser observado.

Seguido de las presentaciones, empecé suave y con delicadeza a tejer mi madeja dirigiéndome a don Atilano, cuidadoso de la distancia a la mujer casada, de buen ver por cierto. Ella atisbaba de lejos el catálogo al yo posarlo sobre la mesa de centro, abierto en las páginas de los efectos sabía la harían cimbrar; igual que siempre, llegaba el instante en que el marido, en este caso don Atilano, posesionado de su calidad de jefe y mandamás, asía fuerte el anzuelo y al regañar autorizaba:

—Anda, Silveria, no seas ranchera; pídele al señor te enseñe lo que querías ver. Disculpe... pero estas mujeres, ya ve cómo son. Ándale, ándale. Ve usted, al fin lo traje y ya no puede ni hablar. Ándale, mi hijita, ándale, te digo.

—Ay, señor. ¿Podría enseñarme de caridad algunas muestras de organdí suizo y unos vestidos?

—Cómo de caridad, pos no ves que los vende —la reprendió entre sonrisas bobas de los dos en su jueguito.

Empezábamos a caminar el redil, al entrar la sirvienta, el cejo fruncido por molestar al patrón; venía a avisar a la señora: la buscaba su hermana. Con mirada de aprieto, solicitó y obtuvo la venia del marido, regresando con una dama ojiverde, de tacones y sombrero, que a pesar de su negro vestir, no escondía treinta y casi cuarenta abriles de vigorosa naturaleza.

La saludé con frialdad obligada por la etiqueta y la fijazón de las pupilas inquisitorias de don Atilano. Al oír su nombre:

—Doña Felicitas Hernández viuda de Prieto —sentí el estímulo de tan inesperada presentación. Al remover el velo de la cara, su mirar sujeto y retenido me golpeó invitante al redescubrimiento.

No había pasado ni un cuarto de hora; acababa de enseñar el muestrario de las telas de *moiré* para vestidos de noche, cuando la criada, ahora con cara de tragedia y jadeante:

—Usted perdonará, patrón. Vienen a avisar de la escuela que Pedrito se cayó de una barda; dicen tiene una pierna torcida.

Don Atilano, su esposa y doña Felicitas se levantaron en ese orden. Con las muestras en mis manos lo hice al final.

—Vamos, mujer. Usted disculpe, don Francisco —yo recogiendo mis cosas; don Atilano entre molesto y preocupado.

—No tenga ningún cuidado, don Atilano; otro día regreso. Lo importante es la salud del niño. ¿Puedo ayudar en algo? Lo que usted me indique, don Atilano —me ofrecí presto; la oportunidad la pintan sin pelos y ahí estaba para afianzar al cliente.

Don Atilano se pellizcó el bigote y tras de dirigirse a mí:

—Quédese aquí, don Francisco; no faltaba más; enseñe a doña Felícitas la mercancía; regresamos luego —se volvió a la sirvienta—: Juana, dile a Pachita que venga y se quede con el señor y la señora; usted sabe, don Francisco —al verme con esa cara de quien se erige en protector del reino animal—. Vamos, mujer.

Salieron dejándonos a doña Felícitas y a mí. Juana regresó en un momento, vigilante en la puerta; hubo de abandonar el puesto, enseguida de apoltronar en la entrada a Pachita, vasta y casi tan vieja como la sarna, con el ojo listo a cualquier intento contra su “niña”.

Sonreí con candidez encubierta y retomé la venta. Percibí su relajamiento y buena disposición ante la ausencia de don Atilano. Entablamos una plática amistosa con algunos destellos de buen humor. La mercancía dio pábulo a comentarios sagaces y en ocasiones ligeramente traviosos por parte de los dos, dentro de las formas impuestas por el austero mirar de la vigía.

Repasado un buen trayecto del catálogo, seguido del tercer bostezo de Pachita:

—¿Quisiera usted ver nuestros *chausseau*? —ausculté por las señales de educación que la dama denotaba. Mi francés con grandes fallas, lo había pulido al trabajar para el señor Arnaud y obviamente conocía la palabra francesa aplicable a cada una de nuestras prendas.

—*Oui, monsieur* —adelantó, ligeramente ruborizada.

—Estos de piel de carnero, transpiran y por ello la mantienen siempre fresca —cuidadoso de no pronunciar la palabra “pie” a escucharse por Pachita—, éstos son de más altura; los hay en varios tonos —suave, sin presionar, al dejar espacios entre cada palabra.

Después de pasar con cierta rapidez por los sombreros y guantes, no había tiempo que perder, con el uso de tan halagador idioma, aventuré al bajar la vista a mis charol: “Nuestras *bas de soie* son de calidad suprema, a ser usadas por lo más granado de la sociedad capitalina. Suaves al tacto conocedor”, y al verla de reojo distinguí esa picardía de quien tentada mide si proseguir, los labios llenos, entreabiertos en duda femenina, al tiempo de cruzar la pierna y recargarse fuerte en un extremo del sofá. Ahí me detuve en busca de la señal; un silencio prolongado entre instantes de quienes confabulan nos unió.

—*Madame* —expresé consciente de la premura.

—*Monsieur*, esto será *mellú que vous me lo montre en autre occasion* —al bajar la voz: por lo que hube de apoyarla para evitar la sospecha de la centinela.

—Cada artículo listado ha sido sometido a pruebas rigurosas. *¿Aujourd'hui? Il que je part pasadé demain.*

—*Oui* —bajó las pestañas.

—La casa es muy estricta pues en ello va su buen nombre —y el corazón se me acercó a la boca— *¿Duondé? ¿A votre maison?*

—*Oui, monsieur* —se enderezó resuelta y provocó mi asombro, un pestañeo antes de escuchar las voces de mis anfitriones en el pórtico de entrada, junto con el sainete que ocasionó el afortunadísimo accidente del infante.

—No hay prisa. Medite con cuidado. Los productos están garantizados —me mordí el corazón.

Pachita se levantó y en tanto se acomodaba el rebozo al dirigirse a la puerta para asomarse:

—*¿A que'l heur?* —le pregunté, al indicar la entrada con la punta de la nariz.

—*Pasadé le cortiú d'electricité* —escupí el corazón, y don Atilano, colorado por la caminata, entraba con el pañuelo en la mano secándose el sudor.

Tras haber invertido varias horas en comentarios de las ocurrencias del pequeño y reanudar el negocio, cerré una venta regular de organdí suizo, impermeables y capas de hule, varios vestidos y una enceradora Electrolux. Felicitas se procuró unas masca-das de seda, y don Francisco, o sea yo, adquirió... bueno, no quiero adelantarme, ahora lo escucharán.

En esa ocasión hube de alistarme con especial esmero. Bañé sin despetar sospechas, ya que era mi diaria costumbre al terminar el trabajo. Apliqué mi fiel lavanda añeja y con un casimir claro de tres piezas de impecable caída y un breve muestrario para abrir conversación, aguardé en mi cuarto con la ventana abierta, el transcurrir de un buen lapso de negrura, la energía eléctrica cortada, a que la profundidad del primer sueño cayera sobre el poblado. Nervioso, lancé la vida por delante; con los naturales obstáculos de las calles mal empedradas resbalé, pero finalmente llegué a toparme, el alma abultada, frente a la casa de la doña, en sombra total.

Agucé mis sentidos y al apenas descubrir, con la ayuda de las estrellas, tres ventanas seguidas a la puerta de entrada, animé a acercarme a la última por considerar que las otras, en toda lógica, corresponderían a la sala y comedor.

Con mi pluma Sheaffer, di pequeñísimos golpes en el balcón sin recibir respuesta. No sin duda, procedí a hacerlo en el vidrio de la ventana y, oh, fortuna, se encendió una luz, de seguro un cerillo que empató una vela.

Corrí a esconderme detrás de un pórtico vecino. Al abrirse un claro y distinguir la silueta de una mujer:

—Buenas noches —adelanté al medio ocultar mi cara tras el Stetson, y al advertir la suya iluminada por la vela que sostenía—: traigo el muestrario —sonreí.

—Pase usted —indicó con la mano el balcón, por lo cual procedí a brincarlo.

Al ella cerrar, me encontré en una habitación amplia, cama alta matrimonial de bronce pulido, sin destender, la *Inmaculada Concepción*, de Murillo, con su mirar al techo, ascendente toda ella; la ventana con doble cortina de gasa y brocado hasta el suelo y un juego de tapetes a los lados y al pie de la cama. A un costado, un ropero señorial de madera labrada con tres enormes espejos junto a un tocador cuya luna reflejaba la vela colocada con suavidad, una colita de luz apenas sobre un *chaise-longue* a lo lejos, y en una esquina dos elegantes sillones separados por una mesa ataviada con un mantel —después corroboré— bordado *richelieu*, que señaló:

—Siéntese, don Francisco. Haga el favor.

—Muchas gracias, doña Felicitas. Traje lo que me pidió —al enseñar mi carpeta excitado.

—¿Gusta usted un jerez? —sorprendiéndome.

—Nada más propio, doña Felicitas —expresé animado.

—Espero no haya tenido problemas con lo negro de esta noche —mientras servía el licor.

—Ninguno, doña Felicitas. Ninguno —al recordar el resbalón que ensució mi traje a la altura de una rodilla—. ¿Quiere usted ver los géneros?

—Tome primero. No hay prisa.

—Sí, gracias. Muchas gracias.

—Salud.

—Sí, salud. Por usted, doña Felícitas —y al removerse la capa que usó para cubrirse el frío al dejarme entrar, sentí se me agolpaba el nervio, percatado de cierta transparencia en su blusa de encaje de Bruselas.

—Muchas gracias —y dejó caer el silencio y supe me observaba encubierta por la sombra y no le podía ver los ojos y sorbí y ella hizo lo mismo y:

—¿No quiere usted ver el catálogo? —insistí con algo de desconcierto.

—¿Le gusta la habitación?

—Ajuareada con gusto supremo, exquisito. La felicito, doña Felícitas.

—Gracias —y resurgió el silencio y pensé en don Atilano y su esposa y si alguien me había visto entrar y volví a consumir el líquido y al colocar la copa sobre la mesa, en mi exaltación, no atiné y cayó derramándose. Apenado, me incliné para encontrar su mano asiendo el cristal que resistió la caída.

—Por favor, doña Felícitas, permítame —al sacar del bolsillo un pañuelo para evitar la mancha, quemado con el contacto de su mano.

Sin dejar escapar la oportunidad, tomé su palma con el pretexto de limpiarla, los dos en pie; entonces mi mancuernilla, hermoso gallo en posición de pelea, alojó una de sus plumas doradas en el encaje de su manga, y cual anzuelo quedó prendido, mientras me subían los colores por lo frecuente de mis torpezas.

—Disculpe, doña Felícitas —y al no poderla extraer y sentir la cercanía de su cuerpo y el fluir de mis arterias—. Vamos hacia la vela; no veo bien. Con cuidado, el encaje no debe dañarse —y la tomé del codo para coordinar el paso; ella en silencio.

En ese instante arriesgué su vista que penetró fija para caer envuelta en las pestañas, una y otra vez. Ya no quise moverme; no pude moverme. Nos acercamos a descubrir, y al juntarse nuestros labios, recogí licencia y recuperé confianza.

Con el mancuerno gallo prendido a su telar, la abracé con una mano:

—Felícitas, doña Felícitas —murmuré.

—Don Francisco, Paco —aseveró.

Reasumimos con pasión el manco beso sin conseguir desprender el candado. No sé cuánto tiempo pasó. Mis piernas flaqueaban. Sentía su vibrar. Odiaba mi desgracia. ¿Por qué se me ocurrió usar estas mancuernillas? Debí suponer la falta de luz; sin ella no se puede presumir. Seguíamos de pie. La respiración precipitada. No pude más. Le tomé el brazo enganchado. Jalé firme, con fuerza. Cedió la tela al desgarrarse. Quizá la mancuernilla rota, pensé. Con lo caras que están.

Libre, el agua corrió presurosa, aunque aún golpeando escollos. Los miles de botones de su blusa igualaron con el alfiler de mi cuello y el fistol; su camafeo abierto me rasgó parte del alma y mis ligas de calcetín, tercas a ceder en su momento, hubieron de permanecer tira y tira de mis vellos.

Desde entonces, cada visita al pueblo la remataba al saltar su balcón, ya cortada la electricidad, para salir de madrugada antes que el sol chismoso nos delatara. Ella me solicitó dejar una señal

a contestarse, para indicar el paso franco, por lo cual sospeché no ser el único amante.

Transcurrieron más de diez años no sin novedad. Visitaba Ocotepc de las Peñas cada tres o cuatro meses. Don Francisco, ducho agente viajero, catedrático facultativo en un principio, empezó a ceder ante la velocidad de la dama, quien paulatinamente aprendió, y vaya si aprendió, varias lenguas y confecciones que, aunados a su inventiva, apilaron conocimientos y prácticas suficientes para fundar una escuela del saber y entender la mejor de las ciencias, la más sublime de las ramas del arte. Llegó una etapa en la que la lección había de prepararse de manera premeditada, al guardar fuerzas, ejercitar las coyunturas y evitar el desvelo adelantando, ya que sin ello la acometida provocaba la pronta devastación y, en consecuencia, su desencanto.

Por otro lado, aprendí de su vida de mujer sin hijos; amante de Ocotepc de las Peñas, su terruño, la menor de tres hermanas, viuda de un diputado federal en la capital, muerto en una trifulca a nueve años de casados. Por su manera de narrarlo creo fue por ella; sucedió en los toros y ahí, ya se sabe, se manosean las miradas y se alebrestan los halcones. También me enteré de su situación económica holgada, su interés por la literatura —por lo cual le regalé varios libros, algunos de color subido—, su rebeldía ante el culto religioso “propio de las masas” y su exquisito gusto por los perfumes y la lencería francesa que sabía lucir como reina a la luz de la vela en el tocador.

En ésas estábamos, cuando un día, precisamente un día, éste nos sorprendió en pecaminoso abrazo.

—Paco, Paco, despiértate —me susurró al oído.

Y al abrir los ojos:

—Ya amaneció, ya amaneció —le aseguré.

Amodorrado aún, de lleno me golpeó la imagen de don Atilano, cuadrúpedo percherón encabritado. De un brinco en el suave lecho alerté mis cinco sentidos y los otros propios de agentes viajeros. Al verla, el golpe de su cara mañanera me destanteó. Había perdido el atractivo que la noche le cobijaba. Me percaté entonces que salvo al conocerla, siempre la vi bajo el velo nocturno.

—Atranca la puerta, rápido —le rogué.

—Está bien cerrada, Paco.

—No la vayas a abrir —insistí.

—En qué cabeza cabe.

—¿Qué vamos a hacer, Felicitas? ¿Qué vamos a hacer? —mi reputación pendiente de una hebra, sin poder detener la temblorina que empezó a apoderarse de mí; ella, dueña de su entorno, escudriñaba el cuarto con la mirada, en tanto yo escuchaba perplejo los ruidos de la gente al pasar por la calle.

Con sangre esquimal tomó el sobrecama de faldones largos que juntos habíamos quitado.

—Me voy a acostar y me voy a hacer la enferma. Ayúdame a echar la colcha y dejarla caer a los lados; tú escóndete debajo. No te muevas y no hagas el menor ruido; no me voy a levantar ni dejaré la cama sola. Ahora vístete, mientras me pinto suavcito unas ojeras —me ordenó.

Jamás, mientras viva, habré de olvidar semejante angustia, suplicio y peripecia. Daban las nueve de la mañana cuando la hermana, alertada por la sirvienta, que hacía unos minutos había tomado conocimiento de la enfermedad, inquiría a Felicitas; yo

pendiente de sus zapatos, he de decir de buena clase y cuidados con esmero, difícil tarea en esos sitios de calles de piedra.

—¿Qué comiste, Felicitas? Ayer te veías bien, mira tus ojeras —tampoco había dormido mucho—. Perdóname, no quiero afligirte. No debe ser algo grave. Mandé por el doctor en cuanto me avisaron. Debe estar en camino.

—No te preocupes, hermana. No hay necesidad de doctor. Mañana estaré bien. Un poco de descanso es lo que necesito.

No podía contener el escalofrío y temblaba incontrolado. En realidad yo era el enfermo, pero de espanto ante la posibilidad de ser ejecutado por don Atilano. En un momento me figuré cadáver del panteón Francés, en hilera vertical: mi pariente arriba, yo abajo.

Al llegar el facultativo —zapatos asquerosos, no sólo sucios sino viejos de varias suelas—, después del interrogatorio, respecto a sus obras y comidas y la auscultación —supongo breve— que el pundonor obliga.

—Voy a recetarle una buena purga que todo lo limpia. Algo debió caerle mal. Se sentirá débil unos días; sin embargo, pronto se recuperará. Debe ser un atorón temporal.

—Lo que usted diga, doctor.

—Qué país, señora, qué país. No se puede confiar ni en la comida. ¿Ya supieron? Los bandidos dieron cuenta de don Francisco, el vendedor que pasaba a hacernos la vida más llevadera. Dicen lo vieron salir del mesón, después de la cena, seguramente a tomar el fresco; pues no ha aparecido. La cama de su cuarto amaneció tendida; ya salió al cerro la vigilancia con unos voluntarios. Pobre de don Francisco. Qué país, señoras, qué país. —Al imaginar la cara de mi preocupado mesonero, urdí rociar en mi

traje aguardiente, ensuciarlo y tomar unos tragos, para disimular una mona prolongada; eso si salía con vida.

En mi posición mortuoria, como plato para sarraceno, contaba, reloj en mano, las interminables horas. Mortificado. Humillado. En una desazón galopante al no poder hacer de las aguas; la bacínica junto de mí, imposible de usarla; a punto estuve de tirar la toalla:

—Aguanta, Paco, aguanta; falta poquito —me animaba al quedarse sola.

De la comida que la oí saborear, únicamente pudo pasarme, como maná del cielo, la mano entre las nubes, una pieza de pan y un plátano. Casi siempre tuvo compañía. El desayuno lo rehusó en calidad de enferma. Fuertes tronidos de tripas me provocó el hambre, en riesgo de desenmascarar, un par de veces, nuestro secreto. El ardor de la úlcera estomacal, que en esas épocas comenzó a hostigarme, subió a un tono insoportable.

No vi el calzado de don Atilano; él pasó en la tarde; durante su corta visita mantuve los ojos cerrados en un rezo profundo, con la mayor devoción a san Cristóbal, santo patrono de los viajeros, a quien aún agradezco ése y otros favores.

A las nueve y media de la noche y tras haber mantenido rígido el cuerpo sobre el piso helado, en perjuicio de mi artritis, sin una cubierta siquiera; haber soportado la visita de un sinnúmero de zapatos de diferentes condiciones, tamaños y variedades, cada uno con sus historias de enfermos, cuidando cada respiro; haber aguantado, a pesar del nerviosismo, la vejiga a punto de reventar, las muelas en flotación, e incluso haber oído a Felicitas orinar tres veces en cómodo, sobre la cama, al no poderla abandonar, salí

huyendo: el amante agotado y urgido por la necesidad fisiológica, sin siquiera un despido descortés.

Juré y perjuré no recaer con ese vejestorio hambriento y colmilludo, a quien el rayo matutino despedazó, penetrando sus arrugas, sus muecas carnavalescas y sus mañas.

No pasaba el año y una tarde casi desvanecida, untada de recuerdos, que había sentado sus reales en el jardín, a media luz, acicalado en un príncipe de Gales de recién estreno, pensando en mis huesos empolvados, la vi cruzar; la vi cruzar frente a la iglesia, la naturaleza, observé, aún pródiga, y se me ocurrió la idea, la brillante idea, de olvidarme, echarle tierra a las malas memorias, y entonces juré y perjuré siempre verla de noche y no volverme a quedar dormido; hasta que una vez...



Casi nadie se acuerda, pero al construirse la carretera a Toluca, el pueblo se cooperó y para eso se hicieron reuniones. En una de las primeras, se habló de la necesidad de comprar un teodolito, y don Seferino Guadarrama, robusto como animal de tiro y de pocas palabras, se paró después de un rato de escuchar atento:

—Miren ustedes —sentenció severo—, déjense de cosas: si vamos ayudar, lo hacemos bien. Pa que se nos tenga en buen nombre, yo propongo que todos nos juntemos y Valle de Bravo compre no un teodolito, sino de una vez por todas un teodolote, ¡que no ha de salir tan caro!

Con los brazos levantados

Apá nos avisó al caer la nochecita.

Por la tarde jugamos un rato a las escondidillas. Bueno, menos la más chiquita que todavía es de brazos. Después mis hermanos y yo, salero, con la pelota nueva que trajimos de Valle de Bravo; ya habíamos terminado los encargos. Por eso, Hermila los dejó jugar.

Nosotros nos habíamos sentado viendo las nubes pachonas rebotar en los cerros, y nos afigurábamos arrancándoles trozos como si fuera algodón de feria. La luz calientita enjuagaba la milpa, que ceniza avisaba ya estar lista pa rastrojo. Apá llegó en su sano juicio onque muy serio y casi ni hablaba. Se le había ido el color de la cara, y los cachetes los traía blancos como verbena. Por eso mi amá, que lo conoce, me ordenó:

—Saca a los escuincles pa jueara. Tu apá necesita descansar.

Pasada la cena empezó a empalmarnos su aflicción, con las tortillas, quintoniles, frijolititos y algún pedazo de carne abrigándole la barriga.

—Qué les cuento. Que la cosa se está poniendo difícil. Ya ven lo que está pasando en Colorines. Hay trabajo en cantidad. Además de la presa ya se arrancaron con varios puentes pa acortar el camino. Los viejos les arvirtieron que el río no los va a dejar; de seguro se los tira en cuanto empiecen los aguaceros fuertes.

—Es claro —le contestó mi mamá sonriente por la plática de su pueblo que le daba orgullo ver crecer—. Yo he visto la corriente bajar con troncos así de grandes —al abrazar el aire, las manos separadas más de una vara— y azotarlos contra los lados, a veces de punta, desgajando cerros, y la fuerza del agua al tomar la bajada, llena de piedras y palos de todos tamaños. Al no haber visto el río cargado con los diluvios de por aquí, se animan y creen van a aguantar sus puentes y presas. No aguantan, Crisóforo, no aguantan. Te lo digo yo, que soy del mero Colorines, cansada de ver las caídas de agua de tierra alta.

—Lo mismo les han dicho y no hacen caso; están tercos y como traen contrato pos lo quieren cumplir —y acercó la silla a la mesa donde puso el codo, la cabeza sostenida por la mano en seña de pesadumbre—; dicen que van a reforzar con niños ahogados en el cemento, que ya se conoce es buen sistema; casi no falla; asegún, dos o tres chamacos para cada poste en los puentes, a saber cuántos en la presa.

Nuestra familia es grande, pero en la casa nomás vivimos mis apás, mis cinco hermanos y yo. Los grandes se jugaron. Por eso, Hermila es la mayor. Dos de ellos ya se casaron. El otro anda de bracero.

Mi apacito es nuestra querencia por anteligente y abusado. Jue de los primeros en sembrar papa. Por eso tiene su camión de redilas y a veces nos lleva a pasear. Toma al parejo de los demás, pero de borracho no nos pega tantísimo como muchos. Después de cenar nos cuenta cosas, mientras se talla en el pescuezo un paliacate rojo, jalándolo de las puntas o haciéndole nuditos; es su maña. En las reuniones, al hablar, la gente le pone atención; por algo será.

A la mañana siguiente, antes de irse, nos aprevino a todos juntos:

—Ya les dije: ándense con cuidado, con mucho cuidado. No se queden solitos; fíjense bien. Vienen en una camioneta blanca y cuanto niño pasa, se lo llevan. Hermila —hundiéndole la vista—: tú encárgate de tus hermanos chicos; en viendo la polvareda de un carro se esconden hasta asegurarse no sean los ingenieros. Fíjate bien: yo salgo al campo; tu amá, a su puesto en el pueblo; ya estás grande para cuidarlos; no te distraigas o nos van a fregar. Ustedes, o le hacen caso a Hermila o se los van a acabar llevando, ai del que no; se los arvierto.

Y al agarrar los aperos pa la yunta se los echó al hombro y salió; el sol todavía bien escondido atrás del cerro haciéndose el remolón, y es que dice amá que esta temporada, por el frío, al solecito le cuesta trabajo levantarse y como está viejito pos debemos tenerle consideración.

Seguido se jue mi amá y nos repitió lo mismo. Yo, desde la noche anterior, sentí un desasosiego nuevo, desconocido, clavado bien dentro. Esde entonces, la aprensión me empujó y por las noches sudaba de espanto. Varias veces soñé a mis hermanitas con las bocas llenas de cemento, sin poder gritar, mientras las

remetían en el colado con los brazos levantados pa aguantar el peso del puente. En el día, la desconfianza y la congoja me empapaban al llegarse a perder un chamaco, onque fuera por un ratito.

La casa en que vivimos está hecha de costeras, techo de lámina de cartón y piso de tierra, y se encuentra en una ranchería a vuelo de tórtola de Valle de Bravo; mas sin embargo, está apartada de las otras. Por eso, mi susto al irse mi amá y quedarnos solitos. Pa no perder de vista a los niños, Hermila se subía a la más chiquita a la espalda en el rebozo y a los dos que le siguen los amarraba a un palo, con una reata larga pa que pudieran moverse. Los otros dos, a juerzas saber ónde andaban, con ganas de descansar o por algún apuro, los metía pa dentro en un rincón. Si se ponían rejegos, les decía que les iba a pegar y a veces sí les pegaba, y es que imaginarse se hubieran llevado a uno.

Por eso, esde el comienzo escondí mi muñeca en un rincón. No juera a ser que por chiquita también les sirviera. Claro, le falla un ojo y se le rompió una pierna, pero es mi amiga y la quiero demasiado. Me la trajo mi tía de México, en una caja con papel de ver pa dentro. Dice mi amá que el ojo se le pega de humedad. La pierna se la rompieron mis hermanos que se pusieron a jalonearla. Por eso, ya no se las presto. La guardé onde nadie la pueda ver. También tengo su caja y su listón rojo y otras cosas mías, como un peine de fierro que me encontré en la fiesta de la Cruz, unas piedras de río de colores y unos enciende cigarros con chispa que me dio mi apá porque ya no les sale lumbre y quién sabe qué más... Bueno, también la venda de mi apá cuando al cabecearle el Chabacano, se le atoró la mano en el barzón y se le torció. Se la puso el doitor del pueblo y al aliviarse me la regaló. Se la pongo a mis hermanos en

los brazos, la barriga, las piernas y hasta la cabeza; les gusta mucho envendarse y nos divertimos. Dizque yo soy doitora.

Con el apuro, las primeras semanas los mismos niños ayudaron. Después se les olvidó y empezaron a agarrar otra vez sus juegos. Yo les zumbé con el cinto pa que entendieran. Al principio, mi apá dio por llevarse al campo a algunos de los más grandes, pero al saberse de varios perdidos le entró la desconfianza y los dejó en casa, pos le quitaban el tiempo. Ai se vino a poner más difícil la cuidada, porque éstos no hacen caso igual. Por eso Hermila los encerraba.

Una vez, al ver acercarse un carro me llegó a dar tanta presura que me mié, y es que estábamos solitos y la puerta no tenía buena atrancadera. Llegaron a gritarle a voces a mi apá y al sólo ver los perros ladrar y no oír otra respuesta, se jueron. Yo los vi entre las costeras; venían en carro de redilas, amarillo, parecido al acagual; de lejos se veía blanco. En la noche regresaron a platicar con él; en su momento me espanté y no paré de llorar hasta que vino mi amá. Y es que con el susto, cómo me brincan las lágrimas y no puedo detenerme. Mi amá dice parezco lavadero de agua corrida con la llave descompuesta.

Munchos meses nos la pasamos con el pavor encajado. De noche platicaba con mi apá. Él todo lo ve. Los ingenieros no acababan y cada vez era mayor el hervidero de gente, bodegas, camiones, materiales y vaya a saberse. Con los tronidos de la dinamita, la alzada de pájaros a cada rato se llegaba hasta las ramas de los árboles de enfrente. Parece no había lugar para guardar a los niños, porque llegando, luego luego los usaban. Varios fueron a buscar alguna cárcel o depósito de escuincles y nunca dieron.

Con las cosas tal cual de pendientes, nos enteramos junto con los vecinos, por mi apá que anduvo de paso, de lo de la máquina. Esto nos acabó de encorajinar. Más a las mujeres que nos vivíamos cuidando escuincles con la angustia de no poder dejarlos solos ni tantito.

—Ora trajeron una maquina enorme. Retumba hasta la tierra y bufa enojada y cascabelea que parece el motor del molino, sólo que muchísimo más fuerte. De cerca no se aguanta el ruidazo; las orejas chillan y la cabeza le traquetea a uno; se oye más lejos que de aquí al Cerro Gordo... y todo por el hambre. Dicen que demanda más niños y ahora ya son varias las camionetas que repasan y repasan los cerros y rancherías. A nosotros nos habían dejado de lado, pero ora no hay remedio, de seguro nos van a caer. Dicen que la máquina pide media docena diario y no tienen pa cuándo llevársela.

Estábamos junto al camino de tierra, frente a la tienda de doña Chenchá y nadie pronunció palabra por un buen rato. Ai las construcciones son más repegadas; cerca de diez casas a los lados de la terracería. Mi apá, recargado en la salpicadera de la camioneta con un jarro de sambumbia de arroz en la mano, pa la calor. Nos llamaron con la campana de la escuela que está a un lado. Por eso se juntaron más de treinta o cuarenta personas, sentadas en las piedras o recargadas en la chirimoya y el capulín que sombreaban sabroso.

—¿Qué tan grande es la máquina, Crisóforo? —le preguntaron.

—Casi de lo alto de un pino maduro, con un brazo de fierro y la barriga de caja del tamaño de un camión —y la gente volvió a silenciarse.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ya estaría de Dios —aceptaron algunos.

Se propuso una guardia de hombres, y es que no se quedaría dejar a las mujeres solas y todos los aprobaron. Se resolvió se quedarían de tres en tres en el mismo lugar de la reunión, pa poder agarrar rápido pa cualquier lado. A unos les tocó el lunes, otros el martes y así. A mi apá y a mi tío Jesús, junto con Arnulfo, los jueves. Por eso estaban al suceder el asunto.

Yo lo vi clarito; fuimos a llevarle el almuerzo a mi apá y a comprar unas galletas. De pronto se paró una camioneta blanca, mero enfrente de la tienda, con dos señores dentro.

—Buenos días; perdone, ¿por dónde nos agarra más recto para Colorines? —era la voz de un señor güero, grandote, de botas, con un sombrero duro muy raro de olla en la cabeza, que se apeó.

Mi tío Jesús se levantó y se le quedó fijo, mientras el otro señor vestido de café, igual pero sin sombrero, también se bajó y se fue hacia la ventana de la tienda, por onde se compra; al pedir unos cigarros vio a mi hermana y le puso la mano sobre la cabeza.

—Qué niña tan chula —y nadie decía nada, y mi hermana se hizo un paso patrás—. No te voy a hacer nada, nena; ¿quieres un dulce? A ver, ¿cuántos años tienes? ¿Te comió la lengua el ratón? —y entonces sintiéndolo gritó, temblando gritó, corriendo gritó; las galletas se le cayeron al suelo.

—Ah. ¿Qué a ustedes les gusta asustar niños? —les preguntó mi apá, bajito, con la escopeta en la mano y el paliacate abierto sobre el cuello; Arnulfo sacó la pistola mientras mi tío jue a recoger su arma recargada contra el capulín.

—No, señor, es una confusión; la niña se asustó, quizás porque soy muy alto.

Y entonces el otro:

—Mire, nosotros somos ingenieros y vamos rumbo a Colorines. No queremos problemas.

—Ah, ¿conque son ingenieros? No me diga —mi tío Jesús dándole un piquete en las costillas con su rifle.

—Sí, señor, ingenieros de la presa. No me empuje; esto les puede costar muy caro, ¿qué les pasa? No les hemos hecho nada —con la cara descompuesta al voltear a ver a su compañero.

—Conque de la presa, ¿eh? —machacaba Arnulfo.

—Sí, señor, ingenieros de la presa.

—Y les gusta espantar niños, ¿eh? —levantando la culata a modo que le juera a pegar.

—No, señor, no espantamos niños. No entiende; se asustó solita con los ojos de borrego acorralado.

—Hágase pa la pader, los dos pa la pader; si se mueven, los mato, ¡verdad de Dios!, hijos de la chingada; así los quería ver, punta de cabrones —los sentenció mi apá, con los dientes apretados y una cara de coraje que nunca le había visto—. Doña Chenchá, ande y toque la campana: ¡ya cayeron!

—¡Ya agarraron a los ingenieros!, ¡ya agarraron a los ingenieros! —nos desgañitábamos entre las casas cercanas y la gente al llegar.

Al juntarse la bola, la lumbre empezó a ardernos por dentro como ocote encendido:

—Canijos. Ventajosos. Aprovechados —y más luego— cabrones, hijos de puta, a ver si con nosotros pueden —al sentir el cale.

—Párteles la madre, Crisóforo, friéguelos, zúmbales, Arnulfo, pégales duro, apá —lo animé y entonces comenzaron a darles de culatazos y éstos a medio defenderse al parar algunos golpes, al caminar patrás.

—¿Qué les pasa? No les hemos hecho nada. Ya nos vamos. Párenle, párenle; por lo que más quieran, déjennos ir.

Las señoras empezaron a aventarles botellas y cosas; los ingenieros corrieron uno hacia la canal y el otro pal cerro; ya teníamos piedras en las manos y rápido los bajamos; mi apá y mi tío alcanzaron a uno, y Arnulfo, al otro.

—Tengan su merecido, abusones, ingenieritos cabrones. Tengan pa sus postes. Tengan pa su presa. Hijos de la chingada. Tengan pa su entierro.

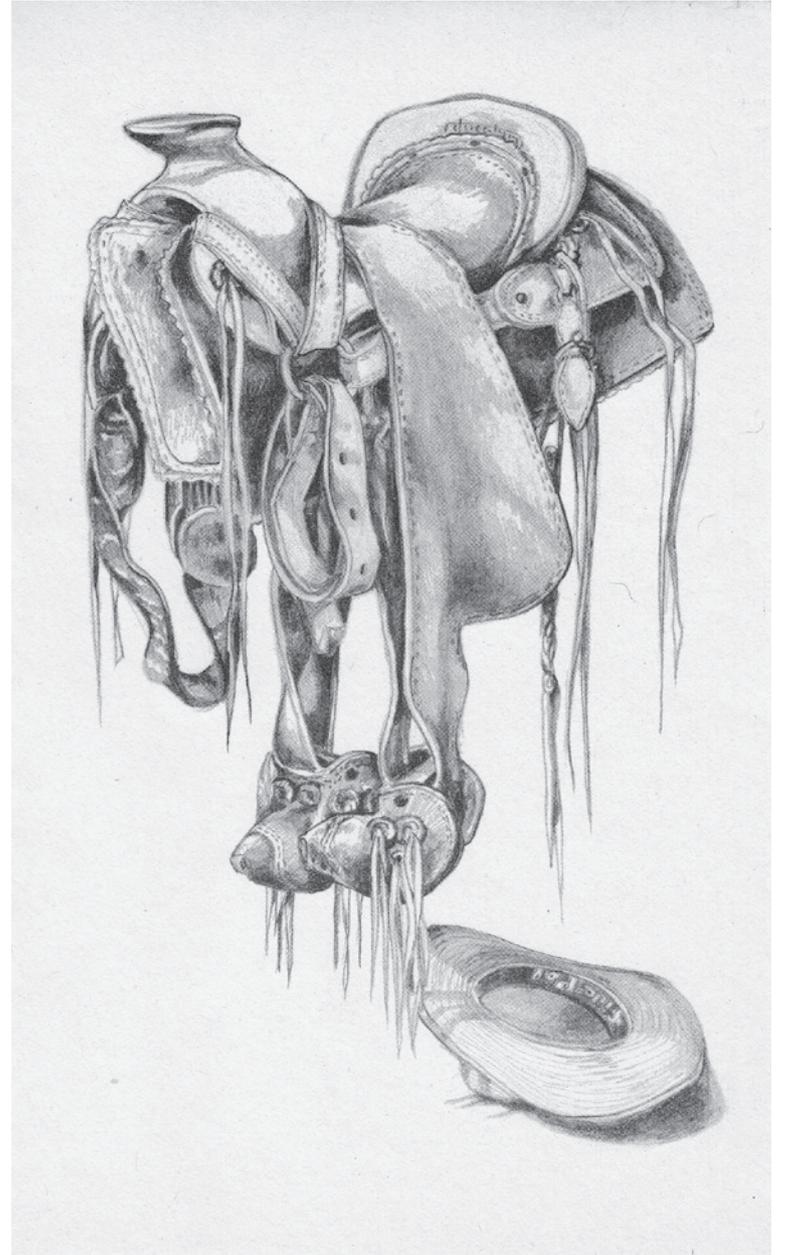
—Yo me subí a la camioneta, mero arriba, pa devisar, por los grandes que se pusieron enfrente pa darles mejor; también quería ver si traían niños encostalados y soltarlos.

El güero, de rodillas en la tierra:

—¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? —repetía con ganas de figurar que era muy santito al momento de un pedernal grande reventarle la nariz y un chorro de sangre escurrirle por los labios y la barba, y el otro revolcándose parecido a un tlacuache apaleado lleno de tierra sin poder levantarse por las patadas.

Las piedras siguieron tronándoles sus huesos y sus dientes y cabezas y arrancándoles los pelos y la ropa; la sangre se les salía en borbotones; salpicó a muchos, sobre todo a unas señoras que jueron a echarles piedras grandes en la cara cuando se cayeron, cuando quedaron bien engarruñados, cuando quedaron bien muertos, cuando se empezaron a acercar los perros.

Merecido se lo tenían. Por eso ya ninguno va a regresar por aquí. Por eso ya ninguno va a regresar por aquí. Por eso ya saqué a mi muñeca de su escondite.



—Melitón Ambrís ha sido el inventor más famoso de Valle de Bravo. Era hijo de don Pomposo Ambrís y doña Doloritas. Inventó, entre otras cosas, un portatacos —que no de billar, sino para comer— y la famosa carteralarma. El autosonoro mecanismo se desconectaba con facilidad por el dueño, al introducir la mano al bolsillo; si éste se desconocía, como es de suponer era el caso de un ladrón, de esos desconsiderados de la ciudad de México, el incomparable mecanismo, tecnología de provincia para su sorpresa, emitía el aviso e inclusive llegaba a dar toques.

No sé por qué nunca prosperó para venderse en el comercio. Hubiera sido artículo de exportación!

Tirso Patiño II

—Juvenal, anda, vete pa la herrería por si algo se ofrece.

—Sí, don Tirso, ya verá que pronto se pondrá bueno con la medicina, nomás no le falle.

Agustín Mondragón el papá de los gemelos que tenían la botica en los portales, le había dejado tres frascos. Uno de ellos de color fresa me dio buena señal. La botella era grande y cuadrada, parecida a la que tomé para el espanto, cuando se me desbocó el Conejo, un cuaco tostado de mi papá.

Mi patrón llevaba tiempo enfermo. Al principio creí que se aliviaría, pero no fue así. Ya casi no iba al negocio y la poca chamba se acabó. Yo estaba chamaco y no era de fiar. Apenas comenzaba a noviar. Conforme pasaban las semanas, él, que siempre caminaba derechito, se fue enconchando como gallo con piojo blanco. No

se lavaba la cara ni las manos. La barba y el pelo se le amarillaron. Vivía ausente, como perdido en lo sumido de las barrancas, donde da lo mismo voltear para cualquier lado;

Salí inquieto para afuera. Se le empezaba a poner la cara ceniza y la mirada opaca. “Voy que le traigo al cura —se me ocurrió de repente—, ¿qué tal si se muere sin confesión y se va derecho a la lumbre? Pero ¿y lo lioso que es con los padrecitos?”, me brincó luego luego. Para pensar bien, me senté en la banquetta;

Don Tirso era católico ferviente y no le fallaba al rezo. Muchas tardes lo sorprendí de rodillas junto a su cama con el rosario en la mano, más tras de habersele muerto su mujer. Sin embargo, a pesar de ser muy creyente, se ponía a discutir con los padrecitos. Ahí estuvo su mal. Para estar en paz, uno no le puede fallar ni a la Iglesia ni al gobierno. En una catequizada, les dijo que si las indulgencias plenarias se compraban, los ricos podían curar sus males con dinero y ésas no eran las enseñanzas de Jesús. Todos se fijaron en él, y el padre Juan no le contestó;

Un día se disgustó al venir el arzobispo de México a casar a unos ricos del Valle. “¿Por qué no venía cuando se matrimoniaban los pobres?”, le preguntó molesto a un fraile que recogía limosna a la salida del casamiento. A un padrecito que pidió ayuda para comprar un cáliz nuevo, de esos de oro que ellos usan, le dio un jarro. El padrecito lo rompió en sus pies, y le preguntó si eso era lo que él creía, para el sacrificio de la misa, digno del cuerpo y la sangre del Señor. Don Tirso tenía sus caminares y ni así aprendió. La curiosidad es que la misa no le fallaba. Traía colgado un crucifijo en el pescuezo;

Nadie más que don Tirso y su perro vivían en la casa. Su mujer y su compadre Chema, igualito que muchos, se murieron de la fiebre tifoidea. Esto lo acababa de fregar.

La tifo y la bola causaron la mar de estropicios. La fiebre agarró parejo. Acabó con los unos y los otros: los que se levantaron en armas y los pacíficos. Dando la enfermedad, la gente se empezaba a poner pinta como huevo de guajolote, y de ahí a tristear hasta morir. El pueblo entero tuvo a quien enterrar. La mortandad era igual en las casas grandes que entre los pobres. El cementerio se cundió de amortajados. A cada rato pasaban los entierros. Las planificadoras hicieron su agosto. Los padrecitos no se daban abasto con las misas. Los rosarios bullían de tantísimos cristianos. Ya luego dieron por no hacerse. Dizque ahí se agarraba el contagio;

Fue una época muy dura. Nadie sabía cuándo le iba a tocar. Las reuniones de lo que fuera se suspendieron. La gente se la vivía encerrada, y si salían, era para ir a enterrar. Se usaba el pañuelo de tapaboca para hablar sin respirar el aliento del otro. No había mujer que no anduviera de negro.

Don Tirso era muy dado a dar. Era amigo de todos, vivos y muertos, pero no tenía amigos. Cuando empezaron los muertitos, se dedicaba a enterrarlos por pura caridad. Ahora ya nadie se acuerda; mas sin embargo, aquí en el jardín de las ramas de los fresnos ahorcaron a muchísimos. Se llegaron a quedar ahí semanas enteras, meciéndose con el viento del mediodía, con sus lenguas negras que les colgaban una cuarta y más debajo de la barba, llenos de moscas. De la punta de ese masacote grueso en la boca, escurría sangre negra pastosa que manchaba el empedrado; las auras y quebrantahuesos, parados en la cabeza y en los hombros, rematándolos en la cara y ojos. Esa peste

agria y tibia de muerto calaba los muros, la ropa y hasta las flores del jardín. Don Tirso enterró a muchos de ellos;

Por otro lado, me acordé cuando don Tirso fabricó el cañón defendiendo al pueblo. Hasta los curas fueron a felicitarlo. Ellos también le reconocieron el susto que le metió a los bandidos haciéndolos huir. Después de la cañoneada en la plaza de los Tres Árboles, se volvió el héroe de Valle de Bravo. Igual, al atrincherarnos aquí en el mismo pueblo, en el cerro de la Bolita, arriba del mercado. Entonces el disparo fue hacia el cerro Alto; y es que los zapatistas dieron por venir del otro lado, rumbo de Acatitlán. Esas veces llegó a haber harto gobierno. Vinieron a defender Valle de Bravo. Con todo, el cañón se lo pedían y cada mechada era una gran rumbadera. También, no sé de qué suertes, hizo unas bombas de cuero amarradas con un mecate, y como si fuera feria, a la vuelta y vuelta las llegábamos bien lejos con chicos tronidotes.

En todo esto pensé y por eso discurrí que le podrían dar una oportunidad. Decidido, a buen andar, llegué pronto a la iglesia del jardín, donde aguardé al padrecito. Estaba confesando;

—Padrecito, ¿quiere usted venir a ver a don Tirso? Lleva muchos días enfermo y ya se va a morir. Hágale el favor de ir a verlo. Por favorcito, padrecito;

El padre me dio una mirada de esas que son rareza. Alzó la vista y anduvo varios pasos con cara de no sé qué hacer; ya luego me ordenó mientras se empezaba a remangar la sotana:

—Anda allá afuera y espérame;

—Sí, padrecito;

—¡Ah, qué don Tirso! —pensé para mis adentros—. El padre la verdad es que no quiere ir; no lo culpo.

Esperé largo rato, y cuando creí que ya no iba a venir, lo vi acercarse. Igual que siempre, se acomodó para andar en la calle, su traje negro limpiquito, con camisa de cuello muy blanca y almidonada y unos zapatos negros acharolados;

Por saber donde era la casa de don Tirso se encaminó muy serio. Yo lo seguí de cerca. Al llegar me adelanté para darle el paso, aunque la puerta no tenía cerrojo;

Adentro, la pequeña ventana que era un boquete estaba atrancada. El cuarto de adobes despostillados, anclando los siglos, sólo recibía la luz de la puerta abierta. En el suelo, contra las paredes, las cajas de cosas y ropa. Repegada al muro, la cama de tablas mercada por don Tirso y, sobre ella, mi patrón como un bulto. A un lado, una pequeña mesa de encino roble con más años que Satanás, pero aún fuerte por razón de su madera. En la mesa, quelites de sual y quintonil y unas tortillas duras; de seguro eran sobras de la comida de don Tirso, recién. Junto, un manojo de hojas de salvia para té. Al pie de la mesa, una silla corriente de madera bofa con asiento de zacatón:

—Ave María Purísima —canturreó el cura al entrar. Don Tirso estaba con los ojos cerrados. Yo le respondí:

—Sin pecado concebida —el cura me vio molesto;

—Está dormido, padrecito —me excusé, y le arrimé la silla—; siéntese usted, padrecito;

En ese momento don Tirso abrió los ojos, y mientras más los abría, más grandes se le ponían;

El padre, a la vista de don Tirso, sentado con el misal en las piernas, sacó de la bolsa ese cincho que se cuelgan y tras besarlo se lo puso al cuello con cara de yo no fui. Apartó sobre la mesa unas

botellitas bien chiquitas plateadas, y revisándolo con una ternura dulzona de borrego y con una medio sonrisa quedo:

—Tirso, hijo mío, hijo de Dios como somos todos, ¿quieres purificar tu alma a los ojos del Señor?

—Mi patrón se jaló más a la cara la cobija, caída hasta el codo. De pronto el cura se levantó de un brinco mientras apuntaba debajo de la cama. En mi sordera no oí el gruñido del Cazador, el perro de don Tirso, al que descubrí al asomarme:

—¡Sáquese, perro! —le grité. Al no salir, agarré el bastón de don Tirso. Hacía unas semanas se lo había agenciado para ayudarse a caminar. Le alcancé las costillas al perro y se huyó del cuarto, con la cola entre las patas. El padre, repegado al muro por si las dudas, con cara de por qué vine;

—Siéntese, padrecito —le repetí—; ya se fue, no hace nada;

Mientras se sentaba algo nervioso, don Tirso, con el vozarrón de adentro, el de siempre al tomar una decisión importante, fijo con sus ojitos húmedos de rabia, y la poca luz pasmada que apenas le acariciaba la cara, le sentenció:

—Cuando use huaraches y sarape como Jesucristo, venga a confesarme... ¡antes no!

El padrecito, apenas de acomodo en la silla, volvió a resortear de golpe. Transformado en un instante, con la cara coloradota y el gesto torcido de la boca, le contestó:

—¡Ah! ¿Tú crees que tienes el derecho a confesarte a placer y que debo venir como a ti se te hincha?, indio ladino, allá te haya; quémate en los infiernos por toda la eternidad, ¡nomás eso me faltaba!, ¿qué te has creído?, blasfemo, irrespetuoso, ya lo verás por ofender a un ministro de nuestra Santa Madre Iglesia, yo que de

acomedido vengo hasta aquí sin más nada; eso me saco por esperar algo bueno de ti;

Nunca vi al padrecito tan muino, queriendo encandilarlo con ojos de tizón, de esos que mandan a la tiznada; lo divisaba como si fuera un perro sarnoso, sin saber cuánto decirle y hacerle para apaciguar su coraje; con la mandíbula tiesa lo señalaba con el dedo, igual que desde el púlpito al echarse sermones corajudos, de esos de muchos pecadores, y anunciarles de cincho el castigo eterno; se le caían las cosas por el temblorín de las manos; las botellitas no las podía ni agarrar; se le rebotaban en la mesa y entre los dedos; al levantarse, había tirado el misal;

Don Tirso lo tenía fijo con la mirada quieta y silencio. Los dientes apretados; la narizota bien colgada, casi tocándole los pelos de la barba blanca; enderezado para escucharlo mejor, agarró fuerte la cobija y dejándola caer, descubrió el pecho encamisado de coronel, que al esperar las balas, orgulloso lo hincha frente a los mausers; los pelos paradotes en la cabeza por estar recostado tanto tiempo retacando el verbo;

—¡Que te quemes en el infierno para siempre! —le gritó el padrecito al salir, volteándolo a ver como para rematarlo con la palabra, y echarle ácido caliente, en anticipación a lo que pronto le esperaba;

—¡Aprenda de Jesucristo! —resopló mi patrón, mientras presuroso quise acompañarlo. No sé de seguro si lo oyó, pero más bien sí, pues al verme me ordenó encabritado:

—¡Déjame solo, no necesito de compañía! —me quedé quieto, pues la cosa no estaba para buñuelos. Además el cura tenía sus maneras carambas. Fue el mismo que pasados unos años le retiró

el encargo de vestir santos a la mamá de Rutilio Quincoces, el de la Bella del Valle. A pesar de que muchos le pidieron retirarle el castigo, pues la dejó en la miseria, nunca quiso. Era como de coraje curtido.

Pasado un tiempo, don Tirso empeoró. Todavía llegó a salir de la casa algunas veces a calentar sus huesos al sol, con un mirar oculto, escondido en sus pensares. Fui a informarle a su hermana Sadó, que después fue la heredera de Tirso. No dijo si iría a verlo. De seguridad supo lo del padrecito.

Ya se me empezaba a dificultar visitarlo. Nada quería y ni siquiera hablaba. Pasado un día entero sin verlo, lo encontré por parte de mañana, bien muertito en el piso junto a la mesa. Se conoce que fue por algo, y ya no pudo regresar. Ahí se quedó como un animal, solito. El Cazador se fue. Nadie le daba de comer y prefirió llenar la panza que acompañar a su amo. Se ha de haber buscado otra casa. Pobrecito de don Tirso.

Nadie se acomedió a dar sepultura a quien salvó al pueblo. A aquel que tantos había enterrado. Lo de héroe le duró muy poco. También lo de amigo de todos. Su hermana no quiso recibirme y le pasé el recado con la sirvienta: “Dice que muchas gracias por haber venido” y con eso me despidió.

Sin saber qué hacer, fui por mis amigos, entre ellos Cosme y Vicente. Ellos nos ayudaban a veces, y le agarraron cariño con lo del cañón. También me agencié a Rafael y a otros dos. Los seis lo enterramos sin caja, con su petate amarrado alrededor del cuerpo, para no sentir feo de echarle tierra sobre la cara.

Pasado un mes ya sin otra cosa, la señora León, mamá de Rafael, se ganó una misa en esas rifas de la iglesia para juntar más limosna. Cuando dejaron de vender indulgencias, empezaron con lo de las rifas.

Acordándose del muertito se la ofreció. Para su sorpresa, fue anunciada como “misa para un difunto”, sin mencionar el nombre de don Tirso;

El padrecito le había guardado el rencor, y se la hizo pagar después de muerto. La misa se quedó sin dueño y don Tirso de seguro no la pudo reclamar. Por eso les digo que no hay más que Dios y gobierno, y con los dos hay que estar bien o se lo carga a uno la chingada.



—Y cuando estuviste en Zacazonapan, ¿qué, Enrique?

—Bueno, en Zacazonapan, propiamente ahí no trabajé, adelantito —acertó con su tez atabacada y sus setenta y tantos años de sonreír primero y averiguar luego—: había un patrón con un machete así de grande, que casi no se aguantaba. Con él en un día escardaba lo de tres.

—Será porque trabajaba y ustedes eran puros huevones —le interrumpió uno de los amigos.

—No. Ora lo verás. Tenía tratos. Al término de la cosecha le dijo mero enfrente de nosotros a su encargado: “Anda y mata una res pa comérnosla, nomás que como ya sabes no le quites las patas. Se las dejas pegadas al cuero”. Pos en parte de tarde y parte de noche nos la comimos hasta hartarnos, sin saber onde dejaron el cuero. A la mañana siguiente, nomás les digo que la mismísima res, que nos habíamos zampado, estaba pastando como si nada, ¡verdá de Dios!

Tal kual

Mira, si no fuera por el sereno, ese sereno kanijo de monte, de tierra fría, a lo mejor yo sería esposa de koronel i be tú a saber, asta de jeneral. I es ke aí, la noche al kaer esprime el sudor del día i al escurrirse empapa kon un kalor komo de fríos, gotoso, ke enguachina los ojos.

Tiradota entre la tropa, los korridos kantados por el Agustín ese, ke mi jeneral Pacheko se abía yebado de Baye de Brabo, por el pribilejio de su bos kon su guitarra, me agarraron masiso; embo-bada me kedé fija al sielo, esde el primer lusero de la tarde, asta ke el aradito pasaba más de quarta i media de aber salido e detrás del serro. Según, me dijeron, esa noche además, se kanteó la bía láktea.

Klaro, la bista se me estrabíó, pos los ojos se me serenaron i a partir, no la e buelto ayar.

Por otro lado, no le aunke, pos no me arrepiento. Bibí kon kuarto machos i por mucho jeneral ke me ubiera ubido, me abría kedado korta de garañón i mui sobrada de estreyas.

Béngase, mi gatita. Sabes, le gusta akostarse akí en mis rodiyas, así, bes, pero no asepta karisias. Si le insisto me tira arañones. Mejor la dejo y me sirbe de kalentón. Por su kolor anaranjado, Pakomio le puso la Mandarinina de nombre i se le a kedado. Anda, asérkame los serrillos, deben estar junto al fogón, pa echarme un sigarrito.

De mi pueblo me sakó un federal a la fuersa i a los tres días lo mató un sapatista, kon kien me enroské aí mismo, junto al pinche muerto, ganosa, nomás pa fregarlo. Eso kreo le yegó al kapitán, pos me agarró respeto, porke aparte se me subió lo jirita i asta oi no se me baja, nomás ke ora soi jirita suabesita. Sería el tiempo, pero en esa época komíamos komo pajaritos i kagábamus elefantes.

A mis papás i a mis ermanos, los mataron los federales la bes ke la bola me yebó. Él tenía la tienda del pueblo i lo akusaron de surtir a reboltosos, i era sierto. Tenía fama de mui macho kon las mujeres i le sobran; por eso le yamaban el Kalifa, bes. Lo rekuerdo alto kon el pelo kebrado. Mi mamá, buena pa la kasa, de ai no salía. También alta, era más fornida ke mi papá. Yo les ayudaba en lo ke podía, más nunca ubo tiempo de enseñarme a leer i eskribir i ora de siega pos ya ni modo, i lo ke es más ni lo nesesito, pos pa eso está la memoria i kien eskribe se le olvidan las kosas, pos no la tiene entrenada. Kon las jentes kon ablar basta, i pa eso las orejas i la lengua, la ke solita se impone a repetir lo ke oye, tal kual, tal kual.

Aí entre las balas me enseñó a uesera una a kién le nombraban la Makaria, pos kon tantísima friega no se daba abasto i los pobres

demandaban su akomodo. Una buena sobada de alkol i iodo les asía lo ke una kama muyida; si no, kon puro aguardiente i a otra kosa.

El mismo Agustín ese, bes, fue kien me trajo a Baye de Brabo, pos kreo sentía kulpa por lo de mis ojos. Le sirbió pa eskaparse de la rebolusión ke lo traía kansado i aturcido, pos el salto de mata, muchas beses no se yebe kon la boteya i la flojera enkajada, bien enkajada ke yebaba por dentro. Lo dejaron irse konmigo del brazo, seguros de no perder ni arriesgar nada, i en realidad así era. I es ke el papá de Agustín tubo la kulpa.

Susedió por éste no saber, al enkontrarse un día sin nada pa darle de komida. Al regresar kon las manos basías, se le desbarrankó el burro i en bes de dejarlo i buskar kelites, lo destasó i se yebó la karne pa su kasa, kon el inbento de ke era de una baka bieja i por eso la abía komprado barata en el merkado. Lorenzo, ke así se yamaba, se las dio bien tostada, a sus ijos esos, Pakomio, Urso i Trankilino, los tres mayores i Agustín, niño algo kresido i a su esposa Cholita. Esde entonses, los kuarto ijos se bolbieron flojos i borrachos i klaro está, pos son machos i un macho, ya se sabe, no puede komer karne de burro sin ke esto le pase. El mismo Lorenzo, impuesto de por sí al trabajo, también se aflojó. De ai ke Cholita empesara kon el negosio de la fruta de orno, ke salía a merkar al pueblo i a las fiestas komo las de la Asunción, la del Señor del Perdón en Temaskaltepek i otras muchas; onde kiera yegaban a plasear esa Cholita kon su sombrero i ese don Lorenzo de kompañía, de repetida bes tras bes, toma y toma.

Al yegar, el pueblo me tubo konsiderasión, pos a un siego se le beía de raro por akí, i por eso mi mal impuso más lástima. Agustín

me yebó a su kasa kon Lorenzo i doña Cholita i sus tres ermanos, toos Bermejo de apelatibo.

Kon sus kuarto i medio berdulones, doña Cholita ya bibía en el dos de la kaye de las Delisias kon su orno. Éste se afamó por sus mansanitas, peritas, abeyanas, charamuskas i trompadas de kanela i de limón, i klaro, por sus rosketas de semana santa ke le pedían las neberías de esas doña Josefa i doña Meme, pa akompañar la niebe de arrós i los mantekados.

Akí bibí el final de la bola kon el kañonaso de ese Tirso Patiño, el biejo errero, ke tamaño susto les metió a mis kompañeros de armas, al uir sin poder entrar i el kontento de esa doña Cholita de salir a las ferias a bender, los kaminos algo trankilizados, onke le duró poko el gusto. A los dos años murió de una kaída, por la falta de banketa de propiedad enfrente de su kasa. No pasaban ni dos meses kuando ese don Lorenzo la siguió.

Doña Cholita, esde el prinsipio me dio a bender por las kayes fruta de orno i si no bendía mucho, al menos sentí pagar la karga ke en kasa pobre otras muelas suman, i asimismo, bes, me sirbió pa konoser a la jente de akí. A la muerte de los señores grandes, esos baketones, kon trabajos yegaban a ensender el orno dos beses por mes i asta la poka fruta ke bendía se me akababa i era un estar rogándoles pa animarlos a kosinar de buelta. Kasi todo el dinero de la benta se los entregaba, pos yo estaba en kasa de eyos i no asían más ke tomárselo. Nabegaba komo marinero pa sakar unos kuantos fierros.

Al tiempo, pa ayudarme, empesé a ir kon torsidos i enchuekados i atenderlos a puro palpar, ayudada por la buena mano ke me dio esa Makaria i el sexto sentido ke lebanaté pa reponer el perdido. Sentía i

siento esde siega más ke antes, onke mucho me gustaría ber, onke sea un ratito, siertas kosas ke kisiera recheckarlas kon los ojos, onke de berdad, en berdad no es nesessario; nomás es kosa mía.

Recién yegada me emparejé kon Agustín i kon sus kansiones andube un rato, asta ke de tanto estar i kon la flojera i las borra-cheras de éstos i la muerte de los señores grandes, a saber, los otros se binieron a frotar konmigo i me repartieron kon la boteya, a mí sin faltarme, bes, pos entre los kuarto asían más ke uno. Pakomio, serio i fuerte, sus bigotes chorreados apuntando suelo, se mobía solemne komo yunta en el surko, sus pisadas sekas komo en espera una de la otra. Urso bajito i más bien suelto era el ke sabía akarisiar. Trankilino era un no saber pos la umedad, las fechas, la plátika, too le afektaba i asta el biento kolado por una bentana abierta lo asía kambiar.

Presisamente un beintiocho de disiembre, día de los Santos Inosentes, los kuarto andaban en la kantina de María Karransa i yo me abía desbestido i akostado temprano, entradita la noche. Entonses ese Agustín i yo okupábamos el kuarto ke fue de sus papás i traíamos líos porke no me kumplía al andar en las toma-deras. Él, alegre de kostumbre, se apagó i asta kon sus ermanos traía pike.

De estrañesa sentí a mi ombre meterse a la kama, pos ese Agustín me tenía impuesta a ke yegara más tarde; de repente sentí las manasas grandes de ese Pakomio, una sobre mi kuerpo, la otra tapándome la boka i su pierna desnuda sobre mis muslos. Pasada la sorpresa, me libró de la mordasa i nos enmarañamos komo tronko y madreelba, pos nos traíamos fijasón i aí mero la deskita-mos; su saliba de un sabor de lima pasadita. Al rato, las kansiones

de ese Agustín esde el patio me dijeron too lo ke kería saber, asta perderse en los adobes, testigos de un amanecer suabesito, kon unas tortolitas bersando en una rama afuera de la bentana.

Enfrentar a los ermanos o enselar a ese Agustín, no era propio ni deseable, por lo ke a la siguiente noche al bolber a los mismos kaminares i rekonoser a ese Urso, sentí la kalma i repetí el abraso, esta bes kon un tayo de manos alisadas, komo de tejedora de milagros i en el sosiego de las oras sin tiempo, mesimos nuestros kontentos.

Ese Trankilino, a la otra noche yegó asta las tantas, yo kon el ojo pelón pos abía kaído esa tarde en una larga siesta. Lo animé de a pokitos, kietesito pa no empañarlo i así, de a pokitos agarró su autoridá i la beredita i entonses no paró de bersar, de pujar i de echar unos berridos de muchachito remilgoso sin bergüensa, pero en lo suyo kon logro, más kargado ke elotito tierno, su piel de un sabor fuerte, komo de káskara de auakate krioyo.

El penúltimo día del año yegó ese Agustín, mi Agustín, fuerte, nuevo, kon olor i sabor de ombre too él i tal fue nuestro gusto, ke jamás e buelto a pasar el fin de año kon otro ke no sea él; nos lo prometimos i por eso, esa noche siempre lo abré de esperar, no importa ke ya esté muerto. Ese Agustín es el úniko ke me iso, en medio de mi oskuridad, ber berde, el kolor ke siempre a sido mi preferido i ke rekuerdo komo ningún otro.

Esde lo susedido, se akabaron los problemas entre los ermanos i los míos kon ese Agustín i solo se respetó el orden, al empear ese Pakomio el primer día del año i terminarlo Agustín, uno por ser el mayor i el otro pos por aberme traído. Si por alguna rasón uno fayaba, ya sea una o barias noches, por sus borracheras, los

demás esperaban i yo me kedaba solita deskansando pa reanudar kon kada uno de pareja i de parejo, bes, porke en lo oscuro me les igualo, pos pa eso, ¿kién kiere la lus?

Tendría unos kuarto o sinko años de aber yegado kuando me animé a arreglar el kuarto de enfrente más serka de la entrada kon una kama onde sobaba, tronaba uestos i akomodé astiyas de algunos kebrados, kon los ke empesé a usar trementina de okote de soldauesos. Junto a la puerta puse en una mesita la benta de fruta de orno.

Algunos arreglados me empesaron a tener fe i por eso, bes, me traían otros klientes i así fue ke yegó ese padresito Rodrigo, ke buen susto me metió de prinsipio, pos tenía fama de korajudo. Yo no me metía kon los kuras i al entrar uno en mi kasa me asustó. Él fue el mismo ke se abía molestado kon Tirso Patiño, el del kañón ke ya te konté, i le negó darle nombre a una misa ke le ofresieron después de muerto. A mí la plática siempre me a gustado i así me enteré de ésta i de otras más del dichoso kurita, por lo ke me fui kon tiento, dejándolo enkaminarse sin saber por donde iba a saltar:

—Buenos días, hija, soy el padre Rodrigo.

—Pásele, padresito, pásele a su pobre kasa —me lo imaginé trajiadito too de negro kon el kueyo blanco komo aura al yegar a un palo, mobiendo el piko a los lados, pa rebisar kién, dónde i cómo—. ¿No gusta una frutita?

—No, hija, gracias. Venía a verte por mi espalda. Anda de achacosa. A ver si una buena sobada me compone —i klarito sentí el kuarto engarrñado kon su nerbiolera.

—Klaro ke sí, padre. Pásele i akuéstese. Ágame el favor. Kítese lo ke traiga de kobijo. Nomás déjese la kamisa —kon el bastón indikándole el kamino al kuarto.

—Sí, gracias —i lo oí pasar.

—Akuéstese boka abajo, por favor —al yo entrar i mientras me kalentaba las manos kon un arreglo de alkanfor i opo del do, ke el señor Mondragón me rekomendó en la botika, el cuarto chiko kon una kama matrimonial, su kolcha i una imajen de un santito pa trunkilisar a la klientela. Esto me lo bendió una besina al mudarse. Parte me debía por unas friegas de alkol de kaña ke le abía dado.

—San Jorge, el santo patrono de los ingleses —me afirmó, seguro kon la kara asia el kuadro, al kitarse la ropa—. Es raro verlo por estas tierras, ¿de dónde lo obtuviste, hija?

—Era de la debosión de mi mamasita, padre. Fue lo único ke pude sakar de mi kasa en la bola —la kabesa kaída en seña de rekojimiento, el karro de la leche afuera, ruidoso, al regresar de kompletar su entrega de kada día.

—Lo siento, hija, pero ya ves el sufrir de todos en este mundo. Sea por el amor a Dios y por ganarnos en el penar terreno, tan sólo temporal, un lugar junto a los santos y los mártires en el cielo, en la vida eterna; a personas bellas como tú, privadas del sentido de la vista, se les ofrece cual si fuera un regalo del Señor, la constante penitencia, camino de abrojos y con ello, seguro conducto a la vida verdadera —¿pos éste?, ¿ké se trae?, pensé al sentirlo korderito, lo lobo bien eskondido. Boi ke trae kola mastiké, al frotarme las manos ya kalientes.

—Gracias, padresito. Akuéstese, de favor.

—Ya estoy listo, hija mía.

—Lebántese la kamisa, padre, no se la baya a manchar, bea usté— i tras esperar un momentito, las manos aseitosas, lo empesé a sobar, los múskulos i la karne aguada, brinkosa al takto.

—Aflójese, padre, suabesito, pa ke lo kaliente penetre —unos chamacos al pasar grita i grita entre sus juegos.

—Sí, hija mía, sí. Dime, ¿cómo te va con las sobadas? ¿Deja el negocito?

—Pokito, padresito, pokito —i pensé, ya kiere además su limosna—. Apenas alkansa pa irla pasando de pobre —i se kedó kayado un rato; yo okupada en mi asunto, pa darme kuenta de la respirasión ke se le empesó a ajitar, komo perrito, la kolcha resuena y resuena el mobimiento de sus piernas i sapatos. Retomando la plática:

—Oye, hija mía, ¿tú conocistes a doña Engracia, la del mesón? Pasadito un año se murió, ¿la recuerdas? —ora sí me pikó la kuriosidad, pos algo le konosía a ésa.

—Nada más de pasada temprano en el merkado. Pobresita. Ya estaba grande.

—Así es, hija mía, pero tenía una gran cualidad, digna de una gran señora —i se silenció en mi espera i yo no aguanté:

—¿Kuál, padre?

—La discreción, hija mía, la discreción. En pueblos chicos ésta es una gran virtud, ¿no te parece?

—Klaro ke sí, padresito —i por las ramas, lo sentía aserkarse, kauteloso el muí ladino.

—Pues a mí me parece reconocer en ti el mismo don. Sabes escuchar y la gente te confía, pero no andas de chismosa como las demás —i la yabe de la pileta se kejó kon ese lamento largo i desafinado ke ase la tubería de bes en bes.

—Favor ke usté me ase, padresito.

—Mira, hija mía, de eso yo conozco un rato largo. ¿Te imaginarás mi saber con la confesión? —i yo no le paraba a la sobada,

sorprendida de la konfiansa del padresito konmigo, así de primera bes.

—Sí, padresito —i sentía sus ojos kalándome, rebisándome, midiéndome, i no dijo nada otro rato; yo palpé y palpé; sus latidos más rápidos, más fuertes en las yemas de mis dedos; su jadeo komo de kien maltrata al silencio; su kuerpo mojado kon las primeras gotas de sudor.

—Hija mía, quiero pedirte un favor —ya yegó imaginé, ya yegó.

—Dígame, padresito. Kon gusto —eso de ke el padre me debiera un fabor me kuadraba, bes.

—Hija mía, te voy a dar mi confianza y eso nada más por tratarse de ti, por tu discreción —i ora la yabe al estornudar empesaba su goteo en el agua de la pileta.

—Sí, padresito —i seguía y seguía amolándole la espalda, a estas alturas, yo también nerbiosa, komo panadero desbelado, al amasar de rapidés antes de ke le amaneska.

—¿Conoces a Encarnación, la hija del talabartero?

—Sí, padresito. Bibe akí a la buelta —i lo sentí toro raska i raska la tierra, inseguro, otra bes kayado, i por eso lo empujé: —dígame, padresito. Téngame konfiansa.

—Ay, gracias, hija mía, ¡me alivia tu confianza! Pues... pues... quiero... quiero que me arregles una cita con ella, que sea aquí en tu casa, por la noche, dile que la quiero ver, dile que necesito verla, dile todo lo que yo no puedo decirle, díselo con suavidad, díselo poquito a poco, no la lastimes, vete con tiento. Ay, hija mía —sentado en la kama, perforando la negrura de mi bista, mi mano en la de él—. Que sea temprano, que sea cuando los hermanos Bermejo estén en la cantina, aquí, en este cuarto. Tú mídela y ayúdame, que sabré recompensarte.

—Sí, padre, pierda kuidado. Komo doña Engrasia, también soi diskreta, mui diskreta, be —i rápido me di cuenta de mi bentaja, en tanto en las tejas del techo unos ratones kuchicheaban i mordían un palo, komo pafilarse los dientes.

—Mira, hija, uno no puede ni debe inmiscuirse en los desig-nios del Señor. Lo escrito, escrito está, y a nosotros nos toca alabar su santo nombre.

—Así es, padre —i lebandado se bestía, juntito a mí, pos el cuarto, el kuartito era muí chikito.

—De verdad la sobada me relajó cantidad. Dios te bendiga, hija mía. ¿Cuánto te debo?

—No es nada, padre —i malisiosa, le adelanté—: después nos emparejamos.

—Sí, hija mía. Dios bendiga tus buenas obras —al salir me esperaban unos niños ke kerían unos marranitos de dulce.

Así fue komo empesé, pos el negosito, komensó esde antes ke estos serros. Doña Engrasia muerta, a mí me tokó seguirla, bes, en este ofisio ke tubo sus atabares, pero ke mucho sirbió pa regar kon-tento a la redonda. Fue el kaso de la Enkarnación esa, kien se afi-sionó tanto a la iglesia, ke terminó kon un puesto de estampas en el santuario del Kristo de Santa María.

Ya bes, ya brinkó la Mandarinina. A de aber oído unos ratones. Me paresió andaban en la kosina i es ke no para de komer kochi-nadas. Por más ke le doi, sigue korreteando kuantto puede, a beses nomás por ánimo de entretenerse. A kada rato me trai lo ke pepena. Mira, sírbeme más pulke pos ya se me resejó la garganta kon la plátika y los sigarros. Búskame mi reboso, debe de estar en este cuarto i échamelo ke se está asiendo tardesito. Gracias. Siéntante.

Pos bien, déjame seguirte kontando. La klientela empesó a subir, entre sobadas i friegas, friegas i sobadas i pronto tube ke enterar a esos kuatro Bermejo; a más dinero, más boteya i eyos más agusto. A las seis de la tarde kaían en la kantina. Aí se kedaban asta pasada la media noche. Los kuatro bien supieron guardar i la diskresión se konserbó en familia, en toa la familia. Yo les dije de la importansia i me isieron kaso.

De prinsipio, yo salía por la nesidad de enkontrar a alguien. Al tiempo, pasaban a komprar fruta de orno i pa mayor konfiansa en el ablar, una sobadita.

—Qué rikas se ven las manzanitas, Clarita —yo sentada en mi siya abajito de la gualdra de la puerta de entrada.

—Tome una, don Bulmaro. Anímese kon una perita o una abeyanita, ke al rato se akaban. Bea usté ke rikas están.

—Gracias, Clarita, más después, ¿cómo andamos con el asunto, oiga?

—Pos kreo ke ya está listo, ¿ke le parese?

—Bien, muy bien, Clarita. Nomás dígame pa cuándo —seko komo braso de patrón, ke lo era en la kasona de don Perfekto a las afueras del pueblo i por eyo pagador de buenas propinas.

En eso oí ke unas personas por el otro lado de la kaye, se aserkaban. Pensé en la sobrinita de esa Genobeba Kinkoses, la de nombre por sus bordados; estaba de visita kon su tía; benía de Berakrus i tenía una bos templuda i manos frías; ni trabajo me kostó, pero a Bulmaro se la abía echo un poko kansada, pa aumentar la paga. Además, bes, le tenía algo de temor al negosio, pos asía dos o tres años ke Bulmaro abía enbiudado, mero en su noche de bodas i no kería problemas.

—Se la tengo pa mañana, pasaditas las nuebe. Nada más, bea usted, ke le pido mucho kuidado con eya. Está muy jobensita —i se arrimaban unos inditos a komprar fruta, i ¿no sería bueno una sobadita pa ke se akabe de alibiar el kodo?

—Mañana paso por ai y a esa hora. Adiós y no tenga pendiente. I seguía la mata dando:

—Buenos días, Clarita.

—Buenos los tenga usté, don Atilano. ¿Kómo a seguido?

—Mal con lo de la rodilla. No acaba de arreglarse, ¿me da una sobada?

—Klaro ke sí, don Atilano, pase usté —i adentro, remangándose el pantalón:

—¿Tenemos novedades? Platíqueme.

—Ya pronto, ya pronto. Usté sabe ke mordido el ansuelo, si se tira mui resio, la trucha siuye. Se la ta tragando. En eso el tiempo es el mejor kompañero —i le sentía ke la saliba se le adelgasaba i la lengua se le asía patinosa, yo soba y soba la rodiya.

—¡Ay, Clarita, ay, Clarita!

—Kalma, ke yo no sé fayar i menos a usté, mi don. Si ba payá, deje la flor en camino; bea no aserse sospechoso; antes nunca usaba i debe aparentar ke no pasa nada o me empeora el asunto —en tanto las kampanas de la parrokia yamaban al rosario.

—Perdóneme, Clarita. Nunca imaginé. Perdóneme —i enfrascado en su rekuperar se bajaba el pantalón—. Con permiso, ¿cuándo regreso?

—Pase el lunes. Adiós— i le oía irse, kambiar el paso, lo aseleraba, tosía, ¿tiraba la flor?, i bolbia a konfirmar mi opinión de mantener a sierta klientela regañada, en espesial a los ombres.

Ese don Atilano, otro serio, pero más serio, de a tiro mula serrana, semejaba niño kon jelatina, del temblorín por juntarse kon Juana, una muchacha norteña de un respirar profundo i manos grandes ke trabajaba de sirbienta en su kasa. Ésa sí me kostó trabajo i más ke trabajo bastante dinero, ke don Atilano aportó, asta ke un día la tal Juana esa desapareció pesuda, don Atilano alijerado.

Por esas épokas el mismo don Perfekto, el patrón de ese Bulmaro i el más riko del pueblo, me bino a ber por una dolensia de kueyo. Resultó andar tras la famosa Beya del Baye, la ke de a pokitos i algo tardadita konbensí porke tenía ke konbenser, pos mi komisión era más ke buena. Lonjina, ke así se yamaba se debió aber impuesto, pos al terminarse lo de don Perfekto, ke duró barios meses, se uyó del pueblo kon un makinista güero de los de la echura de la karretera de Toluca.

La prosperidad, bes, me permitió kontratar un dulsero, pa enkargarse del orno i aser fruta una bes por semana. Me ajensió unos chamakos bendedores kon sus tablas de frutas, ke de pregonos no dejaban a las jentes del pueblo olvidarse de mí:

—¡Fruta de horno, fruta de horno pa su mesa, pa su gusto! Avellanas, peritas y charamuscas de canela. Dos por un centavo. ¡Anímese, patrón; anímese, patroncita! —se les oía en el merkado i al andar entre las kayes.

Los domingos de deskanso, mi empleado me sentaba en una banka del jardín; mi fama de bibir kon kuarto ombres kambiada por la de sostén de kuarto pobres embrujados i no por su kulpita. Amiga de esos padrecitos a kienes les regalé una banka kon mi nombre “Klarita Sienfuegos”, así a sekas, sin los ermanos, pa no lebantar boses. Al mismo tiempo, trabajadora i eksitosa de uesera i

fabrikante de fruta de orno i sieguita pa rematar kon más luses, bes. Así me serbí pa akabar de konoser a la jente, sabedora de toas las kruses, de toas las aspás i meskolansas, silensia, mientras eyos, alegres, platikaban i kambiaban saludos aí, i klaro, también después de misa.

Lo ke yo pudiera desir no kabría en una biblia, pos en esa mi primera época, de korridito me fui serka de beinte años i serbí a la iglesia, komo bes ke te konté, a los militares, asendados, komerziantes de kantidad, señoras, señoritas, biudas, kasadas, biejos, jóbenes, en fin, de too un poko i esde luego a esos polítikos. Me tokó asistir a esa doña Felísitas, una biuda ke multiplikó su erensia, pos onke lo asía a beses de korasón, las más, aprobado el pretensioso, les kobraba mui buenos biyetes, pos era de esperiensia. Yegó a pedírmela, pa su patrón, un ayudante del gobernador al benir a rebisar unas difikultades de la karretera a Toluca, un par de años después de su puesta en uso.

A un presidente munisipal de Baye de Brabo le presté serbisios, de lo más difisil, de lo más diskreto i de lo más efektibo; kon una señora ke prefiero no desirte kién era, porke más bale se pierda en el olbido del tiempo, ke mensionarla pa lusirme.

Esto de las sobadas, bes, me yegué a dar kuenta se bolbió el keaser faborito, pos la korriente entre mujer i ombre, entre ombre i mujer, es más fuerte ke los tiempos, más fuerte ke el kastigo del sielo, pos ni Él lo para; de ai ke me yegaban personas de kantidad. Esde kienes a la primera me konfesaban la rasón de su bisita, asta los ke nunca se animaron a pesar de benir semana tras semana, año tras año, muchos sin darse kuenta de ke el solo benir i krusar mi entrada ekibalía por lo menos a un pensamiento, un pensamiento

de esos de kien pasa por la kaye i be, i klaro, así me di kuenta ke yegaron a aserse chismes. Fue el kaso de esas doña Lola i doña Pakita, kienes bibían en la kaye de las solteronas i eran afisionadas de adeberas a la fruta de orno i más beatas i más niñas ke si fueran palomitas del espíritu santo, ofrese i ofrese flores kada día; en kambio estaban en la boka de las jentes, mientras las pobres ni por akí les pasaba i yo no las podía ayudar disiéndoles. Por otro lado, no faltaban los ke estaban a la biskonbersa.

Lo kurioso fue ke la diskresión de nosotros de familia, kon tantos inbolukrados, se bolbió la diskresión del pueblo, porke además tenía su presio; en mi kaso, los sentabos; en el de eyos, la distrakción y la emosiún, tan nesalaria en estos lugares tan alejados de las kapitales, onde poko ai pa ber.

Dirás ke es presunsiún mía, pero pregunta. A esa doña Engrasia la superé i bastante, pos no tenía, me disen, mi berbalismo pa konbensér i por eso las noches eran de fiesta. Me kontaban de las sombras i sombras ke se eskurrían repegadas a los muros, en okasion es asiéndose los desentendidos al enkontrarse. El korte de lus markaba el inisio de los berikuetos, vestuarios i desbestuarios i uno ke otro bértigo de berano. Eso sí, el domingo siempre se respetó por ser día de guardar.

Muchos años pasamos en la armonía; yo kon mis kuarto, los kuarto konmigo, ellos probeídos, yo protejida, el pueblo kontento i los gatos i gatas satisfechos; pero, bes, siempre ai un pero, esos peros, ke ké lata dan pa bibir: una seboya, una seboya en la sopa de nombre Inosensio Chaparro apareció.

Ese don Inosensio Chaparro, buen panadero, kon un olor kalientito de boliyo resién tostado, tenía dos defektos. El primero

era su takañés más grande ke la kasona de don Perfekto, i el segundo, esa doña Isaura su esposa, kon una gran afisiún por la ropa fina, un gran gusto fenisio por la plata i, según me disen, más bonita ke la bista.

—Clarita, buenas tardes.

—Buenas las tenga usté, doña Isaura ¿kómo a seguido del brazo?

—Mal, mal. Creo me lo lastimé por mover una bolsa del mandado. Me pareció andar de salida, pero ya ve, aquí de regreso.

—Orita la arreglo. No tenga pendiente. Pásele de favor.

—Muchas gracias —i entraba al kuarto, yo serraba la puerta, se akomodaba en la kama, su olor a flores, el golpeteo de los kaskos de un kabayo ayá afuera i kada kien en su lugar kon la konfiansa de una larga relasiún:

—Abía de bajarle un pokito a su perfume, onke sea un pokito.

—Déjese de regaños y dígame pa cuándo —su dicho alsado i buskón al chupar una charamuska de kanela ke siempre me robaba al ir a bisitarme.

—Debemos irnos kon más kuidado. La semana pasada fueron tres. Ésta ya ban dos. Eso sí, la lista es más grande ke los días ke le restan al mes —i pensaba en esa su bentaja, pos su esposo se akostaba temprano pa lebantarse todavía de noche, a kosinar el pan, la doña ya de regreso.

—¿Pues luego?

—Bueno, mañana. Le toka otra bes a ese don Roke. ¿A la misma ora le parese?

—Sí —i asíamos plátika un rato i a beses le di alguna friega de biente pa ayudarla.

—¡Fruta, fruta de horno! ¡De horno las frutas! ¡La fruta pa comer! ¡La fruta pa saborear!, ¡pa paladear! —se oía esde, barias kuadras antes de yegar mis chamacos por las tardes aser kuentas.

En estos kaminares estábamos, al ponerse esos famosos kuarto de asendosos, a plantar en el patio de la kasa i en algunas masetas. Sin kaber en mi sorpresa:

—¿Y ora ustedes? ¿Ké se traen? —los enkaré, eskuchando la eskarbada, las palas, los pikos, una karretiya; baya asaberse kién se las prestó— Kuidado, les puede dar un supiritako si no preparan el kuerpo. Rasken despasito.

Aí me enteré ke pa pagarle unas deudas de juego i de la toma-dera a esa María Karransa, la de la kantina, eya los abía konbensido de sembrar mariguana i asta la semiya les konsiguió. A esa, por flaka, dura i agachada le apodaban la Guadaña. A mí, ke los kuarto me chupaban komo sanguijuelas, i lo ke les daba lo kemaban, komo si lo echaran al orno de la fruta; me paresió bueno. Yo tenía mis guardados, ke éstos en su desklabe del mundo ni pensaban pudiera tener i, klaro, no los kería usar. Por otra parte, la yerbita me traía rekuerdos de mis andansas de Adelita, i al gustarme, pos la ekstrañaba, así ke se plantó el asuntito i al poko la kosecha se fumaba en esa la kantina de María Karransa i otra bes toos felises, nomás ke ora más, pos entre este asunto i mis komisiones, el barril se nos fue yenando de puro agosto tras agosto.

¿Te dije ke el pero estubo en el panadero ese, don Inosensio Chaparro? Pos a berdad dicha eksajeré, pos el berdadero frijol en el arrós fue ese Santos Tejamanil, borracho de esos de okasión, de rara okasión, kien por rasón de su ensierro, entonses i asta entonses se le suelta la lengua. En una fiesta de boda, en la segunda noche

del jolgorio, le kontó a ese don Inosensio los kaminares de doña Isaura, su esposa. Ese don Inosensio mastikó ransio barios días. Era primo del presidente munisipal i pariente del gobernador, i le balió pa una noche caernos a los kuarto ermanos, a la Guadaña i a mí, ke por lo de la yerbita iba mui de bes en bes, aí mero en la kantina, en el trafike i la fumadera. Nos agarraron i de la kársel del pueblo nos enbiaron direkto a las Islas Marías kon la kuerda ke pasó por Morelia. Gracias a mis konosensias logré dejar la kasa serrada i bien kuidada, i me sirbió, pos no akababa de atrabesar esa lagunota en una batea grande onde me marié de kantidad, los ermanos en las salinas kon el alma desgarrada por el trabajo, kuando yegó la orden de regresarme. Apenas abían pasado dos meses del bersíkulo ke nos fue a resitar el propio don Inosensio ese, en la kantina de la Guadaña, al kaernos los polisías.

Pos ora berás, ke boi yegando al pueblo, kon el rabo entre las piernas, pa enkontrarme ke me abían preparado una resepsión, organizada por el propio munisipio. Rápido se echó a andar la fiesta en casa del presidente munisipal i, al entrar, despues de los aplausos, él:

—Doña Clarita, la recibimos con los brazos abiertos y con lágrimas en los ojos, el corazón bermellón desde esta beranda de bienvenida... fue un error humano, un error judicial, desafortunada mancilla de su buen nombre... Todo ha sido verificado y por ello la verdad, la verdadera versión de la verdad prístina y cristalina, ha brotado de entre las tinieblas declarándola de manera irrevocable inosente... En señal de apoyo a quien, como usted, cura al enfermo y endulza la vida de sus congéneres, no sólo con sabrosísima fruta de horno, sino con su trato, su delicadeza, su sonrisa, es por lo cual

este pueblo, esta comunidad se ha cooperado para obsequiar a usted, en la esquina de Aguacates y El Perdón, a escasas cinco cuerdas del jardín, un local donde podrá continuar desparramando el bien entre nosotros, sus legítimos admiradores...

I el aplauso, i la bisita al lokal, una kama muyida pa las sobadas, kon un espejo kasi del tamaño de una persona i la fiesta, i regresar a mi kasa pa seguir alimentando el aserkamiento de estos bayesianos.

Yegar i enterarme del basío ke bibió el pueblo en mi ausencia fue too uno. Muchos me platikaron su sufrir; kon desirte ke la esposa del presidente munisipal yoró junto konmigo i de berdad se lo agradesko, pos fue de las ke más, junto a su marido, interse-dió por mí; lo mismo esa doña Felísitas, el doktor, las señoritas Rodríguez i unos madereros de fama sobre los ke otra bes te platico, i tantísimos ke se sintieron desprotejidos, sin kalor, sin kobijo, sin distraksión. Eyos también en algo me ayudaron pa nabegar en mi soledad.

Don Inosensio i doña Isaura dejaron el pueblo, mientras negociar el regreso de esos los Bermejo i la Guadaña me tardó dos años, pa ke se fueran muriendo asta dejarme i el aserme bieja, pos el tiempo es el tiempo y ese sí no perdona i ya no serbir pa tanto trote i ora tú, Nacho, ke bienes a berme, a bisitarme de kurioso, por mis istorias, pa ke te platike, pa ke ni ables i te la pases kon esos tus jestos esde ai, esde ese siyón berde.

Ai, mira... ya regresó la Mandarina, i trai algo en la boka.

Índice

9	Carta abierta a todos ustedes
	Raizal
15	Todos los prólogos
25	El agravio
35	Historias nomás
45	Con el niño atravesado
55	Tirso Patiño I

- 67 Los seis días de trabajo del Señor
- 101 Dos tiradas
- 111 El verbo suelto
- 129 Con los brazos levantados
- 141 Tirso Patiño II
- 153 Tal cual



Raízal,

de Ignacio Gómez-

Palacio, se terminó de imprimir en

diciembre de 2016, en los talleres gráficos de Jano,

S.A. de C.V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm.

109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec

II, C.P. 50200, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de

mil ejemplares. Para su formación se usó la tipografía *Borges*, de

Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto edi-

torial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero

Estrada. Formación, portada y supervisión en imprenta:

Iván Jiménez. Cuidado de la edición: Ada Villanueva

Ramírez y el autor. Editor responsable:

Félix Suárez.

